FACETAS

Vol. 8 1975 No. 3/4

EL ESTUDIO DEL HOMBRE

Seymour Martin Lipset
TENDENCIAS DE LA SOCIOLOGIA NORTEAMERICANA

Stanley Milgram
LOS PELIGROS DE LA OBEDIENCIA

Lewis Thomas
LENGUAJE Y COMUNICACION HUMANOS

Nathan Glazer
ETNICIDAD: FENOMENO MUNDIAL

Vernon Young
MUNDOS CINEMATOGRAFICOS

James P. Grant
DESARROLLO DESDE ABAJO

Isaac Asimov
¿DE QUE SIRVE LA CIENCIA?

Arthur Koestler
POR QUE REIMOS

L. Sprague de Camp
H. P. LOVECRAFT: MAESTRO DE LA FANTASIA

CRITICA DE LIBROS

FACETAS

ES UNA PUBLICACION TRIMESTRAL DE CRITICA Y ANALISIS DE TEMAS INTELECTUALES Y CULTURALES DE INTERES ACTUAL EN LOS ESTADOS UNIDOS. LAS OPINIONES EXPRESADAS EN SUS PAGINAS SON LAS DE LOS AUTORES, Y NO NECESARIAMENTE REFLEJAN EL PUNTO DE VISTA O LA POLITICA DEL GOBIERNO NORTEAMERICANO.

Director: Nathan Glick
Director Asociado: Jacob Sloan
Director Adjunto: Charles C. Loveridge
Director de Arte: Joseph D. Hockersmith
Asistente Editorial: Iris L. Nelson
Oficina Editorial: Agencia de Información de los E.U.A., 1776 Pennsylvania Avenue, N.W., Washington, D.C., 20547

Nota sobre derechos: El material tomado de otras publicaciones no puede reproducirse sin permiso. Toda solicitud de reproducción deberá dirigirse directamente a tales publicaciones, o al Servicio Cultural e Informativo de la Embajada de los E.U.A. para su trámite.

FACETAS

1975

Vol. 8 No. 3/4

Sección especial: **EL ESTUDIO DEL HOMBRE**

Seymour M. Lipset **3** **Tendencias de la Sociología Norteamericana**

Stanley Milgram **18** **Los Peligros de la Obediencia**

Lewis Thomas **30** **Lenguaje y Comunicación Humanos**

Nathan Glazer **37** **Etnicidad: Fenómeno Mundial**

Charles Frankel **51** **El Espectro de la Eugenesia**

☆ ☆ ☆

Vernon Young **64** **Mundos Cinematográficos**

James P. Grant **77** **Desarrollo desde Abajo**

Isaac Asimov **89** **¿De qué Sirve la Ciencia?**

Luis A. Díez **94** **Visión de la Literatura Latinoamericana desde los Estados Unidos**

Arthur Koestler **101** **Por qué Reímos**

L. Sprague de Camp **115** **H.P. Lovecraft: Maestro de la Fantasía**

LIBROS

Irving Kristol **121** **Un Acicate para la Innovación**

Daniel Callahan **124** **¿Hacia dónde va la Religión?**

Patrick Keane **126** **Una Poesía de Bosques Sombríos**

NOTA AL LECTOR

Una sociedad realmente sana, según el naturalista y filósofo Henry David Thoreau, sería como un organismo saludable que funciona perfectamente sin advertirlo. Pero todas las sociedades tienen sus achaques y dolencias, y las complejas sociedades modernas tienden a sufrir los trastornos más intrincados y difíciles de interpretar. Aunque el hombre siempre ha tenido perplejidades acerca de sí mismo y de sus sociedades, hasta el siglo pasado no intentó adaptar las fecundas técnicas de las ciencias físicas al estudio de la conducta social.

Pero todas las pretensiones de cientificismo han sido mitigadas y reducidas, puesto que las situaciones sociales nunca se han podido reproducir exactamente, y los observadores humanos jamás han estado libres de predisposiciones subjetivas. Los artículos de la sección especial incluida en este número representan una variedad de exploraciones serias que, aunque quedan lejos de la certidumbre imperante en las ciencias físicas, analizan la conducta del hombre en la sociedad con el espíritu objetivo y abierto de los científicos.

Seymour Martin Lipset recorre la historia de la sociología estadounidense y señala su rasgo distintivo, que es la importancia dada en ella a la solución de los problemas sociales. Stanley Milgram describe uno de los experimentos con mayor significación política en el campo de la psicología contemporánea, por la luz que arroja sobre la naturaleza de la obediencia y la autoridad. Nathan Glazer toma un fenómeno muy estudiado en los Estados Unidos (la diversidad y los conflictos étnicos) y descubre que en los últimos tiempos se ha convertido en foco virulento de intranquilidad social en todo el mundo.

Esos tres artículos son obra de conspicuos estudiosos de la conducta humana. Pero el estudio del hombre no es providencia exclusiva de sociólogos, psicólogos o antropólogos. Algunas de las más penetrantes concepciones del comportamiento social proceden de poetas, novelistas y científicos. Charles Frankel, filósofo y novelista, examina aquí los problemas morales que se han planteado con los progresos espectaculares de la genética y la "biomedicina". Lewis Thomas, médico e investigador de la medicina, aúna a sus conocimientos de laboratorio una visión poética de la especie humana, única concepción tolerante de ambigüedades de lenguaje. "No cabe duda", podemos concluir con Montaigne, "que el hombre es un sujeto maravilloso, vano, diverso y errante".

N.G.

sección especial:

El Estudio del Hombre

TENDENCIAS DE LA SOCIOLOGIA NORTEAMERICANA

Por Seymour Martin Lipset

La continua insistencia de los sociólogos norteamericanos en resolver problemas sociales, refleja—según el autor—las preocupaciones de una sociedad fluida y multirracial. Aquí examina el Profesor Lipset la notable abundancia de observaciones y análisis hechos por los cultivadores de una de las disciplinas académicas más nuevas y, sin embargo, más influyentes, del siglo XX.

Seymour Martin Lipset es ahora profesor de Ciencias Políticas y Sociología, y miembro de la Institución Hoover, de la Universidad de Stanford. Antes perteneció al profesorado de las de Harvard y California. Ganó reputación internacional como comentarista de los problemas sociales contemporáneos en una serie de conferencias y obras publicadas. Entre sus libros podemos citar *El Hombre Político: Las Bases Sociales de la Política* (Buenos Aires, Eudeba), *Movilidad Social en la Sociedad Industrial* (Buenos Aires, Eudeba), y *The First New Nation* (La Primera Nación Nueva).

El estudio de las formas o patrones sociales como tema académico se ha impuesto en gran parte del mundo, aunque no de manera uniforme. Casi todas las naciones tienen hoy alguna sociedad afiliada a la Asociación Sociológica Internacional, pero algunas universidades no tienen ni siquiera una cátedra donde se enseñe el tema. Antes de la Segunda Guerra Mundial la sociología descollaba en Holanda, Sudáfrica, Polonia, Bélgica y los Estados Unidos. Y aunque diferían mucho en otros aspectos, estas naciones tenían un elemento común: todas sufrieron graves conflictos entre grupos étnicos o religiosos, y trataron de reducir esos conflictos para que los diversos grupos culturales pudieran unirse, o por lo menos convivir pacíficamente aunque siguieran separados. Los Estados Unidos no sólo se enfrentaron al problema (común a la mayoría de las naciones) de forjar un patrón estable de vida en sus muy pujantes ciudades, sino también al de asimilar numerosos contingentes de emigrantes. La consecuencia para la sociología estadounidense fue un especial interés por la investigación de los problemas urbanos y étnicos.

Mientras los sociólogos europeos se ocuparon ante todo en grandes problemas sociales y filosóficos, entre ellos los del cambio histórico, los sociólogos norteamericanos se concentraron en resolver problemas sociales concretos. Esta orientación hacia las soluciones, y por tanto a la formulación de políticas, puede explicar la rápida aceptación de la sociología estadounidense entre los administradores universitarios, los funcionarios del gobierno y los jefes de organismos de trabajo social, sindicatos, iglesias, empresas de negocios y partidos políticos.

Enfasis en la Reforma Social

La primera sociología estadounidense (cultivada hacia la vuelta del siglo) se consagró a los problemas asociados con los barrios miserables de los inmigrantes en las grandes ciudades: desorganización familiar, delincuencia juvenil, crimen y suicidio. Aquella tendencia reformista estaba alentada por la circunstancia de que los primeros sociólogos solían ser sacerdotes con profunda preocupación moral, o científicos e ingenieros que trataban de aplicar "el método de la ciencia" a la solución de las calamidades sociales. Otra fuente de aliento para una sociología reformista en las universidades fue la aparición paralela de movimientos populares de reforma política cuando acababa el siglo XIX y empezaba el XX.

Este énfasis en los problemas sociales se reflejó en Chicago y en Columbia, universidades que, por lo menos hasta el decenio iniciado en 1930, tuvieron los dos principales departamentos de sociología en los Estados Unidos y prepararon a más de la mitad de los sociólogos norteamericanos. El de Chicago fue más importante y se distinguió por sus amplios estudios de los problemas metropolitanos, reflejados en una serie de monografías como *La banda, La familia negra en los Estados Unidos, La etiqueta de las relaciones raciales en el Sur, El hombre marginado, El vagabundo* y *La joven inadaptada.* Quizá la obra de investigación más influyente salida de Chicago haya sido *El campesino polaco en Europa y en América,* de W.I. Thomas y Florian Znaniecki, fruto de la colaboración de sociólogos norteamericanos y polacos. El citado estudio sirvió después de modelo de aplicación de una teoría muy bien elaborada a refinados métodos de investigación. Analizaba los problemas de un grupo de gente del campo en el trance de emigrar a una cultura urbana e ingresar en la clase obrera industrial de ambos lados del Atlántico. Los hallazgos, basados en muchas biografías tratadas con detalle, mostraban que el cambio radical del medio social quebrantó a la

> **El estudio adecuado de la humanidad, es el hombre.**
>
> **Alexander Pope**

estable familia rural polaca, produjo conflictos entre las generaciones y aumentó mucho las desviaciones de conducta, esto es, indujo a un comportamiento que violaba las tradiciones o expectativas de la comunidad.

La importancia dada a la reforma social como meta del análisis sociológico se reflejó, en la Universidad Columbia, en la obra y la perspectiva de Franklin Giddings, primer catedrático de sociología en aquella universidad y su sociólogo más famoso hasta poco antes de 1930. Se formó en las ciencias físicas y creía, como Herbert Spencer, que la ingeniería social ha de fundamentarse en una ciencia general de la sociedad: la sociología. Para él, la sociología verdaderamente científica "debe darnos la capacidad de amenguar la miseria humana y de vivir más sabiamente de lo que ha vivido la humanidad hasta hoy". Giddings esperaba que los graduados en sociología tomaran cursos de criminología, ciencias penitenciarias, análisis de la pobreza y las leyes de beneficencia, además de aprender teoría fundamental, sociología histórica y métodos de investigación. Los cursos de sociología de la familia exigían que los estudiantes investigaran directamente la vida de familias en inferioridad social. Las monografías escritas por los graduados de Columbia revelan el predominio del tema de los problemas sociales. Entre sus títulos se incluyen: *A qué dedican los obreros su tiempo libre, Agricultores y obreros en la política norteamericana, El campesino negro se va a la ciudad, El problema del divorcio, El delito en su relación con el progreso social* y *La inmigración judía en los Estados Unidos.*

Ampliación de Temas

Durante el decenio de 1920, la sociología estadounidense comenzó a destacarse como campo aparte de los temas que interesan a los trabajadores y reformadores sociales. Aunque siguieron enfocando su atención en las anomalías de conducta social y en la inferioridad de condición dentro de la comunidad, los sociólogos comenzaron a aplicar métodos más perfeccionados que antes. Hubo nuevas formulaciones teóricas. El "enfoque funcional", por ejemplo, veía las instituciones y los problemas concretos como partes interdependientes de un todo, frente a la anterior actitud de la sociología norteamericana, que propendía a concebir los problemas de la sociedad como inherentes a determinadas instituciones.

Esos cambios son evidentes en el estudio de la estratificación social. Los primeros sociólogos norteamericanos, como Giddings, de Columbia, William Sumner, de Yale, y Charles Cooley, de Michigan, habían tratado aspectos más generales de la estructura social, como el poder y las clases. Pero esos temas se trataban en lecciones y artículos generales; no se tomaban como focos de la investigación. Los estudios titulados *Middletown,* de Robert y Helen Lynd, fueron los primeros en tratar los temas dichos en forma de hipótesis que se deben someter a la prueba de la investigación, y fueron las primeras investigaciones en gran escala donde se insistió en el nuevo enfoque funcional. Ayudados por un cuerpo de investigadores, los Lynd

examinaron diversas instituciones y sondearon la opinión pública en una ciudad industrial de Indiana, estado del Oeste Medio norteamericano, e interpretaron los datos recogidos a la luz de ciertas hipótesis sobre la relación entre las clases sociales y la conducta de los individuos pertenecientes a ellas. De su lábor parecía deducirse que los males sociales sólo se pueden comprender en función de la estructura social más general.

Mezcla de Teoría e Investigación

Mientras los Lynd llevaban a cabo su indagación en torno a la estructura de clase de una comunidad típica norteamericana, el sociólogo Pitirim Sorokin, nacido y educado en Rusia, mostró a sus colegas norteamericanos el sinfín de estudios cuantitativos hechos en Europa acerca de la movilidad social. Y en su ya clásica obra titulada *Movilidad Social* (1927) subrayó la relación estrecha que hay entre la teoría y la investigación. En un segundo volumen que apareció un año después con el título *Teoría Sociológica Contemporánea*, dio a muchos estadounidenses conciencia de lo importante que es la teoría sistemática, como ya se reconocía desde mucho antes en Europa, aunque en los Estados Unidos se pasó por alto, en gran parte, a causa de la orientación de los sociólogos norteamericanos hacia los problemas.

> **El hombre es el único animal que ríe y llora; porque es el único animal que se percata de las diferencias entre lo que son las cosas. . . y lo que debieran ser.**
>
> **William Hazlitt**

La obra de los Lynd y de Sorokin en los últimos años veintes tuvo, pues, importantes consecuencias para el cambio de concepción de la sociología norteamericana y preparó el camino para la investigación de las relaciones existentes dentro de la estructura más amplia de la sociedad. Los cambios que se advierten en las ideas aplicadas por los sociólogos a los diversos estratos sociales son un índice de esta influencia. Por ejemplo, los primeros sociólogos describían la conducta de los habitantes de los barrios bajos como "delictiva", "deprimida" y "aberrante". En cambio los sociólogos del decenio de 1930, y los posteriores, empezaron a analizar esos problemas dentro del contexto de las diferencias de valores y conducta según las clases sociales, es decir, indicando que lo "aberrante" para la clase media puede ser normal dentro de los grupos que viven en los barrios miserables.

Talcott Parsons, joven destinado a representar un papel principal en el progreso de las nuevas técnicas, apareció en el panorama de la sociología estadounidense durante la década de 1930. Desde su cátedra en la Universi-

dad Harvard, y con su famoso libro *La Estructura de la Acción Social,* inculcó en los estudiosos norteamericanos la importancia de la teoría sistemática. También expuso a su atención la obra de los principales sociólogos europeos.

Parsons es conocido, sobre todo, por su afán de forjar una estructura interdisciplinaria y teórica donde encuadrar el análisis de la conducta social. En su enfoque conceptual no sólo se incluyen las categorías de los sociólogos más importantes, sino también las ideas de economistas como Adam Smith, Karl Marx y John Maynard Keynes, y de psicólogos como Sigmund Freud. Para Parsons, el progreso de las ciencias sociales, como el de las naturales, debe desembocar en teorías de índole más general que abarquen los anteriores esfuerzos, más limitados.

Aunque fue sobre todo un teórico, Parsons insistía en que la teoría y la investigación empírica son necesariamente interdependientes, como ya había hecho Sorokin, su colega en Harvard, aunque de más edad. Ponía por ejemplo al sociólogo francés Emile Durkheim, que usó las estadísticas del suicidio para probar la hipótesis de las diferencias de grupo sacada de una teoría general de la sociedad. Además llenó el vacío entre la sociología europea y la norteamericana con su traducción y análisis de la famosa historia de Max Weber *La Etica Protestante y el Espíritu del Capitalismo.*

Fuentes de la Conducta Social

Pero el efecto más inmediato de la obra de Weber en la sociología estadounidense no procede de esta exploración de la "moral del trabajo", sino de las ideas que el erudito alemán expuso a propósito de la burocratización como tendencia dominante en las principales instituciones de todas las sociedades muy industrializadas. Varios sociólogos norteamericanos, entre ellos Robert Merton, Peter Blau, James March, Reinhard Bendix, Alvin Gouldner y C.W. Mills, ampliaron en sus obras varios conceptos de Weber. Mostraron que la consolidación de la jerarquía burocrática en un organismo complejo y vasto (como un departamento del gobierno, un partido político, una gran fábrica o una universidad) termina en la modificación de sus objetivos idealistas originales. Así, cuando los líderes sindicales, los cabecillas de partidos políticos reformistas o revolucionarios fijan la política de su organismo, muchas veces reaccionan a sus propios intereses de grupo privilegiado, aunque tales intereses puedan estar en conflicto con los de sus secuaces. Algunas investigaciones nacidas del tronco weberiano insistían en el grado a que la burocratización inherente a las grandes organizaciones pone a los funcionarios fuera del alcance de aquéllos que, en teoría, debían decidir a fin de cuentas la política: los afiliados a un sindicato o partido políticos; los accionistas de una sociedad; el claustro de una universidad.

A fines de los años veintes y principios de los treintas Paul Lazarsfeld y otros varios especialistas austriacos, todos ellos jóvenes y socialistas activos, iniciaron en Viena una larga serie de investigaciones para descubrir

las fuentes de la conducta social. Buscaban una base científica de la acción política, probar los supuestos teoréticos en que se apoyan los políticos de izquierda y los ocupantes de los cargos. Lazarsfeld y sus colegas recurrían al método de las entrevistas para estudiar los factores determinantes de la elección de ocupaciones, la influencia de la propaganda comercial y los medios de información de masas sobre las decisiones de los consumidores, y los efectos del desempleo y la inseguridad económica sobre la interacción familiar y las actitudes políticas.

Cuando fue a los Estados Unidos en el decenio de 1930, Lazarsfeld consiguió despertar en varios sociólogos un interés más consciente por la investigación metodológica. Fundó en la Universidad Columbia un instituto de investigaciones sociales afiliado a aquel centro docente: la Oficina de Investigación Social Aplicada. Este instituto, dedicado primordialmente a los estudios que se sirven de las encuestas de la opinión pública y de otros métodos cuantitativos, está ligado estrechamente al departamento de sociología y ha pasado a ser modelo de casi todas las universidades principales: por ejemplo, los Centros de Investigación de Encuestas de las Universidades de California y Michigan, y el Centro de Investigaciones de la Opinión Nacional de la Universidad de Chicago.

Las corrientes que iniciaron Sorokin, Lynd, Parsons y Lazarsfeld culminaron en una sociología orientada a edificar una ciencia de la sociedad. La labor más importante en la actualidad se ha proyectado para que aporte conocimientos a la teoría sociológica probando las proposiciones deducidas de la teoría y modificadas en vista de los nuevos hallazgos empíricos. Como ocurre en otros campos de la ciencia, hay que descartar los viejos supuestos cuando los contradicen las pruebas recientes. El interés por la nueva sociología se refleja en los cursos técnicos de teoría y métodos que hoy se exigen en los principales centros de enseñanza superior.

El Estudio de Actitudes

Durante los dos decenios últimos los sociólogos norteamericanos han estudiado casi todas las actividades e instituciones del país. Se trabajó mucho en el campo de la sociología de la cultura, que mira, por una parte, a los determinantes sociales de las facultades creadoras y, por otra, a las formas en que el público recibe los frutos culturales. Quién escucha, lee o mira, y a qué, han sido las mayores preocupaciones de los que estudian los medios de información de masas y las comunicaciones.

La sociología del trabajo investigó la cultura y organización de la fábrica, y algunos sociólogos investigadores han pasado largos períodos como obreros fabriles estudiando la conducta de sus compañeros de labores. En otros estudios se hicieron prolongadas y detalladas entrevistas a trabajadores industriales seleccionados al efecto. Se investigó a fondo la satisfacción en el trabajo. También se ha estudiado el sindicato obrero para poder contestar preguntas como las siguientes: ¿quién ingresa en él y quién no lo hace?,

¿quién asiste a las asambleas sindicales?, ¿qué efecto ejerce la afiliación al sindicato en la clase social y en las actitudes políticas de sus afiliados?, ¿quién llega a ser líder sindical?, ¿en qué difieren las actitudes y los valores de los líderes y de los simples trabajadores sindicalizados?

> **La raza humana es incapaz de soportar una ración excesiva de realidad.**
>
> **T. S. Eliot**

Los prejuicios raciales, étnicos y religiosos, fenómeno que se encuentra en la mayoría de los países, se han indagado minuciosamente en varias partes de los Estados Unidos. Se estudió mucho el efecto de la educación en las actitudes raciales, las consecuencias de que convivan diferentes razas en la misma vecindad o escuela, y las diferencias del medio familiar, clase social y personalidad entre la gente que sufre los prejuicios y los que no llevan esa carga.

Un importante acervo de estudios sobre las familias y la población incluye el de los factores que van asociados con la estabilidad y la dicha familiares, los efectos de la variación del número de hijos sobre la personalidad y la inteligencia de los niños, y los elementos que influyen en el número de la prole.

El comportamiento y las actitudes políticas se examinaron también a fondo. Hay muchas investigaciones (históricas y del medio contemporáneo) de los factores concomitantes al apoyo de uno u otro partido político. Y lo mismo se puede decir de las actitudes políticas. En las encuestas se logró especificar las variables (como la clase social o la educación) que son correlativas con el radicalismo o el conservadurismo económicos, con el internacionalismo frente al aislacionismo, con el apoyo de las libertades civiles para las minorías impopulares y con el ideal de la protección legal para el individuo.

Estudio de las Relaciones Entre Clases Sociales

Uno de los campos mejor estudiados por la sociología estadounidense es precisamente el de las clases sociales. La palabra "clase" se ha usado en varios sentidos, pero en general se refiere a las diferencias entre "los de arriba" y "los de abajo". Más en concreto, distingue las diferencias de ingresos, de situación socioeconómica, esto es, el prestigio que reciben los individuos por el efecto de una combinación de sus ingresos y ocupaciones; o de su grado de poder, que determina si alguien espera obediencia de otros u obedecer él, por ocupar determinado puesto en una estructura.

Los sociólogos norteamericanos usan la palabra "clase" en un sentido

diferente y mucho más amplio que los marxistas. Para ellos, las diferencias de clase existen en todas las relaciones de propiedad, ya que los factores de clase diferencian la conducta familiar, el éxito escolar, las actitudes ante las minorías, el apoyo a los partidos políticos, la natalidad, la participación en diversos tipos de actividades recreativas y la exposición a varias formas de comunicación masiva y actividad cultural. Usando este enfoque, los estudios norteamericanos de sociología han arrojado luz sobre los determinantes sociales de la conducta humana.

Movilidad Social

Tomemos, por ejemplo, las investigaciones de movilidad social o movimientos de ascenso y descenso por la jerarquía de las clases sociales, que han interesado especialmente a los eruditos de los Estados Unidos. Los muchos estudios del tema convienen en que, aproximadamente, el 30 por ciento de estadounidenses que no proceden del medio rural han cruzado la frontera entre la clase obrera y la "clase media", que no vive del trabajo manual, para ascender o descender desde la posición social que ocupaban sus padres. (Dos tercios de esa proporción subieron, y un tercio bajó.) Pero si consideramos la movilidad como paso de un estrato a otro entre distintas ocupaciones (por ejemplo, de obrero común a obrero especializado; de empleado de tercera a profesional), encontramos que 67 por ciento de la población tuvo movilidad social. Y los estudios de este fenómeno hechos en diversas ciudades norteamericanas, que abarcan desde el siglo XIX hasta hace poco, basados en estudios archivados, establecen la conclusión de que el índice de movilidad social no ha cambiado en un período de 90 años.

Durante los decenios de 1960 y 1970 completaron estudios más elaborados de la movilidad social Peter Blau, de Columbia, Otis Dudley Duncan, de la Universidad de Arizona, Robert Hauser, de la Universidad de Wisconsin, y Christopher Jencks, de Harvard. Para sorpresa de muchos, profesionales o no, de sus trabajos parece deducirse que, exceptuando la población negra, los Estados Unidos se aproximan a la definición óptima de la sociedad abierta: aquella en que las diferencias en los antecedentes económicos de las familias tienen efecto relativamente pequeño en la predicción de logros. Según Jencks, los ingresos de un hombre serán probablemente tan diferentes de los de su hermano como de los de otros individuos de edad parecida que no tengan ninguna relación con él. Blau, Duncan y Hauser informaron también que el origen social humilde ejerce pocos efectos negativos sobre las oportunidades de los blancos (incluso los hijos de inmigrantes blancos) para progresar económicamente.

Pero si la población blanca (incluyendo en ella a los trabajadores) vive en un sistema fluido de clases de ocupación, en el cual pueden subir de categoría las personas capaces y con aspiraciones, en la raza negra no ha ocurrido en forma igual. Según los datos reunidos por Blau y Duncan para los primeros años del decenio de 1960, "los negros tropiezan con obstáculos en cada paso

que dan hacia el éxito económico, y esas desventajas acumuladas son las causantes de la gran desigualdad de oportunidades que sufre el negro norteamericano". La educación, que abre todas las puertas a los blancos, aunque sean de extracción social baja, no funciona tan bien con los negros. Hay que notar, sin embargo, que, tras la promulgación de los derechos civiles en los primeros años del decenio iniciado en 1960, los negros han logrado avances sorprendentes, en relación con el decenio anterior, respecto al nivel de educación (el nivel medio escolar alcanzado por los jóvenes de raza negra se acercó a la par del de los blancos). Y antes de la recesión de mediados del presente decenio ha empezado a acortarse año tras año la distancia que separa las ganancias de unos y de otros, dentro de niveles de educación comparables: los censos de 1970 mostraron que los ingresos de jefes de familia negros con título universitario eran iguales a los de hombres blancos en situación semejante.

Más Espacio en la Cima

Los cambios en la organización de los negocios, la industria y el gobierno desempeñaron un importante papel para determinar quién asciende a los más altos puestos administrativos. La burocratización mayor ha dado preferencia a los logros académicos como criterio para elegir a los más altos directivos. Este modo de elección beneficia sobre todo a los individuos de las familias más educadas y ricas, que pueden dar a sus hijos mayores ventajas culturales. Los funcionarios más altos de las empresas privadas y del gobierno estadounidenses se toman, en desproporcionada mayoría, de los estratos sociales más privilegiados. Pero en el estrato superior hay actualmente muchas más personas y muchas más oportunidades de ingreso que hace 20 años.

El auge de la burocracia y de las grandes empresas significa asimismo que la gente no puede ya heredar los puestos de la cumbre: el presidente de General Motors o el de Standard Oil no podrían legar el cargo a su hijo, como tampoco un funcionario del gobierno podría dejar en herencia su puesto. Pueden dar a sus descendientes una posición mejor de salida en el camino del éxito, pero no tienen atribuciones para garantizarles el resultado. Además, hay cada vez más individuos de todos los niveles sociales que reciben educación superior: actualmente ingresan en universidades o colegios superiores la mitad de los jóvenes que están en edad de estudiar. Eso explica algo que se descubrió en varias investigaciones recientes: hoy es más grande que nunca la proporción de altos directivos de empresas procedentes de las clases sociales bajas. Y así se halló en 1964, en un estudio del origen social de los funcionarios de las principales empresas, que "sólo 10,5 por ciento de la actual generación de grandes directivos son hijos de familias ricas; todavía en 1950 el porcentaje correspondiente era de 36,1; y al empezar el siglo, de 45,6 por ciento". Las pruebas obtenidas indican que la última posguerra es el período en que más ha aumentado la proporción de personas

salidas de las clases "pobres" que escalaron los peldaños más altos de las empresas norteamericanas (de 12,1 por ciento en 1950 a 23,3 por ciento en 1964); y hubo un descenso correspondiente en el tanto por ciento de las familias ricas (de 36,1 en 1950 a 10,5 en 1964).

Las Clases Sociales y las Actitudes Políticas

Algunos comentaristas políticos europeos han dicho que la lucha de los partidos difiere en los Estados Unidos, respecto de Europa, en que no guarda relación con las diferencias de clases. Esta afirmación quedó en tela de juicio tras las encuestas entre los electores y los estudios que relacionaron la composición social de los distritos electorales con el historial de sus votaciones. Un gran número de estudios concuerdan en que el Partido Demócrata se ha apoyado en los grupos de abajo por lo que se refiere a ocupación y representación religiosa o étnica; y que hay muchos más republicanos entre los estratos socialmente altos. Esas diferencias en las base social de los dos partidos no son simples características recientes, emanadas de las controversias en torno al paternalismo del Estado o al empuje del movimiento sindicalista. En investigaciones hechas hace poco de las elecciones presidenciales celebradas el siglo pasado, se ha visto que los demócratas reciben siempre más apoyo de los grupos más pobres y de los emigrantes. Los conservadores del siglo XIX, correspondientes a los actuales republicanos, tenían más fuerza entre la gente acomodada, así como entre los anglosajones protestantes.

Las investigaciones sociológicas revelan que la clase social influye mucho en las opiniones sociales y políticas. Es mucho más probable que venga de los estratos inferiores el apoyo a los sindicatos, las medidas de beneficencia pública, la planificación gubernamental de la economía, la medicina socializada y el impuesto progresivo a los ingresos. Pero en cuestiones que no tienen carácter económico, los estratos sociales inferiores suelen ser menos liberales que los grupos más ricos. Es más de esperar en ellos la oposición a que se concedan libertades civiles a minorías impopulares, derechos civiles a los negros, políticas liberales de inmigración, internacionalismo en la política exterior; además, son partidarios de la severidad en las penas contra el delito.

Esta intolerancia mayor y el más acendrado conservadurismo cultural entre las clases más pobres se explica en gran parte (según varios estudios) por la educación inferior y la menor seguridad económica, que produce recelos ante lo que se aparta de lo conocido o pretende innovar, e inspira temor a la competencia de los extraños, tanto si son extranjeros como si son norteamericanos por nacimiento, pero de distinto origen racial o cultural. Esas inseguridades se reflejaron durante los últimos años en el apoyo desproporcionado que dieron los blancos menos privilegiados a George Wallace, gobernador de Alabama, con su peculiar forma de populismo nacionalista y racista (aunque esto último cada vez menos abiertamente), que

condena la amenaza a su posición y a sus valores latentes en el impulso de reforma innovadora que anima a un sector de los ricos ilustrados.

La Clase Selecta Intelectual

Hay indicios de que Wallace y sus secuaces reaccionan a un cambio efectivo de la sociedad norteamericana, caracterizado por la influencia creciente de una clase intelectual que empieza a expresarse en el campo de la política y está ligada a las universidades, a los medios de información, a las actividades de investigación y desarrollo y a ocupaciones relacionadas con la beneficencia. Este grupo, bautizado por el economista John Kenneth Galbraith como "el estado educativo y científico", goza de buena situación económica y social, y sin embargo se ha declarado enemigo del *Establishment* u orden institucional. Y así, los estudios de profesores, intelectuales exo académicos y dirigentes de los medios de información, confirman este juicio general de Daniel Bell: "La nueva clase, que domina los medios informativos y la cultura. . . es profundamente antiburguesa".

La preferencia de esta intelectualidad selecta por los valores crítico-sociales y de contracultura parece correr parejas con ciertas tendencias de la perspectiva social y el activismo político entre los estudiantes universitarios. En mi obra *Rebelión en la Universidad* he resumido un gran número de trabajos que demuestran cómo las políticas antisistema y los estilos de vida contraculturales han atraído desmesuradamente a los estudiantes de familias más prósperas (sobre todo a los de ciencias sociales o humanidades) en las universidades más prestigiosas y exigentes para la selección académica, a diferencia de los alumnos menos acomodados que cursan estudios o asisten a escuelas de orientación más vocacional.

Hay también indicios de que los valores nacidos de la comunidad intelectual y universitaria, y trasmitidos por los medios selectos de comunicación, están influyendo en la orientación de muchos altos funcionarios del gobierno y la industria. Louis Harris, analista de la opinión pública, informa en su obra *The Anguish of Change* (La Angustia del Cambio) que esos profesionales se sienten "mucho más obligados a guardar su disciplina exterior. . . que a adherirse a la compañía o institución para la cual trabajan" y son el grupo de ocupación "entregado más fervientemente a cambiar el sistema".

Varios científicos sociales han sugerido que el desarrollo intelectual y científico centrado en la universidad o alrededor de ella, se ha convertido en el principal elemento del cambio en la sociedad "post-industrial" o industrial avanzada de nuestros días. Muchos de los sociólogos más conspicuos han vuelto los ojos en los 10 últimos años hacia las universidades, como reconociendo que su importancia aumentó. Entre los libros más discutidos en este campo están *The Academic Revolution* (La Revolución Académica), de Christopher Jencks y David Riesman; *The American University* (La Universidad Norteamericana), de Talcott Parsons y Gerald Platt; *The Degradation of the Academic Dogma* (La Degradación del Dogma Académico), de

Robert Nisbet, y *The Divided Academy: Professors and Politics* (La Academia Dividida: Profesores y Políticos), de Everett Ladd y S.M. Lipset. Los intelectuales en general se han convertido en sujetos de creciente interés para los sociólogos estadounidenses, como se refleja especialmente en las obras de Lewis Coser, Edward Shils y Charles Kadushin. La obra principal de Daniel Bell *The Coming of Post-Industrial Society* (El Advenimiento de la Sociedad Post-Industrial), constituye el esfuerzo más ambicioso para explicar la creciente importancia de las actividades académicas e intelectuales como reflejo de cambios estructurales básicos.

La Busca de Leyes Generales

Los hallazgos que hemos revisado aquí brevemente constituyen una modesta muestra de los grandes conocimientos reunidos por los sociólogos, amplios por lo que cubren, por lo que penetran y por lo que revelan de la sociedad estadounidense. Aunque los sociólogos norteamericanos nos han dado un acervo de datos que describen su sociedad con el comportamiento que la caracteriza, hay que insistir en que la sociología trata de entender cómo funcionan las estructuras sociales, ante todo para formular leyes generales de la conducta social, siguiendo de cerca a las ciencias biológicas, que buscan leyes generales por inducción, a partir de las descripciones y análisis de las estructuras y los procesos fisiológicos.

> **El hombre es la medida de todas las cosas.**
>
> **Protágoras**

Un ejemplo del esfuerzo para relacionar la teoría con la experimentación son las investigaciones cooperativas de Talcott Parsons y Robert Bales, su colega de Harvard, que estudió grupos pequeños, como la familia o los compañeros de trabajo. Partiendo de sus investigaciones sobre teoría sociológica general, Parsons postulaba que los grupos necesitan una dirección "instrumental" y otra "expresiva". La primera se encamina a la realización de tareas prácticas de grupo; la segunda proporciona apoyo emocional e integración del grupo, y no pretende ayudar en la consecución de objetivos concretos. Como esos tipos de dirección requieren diferentes habilidades sociales, suponía Parsons que cada uno lo cumple mejor una persona diferente. Citaba la familia, en que el padre suele ser el jefe instrumental y la madre la guía expresiva. Proponía que las diferencias de conducta entre los dos progenitores no se consideraran como algo inherente a las diferencias entre los dos sexos, sino como reflejo de las ventajas de una división del trabajo entre los dos tipos de dirección, división esencial para el funcionamiento de todos los grupos.

Bales dio apoyo a la hipótesis de Parsons en sus experimentos con grupos de cinco a siete individuos del mismo sexo, sometidos a cuidadosa observación por paredes transparentes desde fuera, que permitían a los sociólogos verlos sin ser vistos. En todos esos grupos (tanto de hombres como de mujeres) se perfilaron dos dirigentes: uno que lo guiaba hacia el cumplimiento de quehaceres señalados por el experimentador y otro que hacía de guía para resolver los problemas emocionales planteados. Al confirmar que las mujeres comparten con los hombres la capacidad para los dos lideratos, esos descubrimientos respaldan al movimiento feminista en su afán de suprimir el tradicional reparto de funciones según el sexo.

En vivo contraste con esta clase de investigaciones de grupos pequeños, aunque interesada también por el desarrollo de la teoría general, está el área de la investigación nacional comparada. En años recientes se ha hecho un esfuerzo para probar en otras sociedades proposiciones derivadas de las investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos. Y así los sociólogos norteamericanos investigaron los procesos del cambio social en Asia, Africa, América Latina y Europa. Hallaron que, a pesar de las diferencias en las instituciones políticas y culturales, funciona en todas una dinámica social parecida. Un estudio reciente de Alex Inkeles, de la Universidad Stanford, trataba de localizar los factores más ligados a las actitudes "modernas" que fomentan el rápido desarrollo económico. En *Becoming Modern* (Modernizarse) Inkeles informaba que en seis naciones: Chile, la India, Israel, Nigeria, Paquistán y los Estados Unidos, la educación demostró ser el factor más importante; mucho más que la ocupación desempeñada o que el género de vida, urbana o rural.

Impacto Sobre los Problemas Sociales

La preocupación de la sociología norteamericana por la teoría y el método científico no quiere decir que haya renunciado a las esperanzas de sus fundadores: contribuir a la solución de los diversos problemas sociales. En los 10 años últimos se han dedicado muchos sociólogos a estudiar los mayores problemas sociales del día y publicaron obras importantes acerca de esas cuestiones. Así, como se ha dicho antes, el estudio de la discriminación en perjuicio de las minorías culturales y raciales, y de las mujeres, preocupó en proporción creciente a un gran sector de la profesión durante muchos decenios. Enorgullece a los sociólogos estadounidenses que la Suprema Corte, al declarar en 1954 anticonstitucional la segregación racial en las escuelas del Estado, se haya apoyado, en parte, en los estudios sociológicos y psicológicos del efecto que tiene la segregación sobre los niños negros. El más influyente entre los estudios de las consecuencias de los esfuerzos integradores en la educación es el ya famoso "informe" *Equality of Educational Opportunity* (Igualdad de Oportunidades de Educación), de James S. Coleman, de la Universidad de Chicago. En la prolífica literatura sociológica que examina la situación de la mujer, podemos citar *Woman's Place* (El Lu-

gar de la Mujer) de Cynthia Epstein; *Occupation: Housewife* (Ocupación: Ama de Casa), de Helen Lopata, y *The Female Sex Role* (Papel Sexual de la Mujer), de Marijean Svelzle.

La sociología médica (estudio de los factores sociales que tienen relación con la salud y la enfermedad, como la clase o el medio cultural o religioso) constituye ahora una de las mayores actividades secundarias de la profesión. Además, el estudio de la delincuencia juvenil, la criminalidad, el acoholismo, la estabilidad e inestabilidad de la familia, las tendencias de población, son cuestiones que captan la atención de muchos sociólogos norteamericanos. En todos esos campos esperan que su labor teórica les ayude a comprender las causas de conducta en que la sociedad quisiera influir, y a la inversa: que sus indagaciones en torno a los citados problemas sociales ayuden a aclarar las generalizaciones de su disciplina. La sociología, de esta manera, emula el proceder de las ciencias biológicas y médicas.

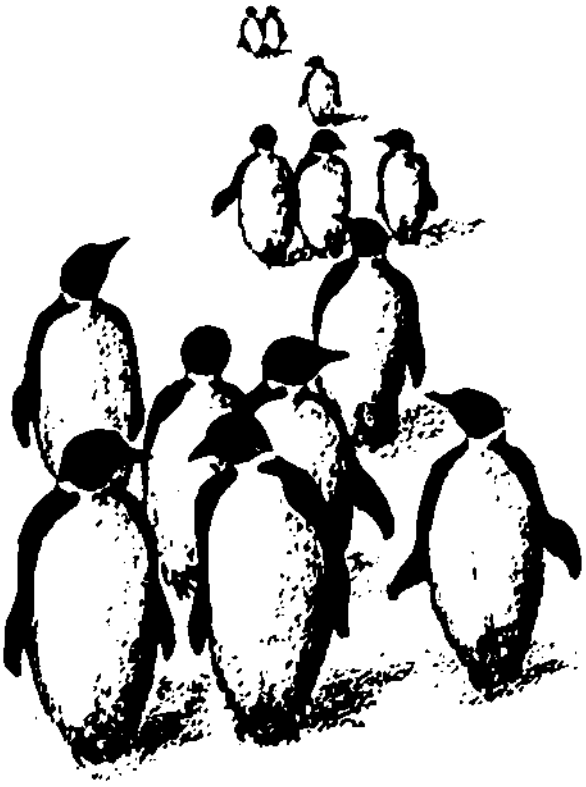
Debate entre Sociólogos

Como último comentario, convendría señalar que la sociología ha estado sometida a severa crítica interna desde que renació el activismo político de izquierda en los últimos años del decenio de 1960. Hay un grupo de eruditos radicales para quienes las teorías dominantes en la profesión reflejan una postura conservadora y partidaria del sistema establecido. También aducen que las principales investigaciones profesionales dependen de subsidios del gobierno o de fundaciones privadas, lo cual ha presionado inevitablemente a muchos de ellos para realizar una labor que no resulte peligrosa. A esto se ha contestado con una serie de datos demostrativos de que los sociólogos, considerados en grupo, se inclinan más a la crítica social que los profesionales de cualquier otra disciplina académica. Alvin Gouldner, agudo crítico izquierdista de las ideas sociológicas institucionalizadas, insiste en que es de justicia reconocer que "no fueron los marxistas, sino Talcott Parsons y otros funcionalistas, los primeros en descubrir la importancia de la emergente *cultura juvenil,* y por lo menos la destacaron como digna de atención. Fueron los sociólogos académicos estadounidenses y no los marxistas, quienes ayudaron a muchos a formarse una primera imagen concreta de la forma de vida de los negros y de otros grupos subyugados, y los que contribuyeron a que se produjeran acontecimientos de política práctica como la resolución integradora dictada por la Suprema Corte".

Las controversias de cariz político ventiladas en el decenio último no han amenguado los esfuerzos de los sociólogos norteamericanos en busca de explicaciones de la conducta de los individuos, los grupos y la sociedad en general, aunque los modelos y métodos empleados sean más divergentes que nunca. La teoría que más pesa hoy al encararse con esos problemas sigue siendo la estructural-funcional asociada a la labor de Robert Merton y Talcott Parsons; pero encuentra fuerte rivalidad en los esquemas orientados más al móvil de los intereses, como la teoría del cambio propugnada por

George Homans y Peter Blau, o los análisis de tipo más marxista que resaltan los conflictos y el poder en la sociedad, según vemos en los trabajos de eruditos como Alvin Gouldner y Charles Tilly. Un número pequeño pero creciente de sociólogos intentan producir modelos matemáticos y proposiciones estadísticas que explican la conducta humana (por ejemplo, Harrison White y James S. Coleman). En el otro extremo hay grupos centrados en Herbert Garfinkle y Erving Goffman que rechazan los modelos basados estructuralmente y buscan formas o patrones sociales en las modestas transacciones de la vida diaria.

Estos otros modelos posibles de la conducta social llevan en ocasiones a resultados contradictorios que ponen en entredicho la validez de muchas generalizaciones teóricas hechas en el pasado. Pero tomar conciencia de las limitaciones de nuestros conocimientos sociológicos puede ser útil, pues imbuye en nosotros humildad al juzgar el comportamiento humano y nos refrena de formular asertos sin el debido respaldo de la experiencia.



LOS PELIGROS DE LA OBEDIENCIA

Por Stanley Milgram

¿Hasta dónde seguirán los individuos a la autoridad cuando ésta les ordene obrar en forma que contraría su conciencia? Para contestar la pregunta, el Profesor Milgram hizo una serie de experimentos en el curso de muchos años y en gran número de países, en situaciones donde los individuos no tenían la amenaza del castigo ni el atractivo de la recompensa. Para muchos estudiosos, sus hallazgos se cuentan entre los más apasionantes y socialmente significativos de la psicología contemporánea. Y también son muy discutibles, lo mismo que el método experimental de que se valió.

Stanley Milgram es profesor de Psicología en el Centro de Posgraduados en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Antes enseñó en la Universidad Yale, donde inició sus experimentos. En este artículo ofrece un resumen de temas que elabora más completamente en su libro *Obedience to Authority* (Obediencia a la Autoridad), publicado por Harper & Row.

La obediencia es un elemento tan básico como el que más en la estructura de la vida social. Para vivir en común se requiere algún sistema de autoridad, y sólo quien viva en el aislamiento no se verá obligado a responder (en plan de reto o de sumisión) a las órdenes de otros. En muchas personas la obediencia es una tendencia de conducta profundamente arraigada, y hasta un impulso que arrolla los principios éticos aprendidos, las simpatías y la conducta moral.

El conflicto inherente a la sumisión a la autoridad es viejo: tan viejo como la bíblica historia de Abrahán, a quien Dios ordenó sacrificar a su hijo en prueba de su fe. Y la cuestión de si hemos de obedecer los mandatos que chocan con nuestra conciencia ha sido debatida por Platón, dramatizada en la *Antígona* de Sófocles y analizada filosóficamente en casi todas las épocas de la historia. Los filósofos conservadores sostienen que la desobediencia atenta contra la misma trama de la sociedad, mientras los humanistas recalcan la primacía de la conciencia individual.

Los aspectos legales y filosóficos de la obediencia son trascendentes en alto grado, pero nos aclaran muy poco el comportamiento de la mayoría de las personas enfrentadas a situaciones concretas. En la Universidad Yale preparé un sencillo experimento para averiguar cuánto dolor infligiría un ciudadano común a otra persona simplemente porque un experimentador le

ordenara hacerlo. Frente a los más poderosos imperativos morales de no dañar a otros, se opuso una rígida autoridad en los sujetos de la prueba. Y a pesar de que los gritos de las víctimas resonaban en sus oídos, la autoridad ganó más veces que la piedad. La presteza de los adultos para llegar adonde sea con tal de acatar una orden, constituye el hallazgo principal del estudio y el hecho que con más urgencia reclama explicación.

En el plan básico del experimento, van dos personas a un laboratorio de psicología para tomar parte en un estudio de la memoria y la capacidad de aprender. A una se le llama "profesor" y a la otra "alumno". El director del experimento les explica que el estudio versa sobre los efectos del castigo en el aprendizaje. Después llevan al alumno a una habitación donde lo sientan en una especie de silla eléctrica en miniatura; le amarran los brazos con

> **El hombre es, por naturaleza, un animal político.**
>
> **Aristóteles**

correas para que no se mueva mucho y le ponen un electrodo en la muñeca. Se le dice que leerá unas listas de pares de palabras, y que después probarán su memoria para recordar la segunda palabra de cada par cuando le repitan la primera. Por cada error que cometa, recibirá una descarga eléctrica de intensidad creciente.

El experimento, sin embargo, se centra en el profesor. Después de presenciar cómo sujetan al alumno en la silla, se sienta delante de un imponente "generador de descargas". El tablero del instrumento tiene 30 interruptores de palanca con el voltaje marcado en cada uno: 15 a 450 voltios. Además está escrita la descripción de los efectos: desde Choque ligero a Choque moderado, Choque fuerte, Choque muy fuerte, Choque intenso, Choque de intensidad extrema y por fin Peligro: Choque grave.

A cada sujeto de la prueba se le da una descarga de 45 voltios antes de que asuma el papel de profesor, para que se convenza de la autenticidad de la máquina generadora.

La Conciencia en Ejercicio

El profesor es un sujeto auténticamente ingenuo que acudió al laboratorio en respuesta a un anuncio publicado en un diario local, solicitando voluntarios para un experimento científico de la memoria. El alumno o víctima es en realidad un actor que no recibe ninguna descarga. El meollo del experimento consiste en averiguar hasta dónde llegará una persona en una situación concreta y mensurable en que se le ordena provocar un dolor creciente a una víctima que protesta.

El conflicto se plantea cuando el hombre que recibe la descarga empieza a

mostrar su molestia. A los 75 voltios refunfuña; a los 120 se queja en voz alta; a los 150 pide que dejen de probar con él. Cuando aumenta el voltaje, sus protestas son más vehementes y emocionales. A los 285 voltios lanza un grito de agonía. Poco después no emite ni el menor ruido.

El profesor llega en seguida a una tensión crispante. Para él, no es un juego; el conflicto es intenso y evidente. El manifiesto sufrimiento del discípulo le empuja a abandonar la prueba. Pero cada vez que duda en administrar una descarga, el experimentador le ordena seguir. Para zafarse de su compromiso, el sujeto debe romper decididamente con la autoridad.

Varios de los sujetos del experimento (aunque fueron la minoría) rompieron el vínculo y se negaron a seguir, según vemos en este diálogo.

> *Alumno:* Sáqueme de aquí. Le dije que ando mal del corazón y estoy empezando a sentir trastornos. Sáqueme de aquí, por favor.
> *Profesor:* Creo que primero debemos averiguar si algo anda mal.
> *Experimentador* (vestido con bata de técnico): Como he explicado, los choques pueden ser dolorosos, pero no encierran peligro.
> *Profesor:* Mire usted: no sé una palabra de electricidad, pero no seguiré adelante hasta averiguar si este hombre está bien.
> *Experimentador:* Es absolutamente esencial que usted continúe. No tiene alternativa.
> *Profesor:* ¡Ya lo creo que la tengo! La primera es no seguir si yo creo que le estamos haciendo daño.

Este hombre cumplió realmente lo que esperábamos de la gente en tal situación. Hace aparecer la desobediencia como acto muy racional y sencillo. Pero la mayoría de los sujetos respondieron de otra forma a la autoridad. Es típica la siguiente respuesta: "Este hombre está enfermo del corazón. ¿Quiere usted que siga, a pesar de todo?" Y cuando el experimentador le contestó: "Continúe, por favor", el profesor siguió obedeciendo, aunque sin dejar de objetar. El sujeto de la prueba dice una cosa, pero su conducta dice otra.

Un Resultado Inesperado

Antes de iniciar los experimentos pedí que me predijeran los resultados varios tipos de personas: psiquiatras, estudiantes y profesores universitarios, y trabajadores comunes. Con notable parecido en sus previsiones, supusieron que virtualmente todos los sujetos se negarían a obedecer al experimentador. Los psiquiatras, en concreto, vaticinaron que la mayoría no pasarían de los 150 voltios, cuando la víctima pidiera explícitamente que la dejaran irse. Esperaban que sólo el cuatro por ciento llegarían a los 300 voltios, y que únicamente un margen patológico de uno entre 1.000 administraría la descarga máxima del tablero.

Tales predicciones resultaron claramente erradas. De los 40 sujetos del primer experimento, 25 obedecieron hasta el final las órdenes del experimentador, castigando a la víctima con la máxima descarga posible del gene-

rador. Después de tres choques de 450 voltios, el director del experimento ordenaba suspender la sesión. Muchos de los que habían obedecido exhalaban suspiros de alivio, se limpiaban las sienes, se restregaban los ojos o sacaban torpemente un cigarrillo. Otros mostraban un mínimo de tensión desde el principio hasta el fin.

En los comienzos mismos del experimento se usaron como sujetos estudiantes de la Universidad Yale, y aproximadamente el 60 por ciento de ellos obedecieron en todo. Uno de mis colegas rechazó en seguida estos resultados, considerando que no eran aplicables a la gente "común", pues, según él, los universitarios de Yale eran sumamente agresivos e inclinados a competir. Me aseguró que obtendríamos resultados muy diferentes cuando probáramos con la gente "común". Pero pasamos de los estudios de prueba a los experimentos regulares, tomando personas de todos los estratos sociales de la cercana ciudad: profesionales, empleados, trabajadores cesantes y obreros industriales. *El resultado del experimento fue el mismo que habíamos observado entre los estudiantes.*

Además, se repitieron los experimentos en Alemania, Italia, Sudáfrica y Australia, y el grado de obediencia resultó siempre *algo mayor* que el hallado en la investigación de que se habla en este artículo. El experimentador de Munich comprobó que el 85 por ciento de sus sujetos obedecieron.

Papel del Instinto de Agresión

En una interpretación teórica de esta conducta se afirma que todos llevamos muy dentro instintos agresivos que pugnan por expresarse, y que el experimento sirve para justificar, dentro de una institución, el dar rienda suelta a esos impulsos. Según la teoría citada, cuando se pone a una persona en situación de dominio total sobre otra a quien pueda castigar a su albedrío, saldrán a relucir todas las inclinaciones sádicas y bestiales del hombre. Se considera que el impulso de dar descargas a la víctima nace de los fuertes instintos de agresión que forman parte de los móviles de la voluntad individual, y, como el experimento da legitimidad social a esos instintos, lo que hace es abrirles simplemente la puerta para que se manifiesten.

Es de vital importancia, por tanto, comparar la conducta del sujeto cuando está *sometido a órdenes* y cuando se le permite *elegir* la intensidad de las descargas.

El procedimiento seguido para ello fue idéntico al del experimento normal, si bien se advirtió al profesor que podía escoger libremente cualquier nivel de descarga en cualquiera de las pruebas. (El experimentador cuidaba mucho de advertir al profesor que podía aplicar las intensidades mayores, las menores o las intermedias, o combinar unas con otras.) Cada sujeto procedía a hacer 30 pruebas críticas. Las protestas del alumno estaban coordinadas uniformemente según el nivel de los choques: el primer refunfuño, a los 75 voltios; la primera protesta vehemente, a los 150.

La intensidad media de las descargas hechas durante las 30 pruebas críti-

cas fue menor de 60 voltios, esto es, por debajo del nivel en que la víctima mostraba los primeros signos de incomodidad. Tres de los 40 sujetos no pasaron del grado más bajo del tablero: 28 no llegaron a más de 75 voltios; y 38 no siguieron después de oír la primer protesta ruidosa, a los 150 voltios. Dos de los sujetos fueron la excepción, pues administraron hasta 325 y 450 voltios, pero el resultado, en conjunto, fue que la gran mayoría de las personas dieron choques muy leves, en general indoloros, cuando la elección de intensidad dependía explícitamente de ellas.

Esta circunstancia del experimento quita fuerza también a otra explicación comúnmente propuesta de la conducta de los sujetos: que los autores de las descargas más intensas contra las víctimas proceden sólo de la minoría marginal de sádicos de la sociedad. Si consideramos que casi dos tercios de los participantes caen en la categoría de sujetos "obedientes", y que representaban gente común tomada de las clases trabajadoras, administradoras y profesionales, el argumento resultará muy deleznable. Es más, recuerda mucho el problema que se suscitó cuando Hannah Arendt publicó en 1963 su libro *Eichmann en Jerusalén*. La Arendt afirmaba que el esfuerzo del fiscal para pintar a Adolf Eichmann (encargado del programa nazi de deportación de los judíos y otros pueblos hasta los campos de exterminio) como un monstruo sádico, fue un error en lo fundamental, pues el antiguo funcionario hitleriano era más bien un burócrata sin imaginación que se limitaba a cumplir su trabajo desde el escritorio. La autora del libro fue objeto de escarnios y aun de calumnias. Por una u otra razón, la gente suponía que las monstruosidades ejecutadas por Eichmann tenían que venir de una personalidad brutal, retorcida, encarnación de la maldad. Después de ver cientos de personas comunes y corrientes someterse a la autoridad en nuestros propios experimentos, debo colegir que la concepción de la Arendt sobre la trivialidad del mal se acerca a la verdad más de lo que uno osaría imaginar. La persona ordinaria que sometía a descargas eléctricas a su víctima lo hacía por un sentido de obligación (impresión de sus deberes como conjunto), y no por alguna peculiar tendencia agresiva.

Esta es, quizá, la lección más fundamental de nuestro estudio: al desempeñar sencillamente un oficio, sin hostilidad especial de su parte, el hombre común puede convertirse en agente de un proceso terriblemente destructor. Además, aunque los efectos destructivos de su trabajo se revelen con claridad meridiana, si se les pide que realicen actos incompatibles con los principios fundamentales de la moral, relativamente pocas personas tendrán los recursos interiores necesarios para oponerse a la autoridad.

La Etiqueta de la Sumisión

Muchos individuos se rebelaban en cierto modo contra lo que hacían al alumno, y muchos protestaban, aunque obedecían. Algunos creyeron firmemente que obraban mal, pero no se resolvieron a romper con la autoridad. A menudo buscaban justificarse considerando (en su fuero interno al

menos) que estaban del lado de los buenos. Trataban de aliviar su tensión obedeciendo al experimentador, pero "sólo un poco", dando ánimos al alumno, conectando delicadamente los interruptores del generador. Al entrevistarlos, los que así procedían solían insistir en que habían sido "humanitarios", administrando las descargas durante el menor tiempo posible. Les fue más fácil resolver así su conflicto que rebelarse contra las órdenes.

La situación se prepara de tal forma que el sujeto no puede suspender las descargas al alumno sin violar el cometido que le definió el instructor. Teme parecer arrogante y rudo si abandona su deber. Y aunque estas emociones inhibidoras parezcan menores en comparación con la violencia ejercida sobre el alumno, impregnan la mente y los sentimientos del sujeto, que se angustia ante la perspectiva de tener que repudiar la autoridad cara a cara. (Cuando se varió el experimento para que el experimentador diera sus instrucciones por teléfono, sólo un tercio de los sujetos obedecieron hasta los 450 voltios.) Es curioso que, entre las fuerzas que impiden romper el vínculo de obediencia, obre en el sujeto esa especie de "compasión" o resistencia a "lastimar" los sentimientos del experimentador. Retirarle esa consideración puede ser tan doloroso para el sujeto como para la autoridad que desafía.

Responsabilidad de las Propias Acciones

Lo esencial de la obediencia es que una persona llega a considerarse instrumento para realizar los deseos de otra, y por tanto deja de creerse responsable de sus propios actos. Una vez producida esta variación de perspectiva, se siguen todos los caracteres esenciales de la obediencia. El resultado más trascendental es que la persona se considera responsable ante la autoridad que la dirige, pero no del contenido de los actos que le ordenan ejecutar. No desaparece la moralidad, sino que toma un foco radicalmente diferente: la persona subordinada siente orgullo o vergüenza, según haya desempeñado bien o mal el cometido que le encargó la autoridad.

> **"Todo hombre lleva dentro de sí una bestia salvaje.**
>
> **Federico el Grande"**

Hay muchas palabras en el idioma para definir ese tipo de moral: *lealtad, deber, disciplina,* expresiones todas ellas saturadas de sentido moral, que hacen referencia al grado en que cumpla una persona sus obligaciones ante la autoridad. No sólo se refiere a la "bondad" de la persona, sino a la suficiencia con que el subordinado desempeña el papel que le haya asignado la sociedad. La razón que aducen con más frecuencia en su defensa los individuos que han cometido alguna acción nefanda por órdenes superiores es afirmar que lo hicieron en cumplimiento de su deber. Al defenderse así,

no están alegando un pretexto que se les ocurre de momento, sino hablando sinceramente, pues tal actitud psicológica es resultado de su sumisión a la autoridad.

Para que una persona se sienta responsable de sus actos, tiene que sentir que su conducta emana de su yo. En las situaciones que hemos estudiado, los sujetos tenían precisamente la noción contraria de sus acciones: creían que nacían de los motivos de alguna otra persona. Muchos sujetos de los experimentos dijeron: "Si hubiera dependido de mí, no habría administrado descargas al alumno".

> **El hombre es el único animal que se ruboriza. . . o que tiene motivos para ello.**
>
> **Mark Twain**

Aunque el conflicto entre la conciencia y el deber produce tensión, intervienen mecanismos psicológicos que ayudan a aliviarla. Por ejemplo, algunos individuos cumplen en grado mínimo: tocan muy ligeramente el interruptor del generador. Para ellos, eso demuestra que son buenas personas sin dejar de ser obedientes. Algunos discutían con el experimentador, aunque sus objeciones no necesariamente los inducían a la desobediencia: más bien sirven a menudo como mecanismo psicológico, definen al sujeto, ante sus propios ojos, como persona que se opone a las crueles órdenes del experimentador, y al mismo tiempo reducen la tensión y le permiten obedecer. Muchas veces pudimos ver que la persona se absorbía en los pormenores del experimento, pues así no pensaba en las consecuencias de lo que hacía.

Variaciones de Autoridad

Una vez singularizada la autoridad como causa de la conducta del sujeto, es válido inquirir cuáles son los elementos necesarios para que haya autoridad y cómo ha de percibirse ésta para que el sujeto la acate. Hicimos algunas investigaciones de los cambios que pudieran reducir el ascendiente del experimentador e impulsar al sujeto a la desobediencia. Algunas variantes revelaron que:

- *La presencia material del experimentador tiene un claro efecto sobre su autoridad.* Como ya dijimos, la obediencia bajó bruscamente cuando se dieron las órdenes por teléfono. Muchas veces el experimentador pudo impulsar a un sujeto desobediente volviendo al laboratorio.
- *La autoridad en conflicto paraliza seriamente la acción.* Cuando dos experimentadores de igual categoría, sentados ambos en la mesa de mando,

daban órdenes contradictorias, no se administraron más descargas superiores a la intensidad donde se produjo el desacuerdo.

• *La rebeldía de otros socava gravemente la autoridad.* En una de las variantes, tres profesores (dos eran actores y el otro era sujeto del experimento) pusieron una prueba y dieron choques eléctricos. Cuando los dos actores desobedecieron al experimentador y se negaron a administrar descargas superiores a cierto nivel, 36 sujetos, entre 40, se unieron a la desobediencia de sus compañeros profesores.

Es importante señalar que en nuestros trabajos la autoridad del experimentador era débil, puesto que no tenía casi ninguno de los recursos de represalia disponibles en las situaciones ordinarias de mando. Por ejemplo, el experimentador no amenazaba a los sujetos con castigos por desobedecer (como es la pérdida de ingresos, ostracismo de la comunidad o cárcel). Ni podía ofrecerles incentivos. Esperábamos que la autoridad del experimentador fuera mucho menor, por ejemplo, que la de un general, un patrono e incluso un profesor que tenga atribuciones para imponer sus órdenes. Y pese a estas limitaciones, todavía lograba un grado alarmante de obediencia.

Citaré una última variante que describe un conflicto común en la vida diaria. En este experimento no se mandaba al sujeto que conectara el interruptor para dar el choque eléctrico a la víctima, sino simplemente que desempeñara una tarea auxiliar (hacerle la prueba de las parejas de palabras) mientras otra persona administraba las descargas. En esta situación, 37 de 40 adultos (aproximadamente 90 por ciento) siguieron haciendo las preguntas de la prueba hasta la máxima intensidad del generador. Como era de esperar, excusaron su conducta diciendo que la responsabilidad recaía en el

> **El hombre es un animal maleable, un ser que se acostumbra a todo.**
>
> **F.M. Dostoievski**

hombre que conectaba el interruptor. Esto puede ser ejemplo de una peligrosa característica de las sociedades complejas: es fácil pasar por alto la responsabilidad cuando uno es solamente eslabón intermedio de una cadena de actos.

El problema de la obediencia no es exclusivamente psicológico. La forma y figura de la sociedad, y la manera en que se desarrolla, tienen mucho que ver en él. Claro es que todas las sociedades deben inculcar hábitos de obediencia en sus ciudadanos, puesto que no puede haber sociedad donde no exista alguna estructura autoritaria. Aprendemos la obediencia en la vida familiar y en la escuela, pero sobre todo cuando empezamos las relaciones de trabajo. Cuando ingresa en una oficina, una fábrica o el ejército, el individuo tiene que ceder por fuerza cierta dosis de criterio personal para que

aquellos sistemas más extensos puedan funcionar eficientemente. En estas situaciones de trabajo no se considera uno responsable de sus propias acciones, sino agente que pone por obra los deseos de otra persona.

Quizá hubiera una época en que las personas podrían responder en forma plenamente humana a cualquier situación por estar absortos por completo en ella como seres humanos. Pero las cosas cambiaron en cuanto hubo división del trabajo. Pasado cierto límite, la desintegración de la sociedad en grupos de gente que desempeña labores reducidas y muy especiales amengua la calidad humana del trabajo y de la vida. La persona no logra abarcar la situación completa, sino sólo una parte de ella, y por consiguiente no puede obrar si no se le señala alguna dirección global. Se entrega a la autoridad, pero con ello se enajena de sus actos propios.

Hasta Eichmann se enfermaba al visitar los campos de exterminio, pero durante casi todo el tiempo estaba sentado ante un escritorio escribiendo órdenes. El hombre que, en el campo de concentración, echaba el Ciclon-B en las cámaras de gas podía justificar su conducta diciendo que se limitaba a cumplir órdenes superiores. Así, existe una fragmentación del acto humano total; nadie se enfrenta a las consecuencias de haber decidido ejecutar el acto infame. La persona que asume la responsabilidad se ha evaporado. Quizá sea este el rasgo más común del mal socialmente organizado en la sociedad moderna.

Pero las implicaciones de nuestro estudio se aplican igualmente en situaciones menos extremadas. Así, el conflicto entre conciencia y autoridad sólo en cierta medida es un problema filosófico o moral. Muchos sujetos del experimento comprendían, por lo menos en el plano teórico de los valores, que no debían seguir, pero no fueron capaces de traducir en actos su convicción. No se necesita una persona mala para servir en un mal sistema. La gente común se integra fácilmente en sistemas malévolos.

¿Podremos evitar de algún modo este potencial aterrador, esta fácil aceptación de la autoridad, aun la mal dirigida o la perversa? Quizá seamos marionetas. . . muñecos movidos por los hilos de la sociedad. Pero al menos somos marionetas con percepción, con conciencia. Y tal vez nuestra conciencia sea el primer paso para liberarnos. El hecho de que la obediencia sea muchas veces un imperativo de la sociedad humana no reduce nuestra responsabilidad como ciudadanos. Más bien nos impone la obligación especial de colocar en los puestos de autoridad a aquellos que más probablemente la ejercerán humanitariamente. Y la gente es ingeniosa. Los varios sistemas políticos que se han desarrollado en el correr de la historia son sólo algunos de los muchos arreglos políticos posibles. Acaso el siguiente paso sea inventar y explorar formas políticas que den a la conciencia más oportunidades de oponerse a la autoridad equivocada.

* * *

DOS COMENTARIOS

Los experimentos del Profesor Milgram han suscitado muchas controversias, sobre todo por la justificación ética de engañar a sus sujetos, pero también por las implicaciones de más alcance que hay en sus hallazgos. Los comentarios divergentes que siguen dan una idea de la reacción de otros psicólogos. El Profesor Lawrence Kohlberg, jefe del Centro de Educación Moral en la Escuela de Educación para Posgraduados, de la Universidad Harvard, es bien conocido por sus estudios del desarrollo de la percepción moral desde la adolescencia hasta la edad adulta. Richard J. Herrnstein es profesor de Psicología en la Universidad Harvard; su último y debatido estudio sobre las pruebas de inteligencia, se titula *I.Q. in the Meritocracy* (El Coeficiente Intelectual en la Meritocracia). Sus observaciones se han adaptado de una reseña de la obra de Milgram, *Obedience to Authority* (Obediencia a la Autoridad), que publicó en *Commentary*.

1. Lawrence Kohlberg: Una Cuestion de Moralidad

El experimento de Milgram estuvo motivado en parte por una duradera preocupación moral: la de entender y publicar la capacidad del "hombre medio" para cometer acciones malas en ciertas circunstancias sociales. La conclusión moral que saca Milgram del experimento es que genera un conocimiento más hondo y una compasión mayor por la persona que trivialmente incurre en maldad, a la vez que despierta el impulso moral de eliminar las situaciones autoritarias en que pueda ocurrir esto. Pero Milgram mismo es víctima inconsciente de la "autoridad de la ciencia", lo mismo que sus sujetos. Al servir a la autoridad de la ciencia bajo la bandera de la "objetividad", infligió un sufrimiento a otros so pretexto del bienestar mayor de la sociedad. En esto, sin embargo, no estaba más determinado, esclavizado o guiado por lo irracional que los sujetos de la prueba. Pensó, como muchos de éstos, que causar dolor en tal situación estaba moralmente justificado por la razón utilitaria de que el sufrimiento menor de unos pocos sujetos de su experimento servía al bienestar mayor de la sociedad porque probaba ciertas verdades.

La confusión ética de Milgram fue la misma confusión de filosofía moral característica de muchos intelectuales contemporáneos, tanto "humanistas" como "científicos". Milgram, que es utilitarista, no acertó a preguntarse si su experimento era justo para los individuos que intervenían en él, aunque lo hiciera buscando un bien mayor. No trató a sus sujetos como a *personas* (lo que da un sentido básico a la actitud moral), igual que la mayoría de sus sujetos no supieron tratar a la víctima como persona.

Aunque Milgram tenía motivos morales utilitarios al hacer el experimento para enseñar a la sociedad los límites de la autoridad, no tuvo la intención moral de enseñar eso mismo a sus sujetos. Su preocupación por ellos era utilitaria: no hacerles daño, anestesiar sus sentimientos, pero no darles una experiencia de aprendizaje moral. El perjuicio del experimento para los sujetos no fue tanto el dolor que sufrieron al causar a otro un imaginario sufrimiento, sino el efecto del experimento en sus actitudes morales. Como

bien sabe Milgram, la gente tiende a justificar la conducta inmoral que se ve obligada a seguir. Algunos sujetos de los que cita aprendieron moralmente de la situación, pero fueron sobre todo los que se negaron y, a consecuencia de su negativa, comprendieron que hay límites éticos a la autoridad. Otros sujetos que obedecieron, "aprendieron" algo muy diferente. Uno dijo: "Obré igual que Eichmann, y me sorprendió advertir que gozaba con ello". Otros inventaron justificaciones por hacer caso omiso del dolor ajeno en situaciones de autoridad. Es más, la defensa moral del experimento que Milgram añade como apéndice es una justificación del mismo tono para un procedimiento cuyos resultados no preveía.

Creo que Milgram pudo haber hecho su experimento con más ética. Si se hubiera usado como vehículo de diálogo moral y de educación para cada sujeto, quizá habría estado justificado.

2. Richard J. Hernstein: Engaño y Conocimiento

Algunos (entre ellos muchos científicos sociales también) han censurado el elemento de engaño que contienen los experimentos de Milgram, sobre todo cuando ese engaño se ha calculado para producir aguda intranquilidad. Tal objeción me parece legítima; es una dificultad secundaria, derivada del experimento en sí más que de sus resultados. Para averiguar cómo se porta la gente en compulsión o peligro, el experimentador finge, pues no puede someter a un hombre a riesgos reales. Para experimentar con individuos humanos en situaciones sociales, habrá que recurrir probablemente al engaño y la manipulación. La idea no es grata, y no resulta difícil rechazarla. Pero consideremos los experimentos de Milgram. En ellos, el engaño y la manipulación condujeron a un aumento notable de nuestros conocimientos en lo que toca a los peligros de la autoridad. Esos conocimientos se adquieren penosa y lentamente. ¿Podríamos prohibir nuevos descubrimientos de tal calibre e importancia?

Algunos responden a la pregunta con un dogmático *sí*, pues dan prioridad absoluta a la intimidad individual aun a riesgo de perpetuar la ignorancia. En cuanto a mí, no comparto este parecer. Aprecio la intimidad, pero me preocupa la ignorancia. Una pérdida pequeña y pasajera de la comodidad y la intimidad de unos pocos me parece un precio soportable por una gran reducción de nuestra ignorancia; sin embargo, comprendo, al igual que Milgram, lo delicado que es formular tal juicio. Y aun así, espero que haya otros experimentos como el de Milgram: que nos enseñen hechos referentes a nosotros mismos incurriendo en un mínimo inevitable de engaño e incomodidad.

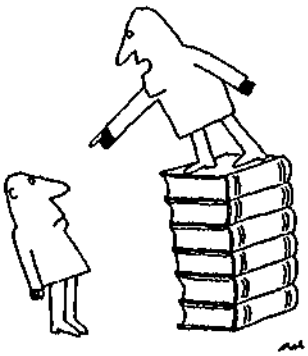
Pero hay otro conflicto vital derivado del trabajo de Milgram y que afectará a cualquier esquema político donde se valoren tanto el orden social como la autonomía individual. Por un lado vemos que hasta los Estados Unidos, tolerantes e individualistas, crean individuos capaces de convertirse en agentes del terror. Cuando las armas del terror se hacen más potentes y se

alejan de las víctimas, los peligros de la obediencia aumentan. Sabemos que los bombarderos de la aviación militar sufren poco los conflictos y ansiedades que acusan los sujetos de Milgram, porque castigan desde más lejos y sirven a una autoridad más fuerte.

De ese cuerno del dilema se habla mucho en las noticias de nuestros días. Pero el otro cuerno es el castigo que hemos de pagar si sobrevaloramos más de la cuenta la conciencia y la autonomía individuales. La alternativa de la autoridad y la obediencia es la anarquía, y ésta, como demuestra la historia, es el camino más seguro al caos y a la tiranía, en última instancia.

Aunque reconoce las alternativas, Milgram simpatiza con las libertades. Quiere más ciudadanos desafiantes, más gente que desobedezca a la autoridad. No dudo que sería fácil conseguir negativas a las órdenes con sólo aliviar los castigos a la desobediencia. Pero nada nos hace pensar que las personas se basen únicamente en la benevolencia y en la sensibilidad moral como criterios para rechazar la autoridad. Pensemos en algunos casos reales: Si se redujeran las penas por dejar de pagar impuestos, ¿sería fraude o sería virtud burlar al fisco? Si se permitiera la deserción de filas por razones de conciencia, ¿dejaría de alegar el desertor que abandonó al ejército por causas morales y no por cobardía?

Milgram, y sin duda otros también, contestaría probablemente que no basta reducir las penas; que se debe inculcar la virtud a la gente, sin limitarse a librarla de las contingencias del vicio. Eso está muy bien, pero no parecerá cinismo insistir en que el peso de las pruebas condena a aquellos que creen conocer la forma de hacer a la gente mejor que nunca en la historia. Ni en este libro ni en otras obras contemporáneas que versan sobre la desobediencia civil encuentro razones para pensar en esa posibilidad. La labor de Milgram, si bien brillante, no resuelve conflictos.



LENGUAJE Y COMUNICACION HUMANOS

Por Lewis Thomas

Como todo lo viviente, los seres humanos se comportan, en buena parte, de acuerdo con sus estructuras celulares y herencias genéticas. Pero nuestro modo de ser biológico es mucho más complejo que el de otras formas de vida, e igualmente lo es nuestra conducta. En este artículo, un notable facultativo e investigador médico reflexiona acerca de la comunicación humana, comparándola—y contrastándola—con la de otros animales.

Ex director del Departamento de Patología de la Universidad Yale, el Dr. Thomas es actual presidente del Instituto Conmemorativo Sloan-Kettering. En 1957 recibió el Premio Nacional del Libro por *Lives of a Cell* (Vidas de una Célula), publicado por Viking, del que se han tomado los dos fragmentos siguientes, y que ha sido alabado porque manifiesta el ingenio y la gracia de una mente culta.

Habla Social

No todos los animales sociales tienen el mismo grado de sociabilidad. En algunas especies sus miembros están tan ligados unos a otros y son tan interdependientes entre sí, que parecen las células de un tejido unidas sin mucha cohesión. Así son los insectos sociales; se mueven y viven toda su existencia en masa; una colmena es un animal esférico. En otras especies, menos compulsivamente sociales, los miembros construyen sus moradas juntas, unen sus recursos, viajan en hatos o manadas y comparten la comida, pero uno de ellos puede sobrevivir solo, apartado del resto. Otras son sociales sólo en el sentido de que sus miembros congenian más o menos, juntándose de tiempo en tiempo en reuniones sociales, ocasiones que aprovechan para alimentarse y reproducirse. Algunos animales sencillamente inclinan la cabeza al pasar cerca de otro de su especie, sin alcanzar jamás una verdadera relación.

No es sencillo decidir en cuál de estas categorías debemos clasificar a los seres humanos, porque en las distintas épocas de nuestra vida nos las arre-

Copyright © 1974 por Lewis Thomas. Estos ensayos aparecieron por primera vez en *The New England Journal of Medicine*. Copyright © 1974 por The Massachusetts Medical Society.

glamos para vivir en todos los órdenes sociales imaginables. Somos tan interdependientes, especialmente en las ciudades, como las abejas y las hormigas, aunque nos podemos separar si lo deseamos, e irnos a vivir solos en el bosque, por lo menos en teoría. Nos alimentamos y cuidamos unos a otros, para lo cual hemos construido sistemas muy elaborados que incluyen hasta máquinas vendedoras que entregan refrescos en los expendios de gasolina, pero también poseemos numerosos libros que nos explican cómo vivir de la tierra. Nos apiñamos en grupos familiares, pero tenemos la impredecible tendencia a volvernos unos contra otros y luchar como si fuésemos de especies diferentes.

Colectivamente, ansiamos acumular toda la información acerca del universo y distribuirla entre todos nosotros, como si se tratara de alguna clase de sustancia alimenticia esencial, como hacen las hormigas, pero también cada uno de nosotros construye un almacén particular y secreto donde guarda lo que sabe como un tesoro intocable. Tenemos nombres que nos designan a cada uno, y creemos, sin reserva, que este sistema de taxonomía nos garantizará el ser, la separación absoluta de los demás, pero el mecanismo no funciona de modo discernible en el centro de una ciudad atestada; la mayor parte de nuestra vida, la pasamos como seres sin nombre.

Nadie quiere pensar que la masa de la humanidad, que crece tan rápidamente y que se está extendiendo por toda la superficie del planeta, ennegreciendo la tierra, tenga un parecido significativo con la vida de un hormiguero o de una colmena. ¿Podríamos considerar, siquiera durante un momento, que los más de 3.000 millones de seres humanos somos una especie de animal estupendo cuando llegamos a estar vinculados y juntos? No dejamos de tener mente, ni nuestro comportamiento diario está ordenado hasta el último detalle por nuestros genomas, ni parece que estemos comprometidos, juntos y compulsivamente, en una tarea única, universal y estereotipada

> **La naturaleza no destinó al hombre para vivir en colectividades y ser civilizado.**
>
> **Epicuro**
>
> **El hombre no es sólo un animal social, sino un animal que sólo en una sociedad puede convertirse en individuo.**
>
> **Carlos Marx**

análoga a la construcción de un nido o guarida. Si alguna vez pudiéramos poner todos nuestros cerebros al servicio de la realización de una tarea común, como hacen las hormigas, resultaría un pensamiento impensable, muy lejos de la capacidad de nuestras mentes individuales.

Los animales sociales tiene la tendencia a perseverar en algo particular, generalmente colosal para su tamaño; y trabajan incesantemente en ello impulsados por las órdenes genéticas y bajo compulsión genética, y utilizan aquello para albergar la especie y protegerla, asegurando su permanencia.

Existen, estemos seguros, parecidos superficiales en algunas de las cosas que hacemos juntos, como es construir ciudades de vidrio y plástico en toda la tierra y las granjas bajo el mar, o reunirnos en ejércitos, o colocar especímenes de nosotros mismos en la Luna, o enviar mensajes a otras galaxias. Todo esto lo hacemos juntos sin estar completamente seguros del porqué, pero podemos cesar de hacer una cosa determinada y dedicarnos a otra cuando gustemos. Nosotros no estamos comprometidos ni obligados por nuestros genes a persistir para siempre en una actividad, como las avispas. La conducta actual no es más permanente que la que teníamos cuando nos volcamos por toda Europa para construir catedrales en el siglo XII. En esa época estábamos convencidos de que aquello seguiría siempre, de que así era como había que vivir, pero no fue así; la realidad es que la mayoría de nosotros ya hemos olvidado a qué se debió todo aquello. Cualquier cosa que hagamos, en ese modo social secundario y transitorio, compulsivamente y con todas nuestras energías, pero sólo durante un período breve de nuestra historia, no se puede considerar como conducta social en el sentido biológico. Si lo podemos hacer o dejar de hacer a nuestro antojo, no es verosímil suponer que nuestros genes nos estén proporcionando instrucciones detalladas. Construir la catedral de Chartres fue beneficioso para nuestro espíritu, pero vimos que nuestra vida seguía su curso, y que ya no es probable que encontremos los medios para nuestra supervivencia en el arado romano o en las bombas láser, en un transporte rápido y masivo o enviando un hombre a Marte, o con la energía solar o ni siquiera en las proteínas sintéticas. El ser humano tiene la tendencia a improvisar cosas como éstas en su adelanto cultural, pero, claro está, podemos escoger y seleccionar.

> **El hombre es el único animal que come cuando no tiene hambre, bebe cuando no tiene sed y está siempre dispuesto para el amor.**
>
> **Anónimo**

A la larga y para propósitos prácticos, lo mejor para nosotros sería que no fuésemos biológicamente sociales. Desde luego, no tenemos oportunidad de elección, y ni siquiera de opinar. No nos agradaría saber que intelectualmente todos estamos enlazados juntos, haraganeando en algún trabajo colectivo, sin forma determinada e impulsados genéticamente, en la construcción de algo tan inmenso que nunca podemos ver ni siquiera el plan general. Al parecer, soportar una carga de este tipo sería especialmente duro, y aun peligroso, para una especie dotada del singular atributo del habla y la

discusión. Dejemos ese tipo de vida a los insectos y los pájaros, a los mamíferos inferiores y los peces.

Pero hay un algo más: el habla humana.

Se empieza a comprender, cada día con mayor inquietud, que el don del habla es el único rasgo humano que nos caracteriza genéticamente a todos nosotros, apartándonos del resto de los seres vivientes. El lenguaje es, como la construcción de nidos o colmenas, la actividad universal y biológicamente específica de los seres humanos. Lo empleamos en comunidad, compulsiva y automáticamente. No podemos ser humanos sin él; si nos disociáramos de él nuestras mentes morirían, tan seguramente como mueren las abejas que se han perdido de su colmena.

Nacemos sabiendo ya cómo hemos de usar el lenguaje. La capacidad de comprender la sintaxis, de organizar y disponer las palabras en frases inteligibles, es innata de la mente humana. Estamos programados para identificar normas y engendrar gramática. En el habla existen estructuras variables e invariables que nos son comunes a todos nosotros. Así como los polluelos están dotados con una capacidad innata para obtener información de las formas de las sombras que vuelan sobre ellos, distinguiendo al halcón de otras aves, nosotros podemos identificar el significado de la gramática en una retahila de palabras, porque hemos nacido así. Según el lingüista Noam Chomsky, quien lo ha estudiado tal y como el biólogo examina un tejido vivo, el lenguaje "debe ser, sencillamente, una propiedad biológica de la mente humana". Los atributos universales del lenguaje están genéticamente establecidos; no los aprendemos, ni los inventamos a medida que vivimos.

Trabajamos en él durante toda nuestra vida y, colectivamente, le damos vida, pero no ejercemos el menor control sobre el lenguaje, ni como individuos, ni cuando nos reunimos en comités, academias o gobiernos. El lenguaje, una vez que cobra vida, se comporta como un organismo activo y movible. Partes de él están sufriendo cambios continuamente, debido a una actividad incesante en la cual todos nosotros estamos empeñados; se inventan e incorporan nuevas palabras, y se abandonan y olvidan palabras antiguas, o se les cambia el significado. Formas nuevas de ilación de palabras y frases se ponen de moda y al poco tiempo desaparecen, pero la estructura fundamental crece, se enriquece y agranda. Cada idioma en particular envejece y parece que muere, pero todos dejan progenie por todas partes. Pueden existir idiomas distintos, uno junto a otro durante siglos, sin que ninguno de ellos influya en el otro, manteniendo su integridad con el mismo vigor con que lo hacen dos tejidos que son incompatibles. En otras ocasiones, dos idiomas pueden unirse, fusionarse, multiplicarse, y dar lugar al nacimiento de nuevos idiomas.

Si el lenguaje es la esencia de nuestra existencia social, al unirnos y permitir que nos comprendamos, también se puede decir que el arte y la música son funciones del mismo mecanismo universal y genéticamente determinado. No creo que sea malo que desarrollemos también estas funciones, a la par que el lenguaje. Si debido a esto somos criaturas sociales y, por

consiguiente, nos parecemos a las hormigas, a mí (¿o debería por una vez, decir a nosotros?) no me importa.

* * *

Información

. . . Almacenamos información del mismo modo que las células almacenan energía. Cuando tenemos la buena suerte de encontrar una relación directa entre un receptor y un hecho, ocurre en nuestra mente una profunda explosión; repentinamente, la idea se agranda, se afina, estalla con nueva energía y comienza a reproducirse. En ocasiones se produce una cadena de explosiones reverberantes, que lo sacude todo: como decimos, la imaginación está desbordada.

Parece que este sistema es privativo de los humanos, ya que somos los únicos seres que tenemos lenguaje, a pesar de que los chimpancés pueden tener la capacidad de manipular símbolos con cierta sintaxis. La gran diferencia entre nosotros y el resto de los demás animales puede ser la diferencia cualitativa que produce el habla. Vivimos transformando la energía en palabras, almacenándolas y soltándolas mediante explosiones controladas.

Los animales sin habla no pueden hacer eso y están limitados a transacciones de etapa única. Como nosotros, vagan en busca de hechos que encajen en su escasa provisión de hipótesis, pero cuando el receptor encuentra a un igual sólo produce un golpe sordo. Sin el lenguaje, la energía contenida en la información, dispuesta a saltar como un muelle, sólo se puede usar una vez. Cuando se acerca la época de poner sus huevecillos, la avispa solitaria, *Sphex*, viaja volando alto con una teoría única acerca de las orugas. Al descubrir una que llene su hipótesis, desciende sobre ella, la pica, la paraliza y se la lleva para depositarla precisamente frente a la entrada redonda de su madriguera (la cual, obsesionada por una versión diferente de la misma teoría, ya había preparado de antemano). Deja caer al gusano, entra en su albergue para realizar una inspección de último momento, y vuelve a salir para tirar de la oruga hacia adentro y formar el nido para sus huevos. Todo esto parece que es una rutina muy ordenada y metódica. Pero si, mientras la avispa está en el interior haciendo la inspección, cambiamos la oruga de sitio moviéndola un poco, la avispa tendrá un segundo pensamiento, menos razonable, acerca del asunto. Al salir, buscará durante un momento la oruga y, al encontrarla, la arrastrará de nuevo al sitio donde la había dejado originalmente, la volverá a dejar y correrá de nuevo al interior de su albergue para inspeccionarlo otra vez. Si volvemos a mover la oruga, la avispa repetirá todo el programa, y podemos mantenerla totalmente preocupada durante todo el tiempo que nuestra paciencia y crueldad nos permitan. Es un comportamiento (el de la avispa) de tipo compulsivo y esencialmente neurótico, como un personaje insensato de Ionesco, pero el insecto no puede imaginar otra manera cualquiera de realizar la operación.

Los linfocitos, como las avispas, están genéticamente programados para la exploración, pero parece que a cada uno de ellos se les ha implantado una idea diferente y única. Van errantes por los tejidos animales, sintiendo y advirtiendo. Como hay tantos linfocitos, colectivamente pueden detectar cualquier cosa antigénica que haya en la superficie terrestre, pero tienen que ocuparse de una sola noción a la vez. En sus receptores superficiales llevan una información específica, manifestada en forma de una interrogación: ¿Existe ahí fuera, en cualquier parte, algo de mi misma configuración molecular particular?

Muchas son las cosas maravillosas que hay en la naturaleza, pero el hombre es la más maravillosa de todas.

Sófocles

Los hombres son ingratos, débiles, hipócritas, temerosos del peligro y amantes del lucro.

Nicolás Maquiavelo

Cuando se logra la conexión, y un linfocito en particular con un receptor particular llega ante un antígeno particular, se produce uno de los más grandiosos miniespectáculos de la naturaleza: la célula se agranda, empieza a producir a gran velocidad nuevo ADN, y ocurre lo que se denomina, apropiadamente, una "explosión", con la que comienza a dividirse, reproduciéndose a sí misma en una nueva colonia de células idénticas, que tienen el mismo receptor y que llevan impresa la misma interrogación. La nueva agrupación es una remembranza, ni más ni menos.

Para que este mecanismo resulte útil, se requiere que las células sean precisas. Cualquier ambigüedad, cualquier tendencia a error de parte de la materia cercana, causará graves peligros a las células, y aún mayores para el huésped en el que viven. Errores menores pueden causar reacciones en las que las células vecinas son reconocidas como extrañas, y muertas. Existe una teoría que sostiene que el proceso de envejecimiento se puede deber al efecto acumulado de la imprecisión, a la degradación gradual de la información. No es un sistema que permita desviarse de él.

Quizá sea en este sentido en el que el lenguaje difiere más agudamente de otros sistemas biológicos de comunicación. Parece que la ambigüedad es un elemento indispensable y esencial para transferir información por medio de palabras de un sitio a otro, sobre todo cuando se trata de asuntos verdaderamente importantes. Con frecuencia es necesario que, para que el significado sea evidente, haya un vago sentido de reserva y oblicuidad. Ni los animales que no hablan, ni las células pueden hacer esto. El antígeno especí-

ficamente encerrado en la superficie de un linfocito no envía a la célula en busca de algo totalmente diferente; cuando una abeja sigue la pista del azúcar gracias a la luz polarizada, observando el Sol como si consultase un reloj, no se desvía para descubrir una flor de belleza inimaginable. Sólo la mente humana tiene la capacidad de trabajar de ese modo, programada para desviarse de una idea en presencia de una información desconocida, yendo de un punto a otro, diferente y cada vez mejor, durante la búsqueda.

Si no fuera por la capacidad de ambigüedad, por el sentido de reserva que nos proporcionan las palabras en todos los idiomas, no tendríamos manera de comprender las capas de contrapunto que hay en el significado, y podríamos pasarnos la vida sentados en una piedra, con la vista fija en el Sol. Sin lugar a dudas, de todas formas habríamos tenido un uso diario para el alfabeto, y también habríamos alcanzado la capacidad de hablar de nimiedades, pero es muy improbable que hubiésemos sido capaces de evolucionar de las palabras a Bach. Lo grande del lenguaje humano, es que impide que nos estanquemos.

Ryszard Twardoch in SZPILKI, Warsaw

ETNICIDAD: FENOMENO MUNDIAL

Por Nathan Glazer

En la última década se ha observado un cambio notable en el lenguaje—y en la realidad—de las relaciones entre grupos, en todas partes del mundo. Identificar a la gente siguiendo el criterio de raza, religión o clase es ahora menos significativo que considerar a esa gente en términos de sus lealtades "étnicas". En este artículo, resumido de *Encounter*, un conocido sociólogo norteamericano examina el surgimiento de una nueva tendencia mundial en el conflicto social, basada en la "etnicidad", identificación que combina la cultura y la biología, en diversas proporciones.

Nathan Glazer es profesor de Pedagogía y de Estructura Social en la Universidad Harvard. Sus dos libros más recientes se ocupan del tema del presente ensayo: *Ethnicity: Theory and Experience* (Etnicidad: Teoría y Experiencia), que escribió en colaboración con Daniel Patrick Moynihan, nuevo embajador de los E.U.A. en las Naciones Unidas, y *Ethnic Inequality and Public Policy* (Desigualdad Etnica y Política Pública), título provisional de un volumen que habrá de publicarse a fines de 1975. También es coautor (con David Riesman y Reuel Denney) de *La Muchedumbre Solitaria* (Buenos Aires, Paidós), estudio clásico del carácter norteamericano.

¿Hay en el mundo algunas grandes tendencias discernibles—políticas, sociales, económicas—que en general conduzcan a la acentuación de los conflictos étnicos?

Reconocidamente, existen problemas aun en la determinación de si va o no va en aumento el número de "conflictos étnicos". Tenemos, por ejemplo, el persistente conflicto entre la gente que habla francés y la que habla inglés, en Canadá. ¿Es ése un conflicto "étnico" o un conflicto "de idioma", o la lucha de una "nación oprimida" por su independencia? Tenemos la división entre elementos "indios" y "españoles" en varios países iberoamericanos. ¿Son ésos "conflictos étnicos"?

Observamos el trágico conflicto entre protestantes y católicos en Irlanda del Norte. Pero, ¿no es ése un conflicto esencialmente "religioso"?

Vemos también los movimientos en favor de la autonomía escocesa y galesa en Gran Bretaña; el movimiento bretón y el de los "franceses del

© 1975 por Encounter Ltd.

Sur", en Francia; la tirantez entre Italia septentrional e Italia meridional. Algunos observadores definirían esos movimientos como "regionales", más bien que "étnicos". En cada uno de esos casos un sector del extremo del país no ha compartido la prosperidad del centro y eso parece haber despertado una conciencia étnica adormecida desde mucho tiempo atrás. Se ignora si el grupo que pugna por autonomía o por más fondos del gobierno central se siente privado a causa de una diferencia étnica o de una discriminación regional. El grupo puede escoger la base de la privación que pondrá de relieve.

No continuaré haciendo este recorrido en torno del mundo, pero si continuara encontraríamos una legión de conflictos en los cuales participan la raza, la religión, la región y la nacionalidad. Acabo de leer algunas noticias en los periódicos acerca del resurgimiento del conflicto entre los kurdos de Iraq y los iraquíes (que tienen la misma religión) y entre los musulmanes y los cristianos de las Filipinas. En ambos casos figura un elemento internacional—porque también hay kurdos en Irán y en Turquía (e Irán e Iraq tienen conflictos fronterizos), en tanto que los musulmanes de las Filipinas están ligados por la religión, así como por una antigua relación política y cultural, con Borneo del Norte, que ahora es parte de Malasia. También interviene Indonesia, por lo menos de manera distante, porque bajo un régimen previo Indonesia soñó en un "imperio malayo más grande" que incluiría Malasia y las Filipinas.

Etnicidad y Raza

Permítaseme aclarar estas bases diversas de la división de grupos, que parecen tan diferentes entre sí, y justificar el uso en el cual las califico a todas de "étnicas". El término *étnico* se refiere—y esto es un uso ahora muy común entre sociólogos y otros científicos sociales—*a un grupo social que conscientemente comparte algunos aspectos de una cultura común y que está definido primordialmente por su origen.* Es parte de una familia de términos de significado similar o relacionado, como "grupo minoritario", "raza" y "nación"; y con frecuencia no es fácil establecer distinciones precisas entre esos términos.

"Raza", por supuesto, se refiere a un grupo que está definido por una descendencia común y que tiene algunas características físicas típicas. No es fácil decidir dónde termina la "raza" y comienza el "grupo étnico". Evidentemente, los suecos, en general, son físicamente algo diferentes de los franceses o italianos; pero normalmente no empleamos la palabra "raza" para describir esas diferencias. Por otra parte, en el uso europeo, al menos hasta la época de Hitler, "raza" era un término empleado más bien inconscientemente, para describir lo que ahora llamaríamos "naciones"—como en la expresión "el genio de la raza francesa". *Raza* tiende a referirse al aspecto biológico de diferencias de grupo; *étnico,* a una combinación del aspecto cultural, además de a un elemento biológico putativo, a causa de la suposición de un origen común.

Es posible que una raza no sea un grupo étnico. En algunas descripciones los brasileños de la raza predominantemente negra no aparecen como grupo étnico porque no se dan cuenta en forma particular de una cultura común diferente de la de otros brasileños. Esto es así porque no tienen una identidad propia física como un grupo distinto, aunque como *individuos* se dan cuenta de sus características físicas y comprenden que esas diferencias físicas tienden a hallarse asociadas con algunas características comunes de grupo, como son el nivel más bajo de ingresos o determinadas ocupaciones. Las noticias recientes de Brasil parecen ser que los negros brasileños tal vez se estén convirtiendo en un grupo étnico. Esto encajaría bien con un tema principal de mi artículo, a saber, que en muchos países el grupo étnico tiende a convertirse en una base más significativa para la organización social y para la identificación individual.

Religión y Grupo Social

La "raza", entonces, se refiere a algo más netamente físico que el grupo étnico. La "religión", otra base significativa de la organización humana, parece, a simple vista, un asunto muy diferente del grupo étnico. Las religiones, como se entiende comúnmente, se basan en la conversión y en la lealtad individual. Las grandes religiones—el cristianismo, el islamismo, el budismo—incluyen a individuos y a grupos de todas las razas y de todos los grupos étnicos. Sin embargo, en las realidades concretas del intercambio social, los grupos religiosos con mucha frecuencia actúan y se sienten como grupos étnicos.

Después de todo, la inmensa mayoría nace dentro de una religión, en lugar de adoptarla, así como nace dentro de un grupo étnico. En este aspecto, las dos cosas son semejantes. Ambas son grupos en los cuales la condición de la persona se obtiene inmediatamente por el nacimiento, en lugar de que se obtenga como consecuencia de algunas de las actividades que desarrolle en su vida.

Generalmente, las religiones, en cualquier medio determinado, se encuentran asociadas concretamente con un grupo étnico definido. Así, en el Sudán y en Chad, los grupos que hablan árabe en el norte (musulmanes) contrastan con los grupos negros del sur (paganos o cristianos). En Nigeria, el grupo de lenguas del norte (o grupo tribal, o étnico), hausa es musulmán, en tanto que los ibo y yoruba son cristianos. Por eso, cuando un hausa se encuentra con un ibo, suponen ambos que la religión de los dos es la musulmana y la cristiana, respectivamente. En los Estados Unidos, casi todos los polacos son católicos y casi todos los suecos son luteranos. . . es decir, si tienen alguna religión. Aparte de la estrecha conexión normal entre religión y grupo étnico, la religión por sí misma es formadora de cultura, y así es como forma los grupos étnicos.

Tenemos pues que la "religión", excepto durante períodos de conversión y expansión, cuando los miembros de muchos grupos étnicos suelen ser

atraídos en masa por una religión, es en su contexto social una categoría que se asemeja mucho a lo que hemos llamado un "grupo étnico".

Quizá la cuestión más difícil al fijar un límite al término "grupo étnico" es la que se refiere a su relación con las *castas:* grupos sociales definidos por nacimiento y por origen de algunos antepasados distantes, que se casan entre sí, fijos tradicionalmente en determinado peldaño de la escala jerárquica y limitados a ocupaciones determinadas. "Casta" está identificada primordialmente con la India, no obstante que existen otros casos. Uno famoso es el de "Eta" o "Burakumin", del Japón. Los judíos en la Europa medieval y de los comienzos de la era moderna eran tratados como una casta: ocupaban una posición jerárquica fija muy baja, se casaban entre ellos, quedaban limitados a ciertas ocupaciones y, en el sentir de los cristianos, había en torno suyo un aire de impureza ritual.

Las castas (teóricamente) son permanentes. No es posible "convertirse" a otra casta, como presumiblemente los judíos podían convertirse al cristianismo y de esa manera perder las desventajas de ser judíos. Pero debe recordarse que aun los judíos conversos eran vistos con desconfianza en la España medieval, y nunca eran considerados verdaderamente como cristianos auténticos.

Estado y Naciones

Creo que esta larga introducción es necesaria en vista de las muchas confusiones, y también porque en ocasiones me referiré a grupos religiosos, raciales, tribales o lingüísticos, y los llamaré a todos "grupos étnicos". Permítaseme que trate de justificar ese término tan inclusivo, dando respuesta a una pregunta obvia: ¿Qué *no* es un grupo étnico? ¿Pongo algún límite a ese término? Sí, lo pongo. Después de todo, aunque nuestros estudios sociológicos están distantes de las más respetables ciencias físicas, nuestros términos deben tener cierta definición clara y una manera de hacer clara una definición es poniéndole un límite.

Hay dos formas sociales importantes que *no* son grupos étnicos. Una de ellas es la comunidad política: el estado y sus miembros. La otra excepción importante es la clase social a la que pertenecemos.

> **La naturaleza jamás rima a sus criaturas, ni hace dos hombres iguales.**
>
> **Ralph Waldo Emerson**

Con mucha frecuencia los norteamericanos llaman al estado "nación", pero en la mayoría de las lenguas europeas la palabra nación se refiere muy especialmente al grupo étnico y el estado significa la organización política

formal que otorga la ciudadanía. El lazo íntimo entre nación y estado surgió porque en el curso de la historia europea, y muy especialmente en el siglo XIX, con la elevación del nacionalismo, todas las naciones demandaron su propio estado. Esto llevó a la creación de la Alemania y la Italia modernas, a la formación de los estados europeos étnicos (por ejemplo, Bulgaria, Serbia, Albania) sacados del Imperio otomano, la división del Imperio Austrohúngaro en sus componentes étnicos, cada uno de ellos organizado como estado, y la creación de las naciones-estado étnicas, sacadas de las fronteras occidentales del antiguo imperio zarista.

Los Estados Unidos son tal vez únicos entre los estados del mundo que emplean la palabra "nación" para referirse, no a un grupo étnico sino a todos los que quieren convertirse en norteamericanos. "La nación norteamericana", término perfectamente legítimo, no se limita en su uso a aquéllos de una herencia determinada. No obstante, durante las negociaciones de paz que siguieron a la Primera Guerra Mundial, el Presidente Woodrow Wilson (con su hincapié en la autodeterminación nacional) insistió en que todos los demás grupos étnicos, fuese cual fuere su organización política, debían tener su propio estado. El contraste vital entre nación y estado se hizo notar grandemente entre las dos guerras mundiales, cuando tantos de los estados independientes se organizaron sobre la base de un solo grupo étnico dominante. Aquellos que permanecieron como minorías étnicas dentro de esos estados esperaban reunirse a la postre con la nación-estado que representara a su propio grupo étnico.

Desmembración de los Imperios Coloniales

En el mundo posterior a 1945, nuevamente se rompió el lazo entre estado y nación, que había dominado los esfuerzos para la creación de estados que se hicieron en las negociaciones de paz posteriores a 1918, y la política de Europa entre las dos guerras mundiales. Porque la mayoría de los estados nuevos que se formaron de los imperios coloniales *no* eran "naciones-estados", es decir, estados que representaran una sola etnicidad. Sin embargo, el mundo, al que repugnaba la guerra y la conquista, se había apegado firmemente a las "viejas fronteras": cualesquiera fronteras fijadas en cualquier forma. Las veintenas de nuevos estados formados de los territorios de los imperios coloniales sencillamente aceptaron las viejas fronteras accidentales de la época colonial. Esos nuevos estados se encontraron entonces ante el problema—como ellos mismos y otros lo veían—de convertirse en "naciones", moldeando a pueblos de diferentes grupos étnicos para que se transformaran en "nigerianos", o "kenianos", o en algún otro pueblo.

Los problemas de los estados de Asia que habían logrado recientemente su independencia eran un tanto diferentes. Había antiguas tradiciones culturales o fronteras de estado imperial que no convertían las fronteras en algo tan arbitrario como en Africa. Pero aun allí—en Paquistán, la India, Birmania, Indonesia, Malasia—el problema de crear una sola nación se volvía muy

grave y su intensidad variaba de un país a otro. En cada caso, el problema era éste: ¿Otras identidades—religiosas, lingüísticas, raciales, de casta—se sumergirían en una nueva identidad nacional? ¿O se volverían (para emplear de nuevo nuestro término problemático) identidades *étnicas,* con alguna posible pretensión a su propia clase de existencia como estado? ¿Demandarían al poco tiempo el reconocimiento político de su separación, tal vez con una pretensión definitiva al derecho de secesión?

Entonces, la única forma social que no es un grupo étnico se encuentra en el estado. Esto es así no obstante que en el pensamiento europeo (y, hasta cierto grado, en el asiático), generalmente se da por supuesto que la forma ideal del estado es la de un estado para cada grupo étnico y un grupo étnico para cada estado. En las circunstancias de Africa, esto es casi imposible: el conflicto en la creación de un formato semejante sería insoportable y, por tanto, rara vez se ha intentado.

Indudablemente hay tirantez entre grupos étnicos y estados. A medida que cada estado trata de convertirse en nación, intenta reducir la intensidad de las pretensiones étnicas subordinadas. El problema consiste en que tanto los grupos étnicos como los estados pretenden ser objeto de lealtad definitiva. Y el estado inevitablemente entra en conflicto con cualquier fuerza social que tenga una pretensión contraria a la lealtad definitiva. En una época, esa pretensión contraria la hacía valer la religión en forma muy enérgica. Con el declinar de la religión, esa pretensión contraria la presenta ahora la *etnicidad,* con mucho vigor.

Así pues, los estados no son grupos étnicos, aunque el término de enlace, que es "nación", puede ser considerado como una u otra cosa. Las naciones no son necesariamente grupos étnicos, aunque aquellas que no confinan con un grupo étnico tratan de crear una nueva identidad nacional, la cual (si tienen éxito), se transforma en una nueva etnicidad.

Clase Social

Hay otro límite fundamental que restringe a los grupos étnicos: las clases sociales no son grupos étnicos.

Nadie nace como trabajador inexperto, ni como dependiente ni como profesional. Se nace en una familia cuyo jefe quizá desempeñe una ocupación semejante. Algunas teorías insisten en que esto significa, realmente, que la ocupación y los ingresos futuros del individuo los determina su nacimiento. Pero si esto fuese así no nos sentiríamos tan interesados en la "movilidad social". La movilidad social se refiere concretamente a movimientos entre los estratos de la sociedad, desde una ocupación, un nivel de ingresos o una norma de educación, a otro estrato. La movilidad social es un término que no se puede emplear para referirse al cambio de un grupo étnico hacia otro grupo.

Son necesarios otros términos. Así como la "movilidad social" se aplica específicamente a los fenómenos de *clase* de la sociedad, de la misma ma-

nera "asimilación", "aculturación" y "conversión" se aplica a los fenómenos *étnicos*. Estos procesos son un tanto más excepcionales que los de la movilidad social. No son procesos aceptados o esperados. Es verdad que algunos pueblos se asimilan a otros pueblos y que cambian su identidad étnica con el transcurso del tiempo, pero se supone que, en mayor o menor grado, el material étnico permanece inmutable.

> **El hombre es un animal racional que invariablemente pierde los estribos cuando se le pide que actúe de acuerdo con los dictados de la razón.**
>
> **Oscar Wilde**

Así, las palabras "grupo étnico", como las uso, se refieren fundamentalmente a las divisiones verticales de una sociedad, en contraste con las divisiones horizontales. Las divisiones horizontales se refieren a *clase;* las divisiones verticales, a *etnicidad*. Algunas veces coinciden, como en el caso de los negros en el Sur de los Estados Unidos, todos los cuales, por definición, estuvieron durante mucho tiempo en la clase más baja (o, en vista de su incapacidad para elevarse, fueron considerados como una casta). Sin embargo, la distinción es muy clara. A medida que los negros se elevaron socialmente, al convertirse en doctores, profesionales o empleados de oficina, su *clase* cambió. Pero su *grupo étnico* continuó siendo el mismo. Aun en la India, la tierra clásica de las castas, se observa un fenómeno semejante. La correlación entre casta y clase se vuelve un poco más débil con el tiempo. Los grupos de casta sí se convierten, según mi definición, en "grupos étnicos". Tal vez la mejor indicación de esto se encuentra en que las castas cada vez con mayor frecuencia reciben el nombre de "comunidades", a medida que las posiciones sociales de sus miembros se vuelven más diversas.

La Nueva Etnicidad

A lo largo de los límites entre el grupo étnico y el estado (por una parte) y las relaciones de grupo étnico y clase social (por la otra), hemos presenciado algunos cambios sorprendentes durante las últimas dos décadas. Esos cambios han convertido la *etnicidad* en una nueva fuerza problemática en las relaciones nacionales e internacionales.

Consideremos primero las relaciones entre los estados y los grupos étnicos. El viejo modelo de nacionalismo—por cada nación un estado, por cada estado una nación—está desapareciendo. Cada vez resulta más difícil convertirlo en base eficaz de una organización internacional. Varios cambios han sido la causa de que haya quedado atrás ese modelo.

1. Se han creado demasiados estados nuevos que no son, ni pueden ser en

el futuro previsible, estados de un grupo étnico determinado. Me refiero principalmente a los nuevos estados de Africa y, hasta cierto punto, a los de Asia. En esos casos hemos visto el despertar de un nuevo interés en "crear naciones". También hemos visto que se complican o fracasan las esperanzas de crear naciones cuando se siguen las antiguas líneas de división: raciales, religiosas, lingüísticas, tribales. Cada una de esas divisiones ha asumido la forma común de grupo étnico.

2. Nos ha sorprendido el surgimiento de nuevas identidades étnicas o casi étnicas en aquellos estados que estaban considerados como modelos de modernas naciones-estado o como entidades que habían logrado subordinar sus divisiones étnicas a la "lealtad definitiva" de la nación. Considérese, por ejemplo, a Bélgica, modelo de actitud patriótica durante la Primera Guerra Mundial. Véasele ahora, más y más dividida entre grupos cuya lealtad definitiva se encuentra más y más en el grupo étnico de los flamencos o de los valones. Considérese también al Canadá de la Primera y de la Segunda Guerras Mundiales, con su manifiesta dedicación total a la guerra, en defensa de la causa de la patria étnica. Véase cuán delicadamente se esfuerza ahora por reconciliar las pretensiones de los grupos de habla francesa y de los de habla inglesa. Asimismo, obsérvese el notable éxito del nacionalismo escocés en la Gran Bretaña, donde hace sólo unas cuantas décadas las divisiones étnicas parecían completamente borradas en la nueva identidad de ser "británico". En los Estados Unidos ha surgido el movimiento militante del Poder Negro, el nuevo movimiento chicano (mexicano-norteamericano) y el movimiento del indio norteamericano. Las naciones que realmente son grupos étnicos únicos evitan tales divisiones. Pero pocas son tan afortunadas como Suecia, por ejemplo, como la Polonia de la posguerra, "purificada" por grandes desplazamientos de población. En tanto que en algunos estados las viejas divisiones se acentúan, en otros existe el temor de que los viejos pespuntes se revienten.

3. Hasta muchos de los antiguos estados que eran étnicamente homogéneos se han vuelto más heteregéneos, pues los cambios económicos del mundo de la posguerra han provocado enormes emigraciones de obreros. En Alemania Occidental, 2.400.000 "obreros invitados"—principalmente turcos, yugoslavos, italianos y griegos—forman ahora el 12 por ciento de la fuerza laboral. En proporción, Suiza tiene aún más. Francia ha obtenido sus trabajadores extranjeros principalmente de Argelia, España y Portugal. En Inglaterra ha habido una inmigración considerable, procedente de las Antillas, Paquistán e India, lo que crea una población permanente "de color". En cada uno de esos países varían el número y la condición legal de los trabajadores extranjeros, pero también en cada uno de ellos el antiguo alto grado de homogeneidad étnica se ha diluido a causa de la introducción de nuevos elementos étnicos. Los Estados Unidos, que antes eran una excepción en el mundo porque se habían formado como estado atrayendo a muchos elementos diferentes, se vuelven más y más típicos: en tanto que Inglaterra lucha por resolver el problema de su población de color, Francia se

preocupa por la "integración" de los argentinos, y Alemania considera cómo educar a los hijos de turcos y yugoslavos.

4. Los esfuerzos de los estados, nuevos o viejos, por lograr "pureza étnica" *no* conducen a estados étnicamente homogéneos. Birmania expulsa a los hindúes; Uganda echa de su territorio a los asiáticos; y los judíos de varios estados de Europa Oriental han emigrado en grandes números a Israel. Pero, irónicamente, los intentos de algunas naciones por volverse "étnicamente puras" sólo complican los problemas de otros países. Crece la población asiática de la Gran Bretaña; y nuevos grupos asiáticos se establecen en otras naciones de Europa como resultado de la expulsión de asiáticos de países de Africa. Los judíos que salen de Europa Oriental ingresan en un Israel étnicamente mezclado, que no carece, ni carecerá jamás, de una considerable población árabe. Pero la creación de Israel como estado predominantemente judío también provocó una diseminación de palestinos. En su diáspora, o dispersión, compiten ahora con los judíos los grupos de palestinos que residen en muchos países, lo cual es uno de los elementos que convierte en mundial el conflicto entre esos dos pueblos en el Medio Oriente.

Aparte del hecho de que la purificación étnica de cada nación provoca una mayor diversidad en otra nación, se siente que en la mayoría de los estados es una causa perdida el esfuerzo por la pureza. Pocas naciones africanas son étnicamente homogéneas. El intento de crear homogeneidad por medio de la expulsión de los asiáticos parece tan fútil como si se intentara vaciar el mar. En general, a pesar de los esfuerzos por volver a algunos estados "étnicamente puros", más y más estados se vuelven *multiétnicos*. Surgen viejas divisiones étnicas en estados antiguos y se crean nuevas divisiones en estados nuevos.

Etnicidad y Clase Social

Me ocuparé ahora de mi segunda tesis, acerca de las relaciones entre etnicidad y clase social. Sostengo que nunca se realizó la esperanza socialista de una lucha transnacional de clases, basada en la identificación de clase. En cambio, ha habido conflictos nacionales y étnicos a los cuales los combatientes han tratado con frecuencia de darles el cariz de "conflictos de clase". La primera gran derrota de la esperanza socialista ocurrió en la Primera Guerra Mundial, cuando los muy numerosos partidos socialistas de Alemania y Francia se volvieron patrióticos y combatieron del lado de sus respectivos gobiernos burgueses contra sus enemigos nacionales (en lugar de combatir al lado de sus "camaradas de clase" de otras naciones, contra sus respectivas burguesías). La segunda gran derrota ocurrió con el nacimiento de la Tercera Internacional, bajo la dominación de la Rusia soviética. No obstante la elevada retórica de la lucha de clases, característica de los partidos comunistas de la Tercera Internacional, se volvió cada vez más evidente que esos partidos defendían los intereses nacionales de Rusia. Des-

pués de la Segunda Guerra Mundial, el comunismo se integró más y más en varios movimientos nacionales, especialmente en China, Yugoslavia y Cuba. Persiste aún el lenguaje de la lucha internacional de clases, pero la realidad es completamente distinta.

En muchos países son intensos los antagonismos de clase—especialmente en los países no comunistas del mundo en desarrollo—pero en casi todos los países los intereses nacionales y étnicos parecen dominar a los de clase.

Los marxistas tratan de interpretar todos los conflictos como "de clase". Realmente, en los conflictos étnicos del mundo de posguerra siempre hay un componente de clase. Un grupo es más próspero, posee más de los medios de producción, o es un competidor más eficaz que otro en las actividades económicas. Indudablemente los intereses económicos desempeñan cierto papel en el conflicto étnico, pero esto no significa de ningún modo que el conflicto étnico simplemente esté "disfrazado" de conflicto de clase. En los conflictos de católicos y protestantes en Irlanda del Norte, de hausas y yorubas contra ibos, en Nigeria, de hutus contra tutsis en Ruanda, de chinos contra malayos en Malasia, de anglófono contra francófono en Canadá, y en otros casos, ¿cuál es "la comunidad definitiva que reclama realmente la lealtad de los hombres", para emplear la definición que da un historiador del término "nación"? Diría yo que con mayor frecuencia es la comunidad, *étnicamente* definida, la que impone esa lealtad, más bien que cualquier grupo definido exclusivamente por sus *intereses*. La prueba de ello es demasiado convincente para hacerla a un lado.

Efecto en las Relaciones Internacionales

De acuerdo con estas dos tesis—que la etnicidad coincide menos y menos con los límites del estado, y que la etnicidad se convierte en una base más fuerte de "lealtad definitiva" que la clase—procedamos a sacar algunas conclusiones de importancia en las relaciones internacionales.

Permítaseme recordar primero—y hacer a un lado—las relaciones más tradicionales y mejor conocidas entre la etnicidad y las relaciones internacionales. Esas relaciones pueden describirse como el esfuerzo por hacer que la etnicidad coincida con las fronteras del estado. Ese esfuerzo ha asumido la forma de "irredentismo", en el que un grupo formado por súbditos de un estado dominado por un grupo diferente trata de reunirse con la parte mayor del grupo étnico de otro estado. Su otra forma se encuentra en los movimientos por la independencia nacional, en los que todo un grupo está sujeto a un estado dominado por otro grupo.

Evidentemente, es éste un problema verdadero que todavía continúa. Pero me atrevo a decir que quizá sea cada vez menos importante en las relaciones entre la etnicidad y el conflicto internacional, a causa del hecho ya mencionado de que las fronteras de los estados se han vuelto extrañamente inmutables. La multietnicidad solía aparecer como irredentismo, pero cada día más, lo que antes llamábamos "irredentismo" debe llamarse senci-

llamente *multietnicidad.* No hay ninguna manera fácil de hacer que coincidan las fronteras étnicas y las de los estados. Los grupos étnicos, a causa de las emigraciones y de las relaciones económicas recíprocas, son menos y menos definibles de conformidad con las fronteras geográficas.

En mi opinión, esas nuevas tendencias hacia la multietnicidad, combinadas con otros acontecimientos sociales, crean nuevas relaciones problemáticas entre la etnicidad y el sistema de relaciones recíprocas entre estados.

Uno de esos acontecimientos más importantes es la creación de un sistema internacional de comunicaciones. Permite que sea mucho más rápida y eficaz la propagación de las ideas y las ideologías, de un estado a otro. La "etnicidad", como parte de la cultura, tiene que ser enseñada invariablemente. Pero solían enseñarla los padres a los hijos, los maestros a los alumnos, los dirigentes a sus seguidores, es decir, en medios tradicionales. Más y más, la etnicidad y sus posibles consecuencias las enseñan ahora los medios de comunicación social. Un grupo aprende de otro y se apropia de su lenguaje, de sus demandas, de sus resentimientos, de su forma de organización. Se ha vuelto común decir que los negros, por su ejemplo, han enseñado a otros grupos étnicos de los Estados Unidos a plantear ciertas demandas, a emplear cierto idioma, a sentir resentimiento por la explotación y la subordinación en situaciones que anteriormente habían aceptado. Esto, evidentemente, es verdad. Lo que me llama la atención es lo mucho que el movimiento de militancia negra ha afectado a otros grupos en otros países.

> **El infierno es. . . ¡los demás!**
>
> **Jean-Paul Sartre**

En las Antillas hemos visto surgir movimientos del "Poder Negro", término poco apropiado, puesto que esos movimientos van dirigidos contra gobiernos negros, así como contra los intereses económicos de los blancos en sociedades en que predominan los negros. (Pero evidentemente fue irresistible el vigor del término norteamericano, propagado por los medios de difusión.) En el Canadá, los francocanadienses tenían sus propias razones de resentimiento contra la posición dominante de los canadienses de habla inglesa; ¡pero uno de sus libros mejor conocidos acerca de su situación los llama "negros blancos"! En forma semejante, Irlanda del Norte tiene su propio conflicto muy hondo, con una historia más larga aún que la del conflicto entre los negros y los blancos en los Estados Unidos. Pero el movimiento católico fue llamado al principio de "Derechos Civiles", que es una imitación clara de la lucha de los negros por los "derechos civiles" en los Estados Unidos. Los judíos "orientales" de Israel (de menor educación, ingresos e influencia que los judíos "occidentales") tenían sus propias querellas. Pero sus activistas adoptaron el nombre de "Panteras Negras", apro-

piándoselo del de la lucha norteamericana. En forma parecida, en el conflicto que alienta ahora en Inglaterra con motivo de los emigrantes de color, por parte de grupos asiáticos y negros, la influencia ha llegado de los acontecimientos en los Estados Unidos y por parte del gobierno, de las providencias tomadas en los Estados Unidos.

Estos ejemplos de la comunicación internacional de ideas, lemas, demandas, en que un grupo étnico y una lucha étnica influye en otros, también reflejan, por supuesto, la posición dominante de los Estados Unidos en la configuración internacional de las comunicaciones. Pero creo que esa comunicación no es toda unilateral. La imagen del Combatiente Palestino por la Libertad ha quedado impresa en la opinión pública mundial de manera tan firme como las imágenes de Martin Luther King o de Angela Davis. Las dos diásporas internacionalizan la lucha, por medio de la emulación de sus tácticas militantes (por ejemplo, la técnica palestina del "secuestro aéreo") o trasplantando su queja a la situación de los conflictos políticos y étnicos de otras naciones.

Me parece que las nuevas normas de comunicación son una de las fuerzas más potentes que hacen esperar que las inquietudes y las controversias étnicas seguirán siendo fuerzas muy considerables, que continuarán creciendo y volviéndose más graves. La creciente facilidad de los viajes aéreos —combinada con la existencia de muy amplias disparidades económicas entre las naciones y con la actitud cada día más liberal hacia la inmigración, asumida por los estados europeos y por otros estados con poblaciones de origen europeo—garantiza que en todo grupo étnico puede haber una dispersión. Por eso el problema se vuelve significativo en más de un estado y entre sus vecinos. Esa facilidad de viajar en aeroplano también significa que las luchas étnicas podrán librarse en un campo de batalla mundial, con la participación de naciones que, aparentemente, son completamente ajenas a la lucha. Posiblemente el conflicto entre israelíes y árabes tiene el más grande alcance geográfico, pues las bombas por carta estallan en Inglaterra, en la India y en Malasia. La lucha entre la India y Paquistán también tiene su alcance internacional, pues son muertos algunos jóvenes paquistaníes en un intento de apoderarse de oficinas de la India establecidas en Londres. Los croatas, ahora establecidos en Suecia y en Australia, continúan su lucha contra Yugoslavia.

Una Conciencia Mundial

Así pues, me parece que varios factores conducen a la internacionalización de los conflictos étnicos, a la "universalización de la etnicidad". En primer lugar, existe la creciente dificultad, si no la imposibilidad, de hacer que coincidan la etnicidad y el estado. En segundo lugar, hay un rápido crecimiento de las comunicaciones internacionales, lo que ha avivado la conciencia étnica en todas partes. Me siento menos seguro acerca de un tercer factor, que conduzca a la internacionalización del conflicto étnico,

pero creo que por lo menos puedo exponer, como hipótesis, que cada día que pasa, nosotros—y por "nosotros" significo lo que vagamente se llama una comunidad internacional de opinión pública—nos negamos más y más a aceptar como moral la explotación o persecución por el estado de una minoría étnica. Cada día nos negamos más a aceptar esto como un asunto "interno". Las relaciones internacionales de Africa del Sur, Rhodesia y Portugal están afectadas decisivamente por su respectiva política racial. Rusia soviética ha insistido en que todos los conflictos que afectan a sus grupos étnicos son exclusivamente asuntos internos. . . pero los judíos rusos han impugnado con éxito ese punto de vista, al convertir en asunto internacional sus demandas de emigración (en este caso, entre los Estados Unidos y Rusia). El trato que reciban los negros norteamericanos indudablemente afecta la imagen internacional de los Estados Unidos: los casos de Angela Davis y de otros militantes negros recibieron tanta atención en Europa Occidental como en los Estados Unidos. El mundo en desarrollo ha tratado de argüir que sus conflictos étnicos son asunto exclusivamente suyo y que el mundo exterior no debe intervenir en ellos. Pero ningún problema étnico puede continuar siendo simplemente un problema interno del estado, en parte a causa de la naciente conciencia mundial que trata de reconciliar las pretensiones del estado con las pretensiones étnicas que en forma creciente se consideran legítimas.

> "Los hombres son animales extraños: una mezcla de nerviosismo equino, terquedad asnal y malicia camelluna."
>
> T. H. Huxley

Vuelvo ahora a la cuestión inicial: ¿Por qué las identidades y demandas étnicas se vuelven tan significativas en tantos países diferentes, con antecedentes históricos e instituciones económicas y políticas tan diversos? Quizá la teoría general más amplia explique esto de la siguiente manera: En el mundo moderno hay pérdida de identidades tradicionales a causa de las tendencias de la modernización: el urbanismo, las ocupaciones nuevas, la educación generalizada, los medios de información social. Puesto que sigue habiendo en el individuo que vive en la sociedad de masas la necesidad de cierta identidad—más pequeña que la del estado y más grande que la de la familia—se construyen nuevas identidades étnicas.

Otra teoría enfoca en la creciente marea del igualitarismo que legitima las demandas de un grupo, de que desaparezcan *ahora mismo* sus limitaciones (de ingresos, de ocupación, de poder político). ¿Por qué, entonces, no hace mayor hincapié la campaña igualitaria en las identidades de *ocupación* y de *clase*? ¿Por qué no lleva a más conflictos de clase y a menos conflictos étnicos? Evidentemente, el atractivo de la identidad étnica hace vibrar más

capas emocionales de la personalidad humana y social que el atractivo de la identidad de clase. Afecta a cosas tan primordiales como el lenguaje y la religión de la persona, a las primeras vivencias de familia, a la imagen física que se forma esa persona de sí misma.

El Futuro de la Etnicidad

Por todo lo que he dicho, la etnicidad parece haberse convertido en una fuerza permanente en el mundo moderno, y la forma multiétnica se vuelve cada vez más común en cada nación. Por tanto, es urgente reconocer la necesidad que hay en cada país de encontrar nuevas maneras de manejar el conflicto multiétnico. En el pasado histórico la asimilación potente y vigorosa era el enfoque dominante, combinado con la subordinación permanente de ciertos grupos llamados "inferiores". En el mundo contemporáneo, ninguno de esos enfoques sobrevivirá.

El espíritu de igualitarismo nos asegura que cada grupo presentará su pretensión a un trato justo e igual y que encontrará firme apoyo a tales anhelos. Tal vez la respuesta a la multietnicidad en cada país sea una situación en la cual cada grupo tenga derechos garantizados y porciones garantizadas en la economía, en la organización política y en la vida social. Es posible subrayar diferentes partes de esta solución: ya sea porciones garantizadas para cada grupo, o derechos garantizados para cada individuo y para cada grupo.

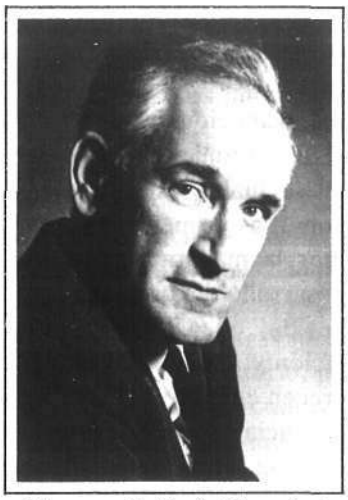
En el pasado, los Estados Unidos parecieron haber encontrado que el enfoque en términos de "derechos garantizados" era más conveniente que el enfoque en términos de "porciones garantizadas"; pero recientemente los norteamericanos han empezado a considerar menos seriamente los derechos individuales y a tomar más en serio las porciones correspondientes a cada grupo. Creo que la experiencia norteamericana demostrará ser sólo una de varias formas como el estado moderno puede enfrentarse a los problemas de la multietnicidad. Nuestra experiencia—puesto que somos la más diversa y compleja de las sociedades multiétnicas—tal vez sirva de "modelo" a algunos, o quizá sea al menos un acervo de experiencias empíricas para otros que lleguen a estudiar lo que hemos hecho y a considerar si deben lanzarse a hacer lo mismo.

Sin embargo, independientemente de los conflictos *dentro* de las naciones, la extensión mundial de la etnicidad como base significativa de la acción política hace que aparezcan graves cuestiones acerca de las relaciones *entre* las naciones. En un mundo en el que el concepto marxista de "interés de clase" competía con las confusiones "universalistas" del liberalismo, los problemas de la etnicidad, como fuente de conflicto dentro y entre las naciones, han aparecido generalmente sólo como una situación molesta, vestigio del pasado. Tengo la convicción de que esos problemas de la etnicidad deben ser colocados en el centro mismo de nuestro interés en el mejoramiento de la condición humana.

EL ESPECTRO DE LA EUGENESIA

Por Charles Frankel

Los recientes descubrimientos de la biomedicina han inducido a algunos científicos a ver con buenos ojos la perspectiva de planificar el futuro de la raza humana con técnicas de control genético. En cambio, los creyentes de alguna religión y otras personas que se oponen a esa idea, piden que se limite estrictamente la investigación biomédica y que nos abstengamos en absoluto de interferir con la "ley de la naturaleza". El autor de este artículo se opone a ambas posturas y propone una alternativa para los problemas morales y sociales implicados.



Charles Frankel es profesor de Filosofía y Política en la Universidad Columbia, de la ciudad de Nueva York. De 1965 a 1967 fue secretario adjunto de Estado para educación y asuntos culturales. Entre sus muchos libros podemos citar *El Amor a la Ansiedad y Otros Ensayos* (México, Editorial Letras) y *En Defensa del Hombre Moderno* (México, Libreros Unidos). El artículo que reproducimos aquí se ha resumido de *Commentary*.

Ha surgido un nuevo tema que vino a dominar las discusiones en torno a las responsabilidades morales y sociales de la medicina: no es decidir cómo humanizar los servicios médicos, sino cómo modificar artificialmente a la raza humana. Este tema influyó en los años últimos en los programas de materias de las facultades médicas y de leyes, condujo a la fundación de nuevos institutos de investigaciones y a la propuesta de leyes, y generó una corriente de reflexiones morales y filosóficas.

El motivo de esta preocupación es el advenimiento de la "biomedicina", conjunto de deslumbrantes descubrimientos biológicos y de nuevas técnicas médicas. Se nos dice que la biomedicina es presagio del día en que el hombre pueda decir de sí mismo, y decirlo en el verdadero sentido de la palabra, que al fin es él mismo su más grande creación y que se ha descargado del peso que significa la otra Creación. Los filósofos existencialistas nos han acostumbrado durante la pasada generación a frases como "el hombre se inventa a sí mismo". Pero dieron a estas oscuras aseveraciones un sentido metafórico, metafísico. Parece, en cambio, que la biomedicina les da un significado literal. Si es verdad lo que se dice, la humanidad está a punto de hacerse, en sentido físico, principal artefacto de ella misma.

Pero eso únicamente *si lo que se dice* es cierto. El que no sea genetista o

Copyright © 1974 por el American Jewish Committee

médico deberá hablar con desconfianza, pero, en lo que a mí toca, no estoy convencido de que todos los milagros anunciados como inminentes estén a punto de realizarse. Sin embargo, el recuento somero de los recientes progresos nos explicará por qué hay gente no muy dada a utopías o solemnidades apocalípticas para quienes la biomedicina plantea problemas morales que no tienen precedente.

Diagnóstico Genético

La emoción que despierta la biomedicina empieza por su principal triunfo: el desciframiento del código genético, logro tan admirable por su esplendor intelectual, y tan importante, probablemente, para la historia de la ciencia como los primeros descubrimientos de la física nuclear. Ahora comprendemos la manera en que los genes envían los "mensajes" que regulan el desarrollo del organismo. Gran parte de lo que solía llamarse "el secreto de la vida" quedó abierto, pues, a la investigación, y quizá también a la manipulación y a la modificación de diseño. Por ejemplo, las células humanas que crecen en cultivos de tejidos han sido sometidas a cambios trasmisibles por herencia después de infectarlas con un virus o tratarlas con materia genética extraña. Para poner otro ejemplo, se ha reproducido exclusivamente en condiciones de laboratorio la vida fetal humana de la primera semana: más pronto o más tarde, se nos dice, serán una realidad los niños desarrollados en tubos de ensayo.

Junto con estos descubrimientos fundamentales se ha desarrollado una serie de técnicas experimentales y clínicas que cambian la perspectiva práctica del nacimiento, la maduración, el envejecimiento, la muerte, la sexualidad y las relaciones de padres con hijos, y que pueden alterar o socavar los derechos privados, hasta hoy relacionados con las más íntimas áreas de la experiencia humana. Se han descubierto procedimientos de diagnóstico prenatal que permiten determinar el sexo del feto y la presencia en éste de anormalidades hereditarias. Con la aprobación del aborto por la ley,

> **La historia del hombre es una serie de conspiraciones para sacar alguna ventaja de la naturaleza, sin pagar nada por ella.**
>
> **R. W. Emerson**

la "paternidad planificada" adquirió así una nueva dimensión: comprende no solamente la regulación del número de hijos, sino el sexo de la prole y sus cualidades físicas y mentales. Hoy es posible, con el diagnóstico prenatal, descubrir 60 defectos de origen genético, entre los cuales el más conocido y generalizado es probablemente el mongolismo, y se espera que dentro de po-

cos años se haya duplicado casi esa lista. La introducción de esos procedimientos de diagnóstico ha inducido nuevas ideas respecto a las oportunidades y las responsabilidades de la medicina preventiva y de los programas de sanidad pública. En un programa masivo de reconocimiento de mujeres embarazadas, por ejemplo, cuando se descubriera que el producto del embarazo era defectuoso, se aconsejaría a las futuras madres (y, en algunos planes, se les exigiría) que tomaran medidas correctivas, desde los cambios de alimentación hasta la terapia química y aun el aborto.

Los métodos del diagnóstico genético están tan adelantados ahora, que nos permiten imaginar sistemas de examen genético universal, instituidos mucho antes del embarazo, para poder detectar individuos que, aunque sean sanos ellos mismos, son portadores de genes peligrosos en un estado recesivo. A esas personas se les podría aconsejar la abstinencia de contacto con otras del sexo opuesto que lleven los mismos genes recesivos; habría otra posibilidad, que es la de recomendarles adoptar hijos o procrearlos por inseminación artificial. También se podría aconsejar o imponer otras medidas más enérgicas. Los defensores del control demográfico obligatorio, por ejemplo, han sugerido que se inocule a los jóvenes y las jóvenes contra la fertilidad mientras estén en la pubertad. Habría otra variante más modesta: inocular a los portadores de genes recesivos de ciertas enfermedades.

Reproducción Planificada

Con esas técnicas se podrían conseguir las metas a largo plazo de reducir las proporciones de genes perturbadores en el fondo común de los genes humanos. Perseguir este fin, según muchos genetistas, es un imperativo cada vez más urgente. Los avances de la medicina en el siglo pasado han restado fuerza a la "selección natural" en su función de mantener relativamente incontaminada la herencia genética de la humanidad. Ahora sobreviven individuos afectados por enfermedades hereditarias, y al sobrevivir se convierten en portadores de genes mutantes. El resultado es que, dentro de algunas generaciones, habrá una "descarga genética" de anormalidades y deficiencias que resultarán dolorosas y caras de sobrellevar a la especie.

Sin embargo, y por fortuna, el progreso científico que ha suscitado este problema también nos ofrece, según se señala, la posible solución. La producción planificada de hijos es la alternativa, en esta perspectiva, a la degradación de la raza humana. Y una sociedad suficientemente motivada no necesita limitarse al planeamiento genético con fines exclusivamente negativos, como es el de reducir la contaminación del fondo común de los genes humanos. Ya hay capacidades técnicas, según señalan los entusiastas de la planificación genética, para proceder a mejorar sistemáticamente la estirpe humana. La inseminación artificial que usa semen almacenado es un procedimiento ya bien establecido. Y así, lo único que se necesita es un buen sistema de planificación social, y dentro de 100 años las mujeres podrán tener hijos de grandes artistas o estadistas de nuestro tiempo. También se

han hecho experimentos según los cuales es posible subsanar las deficiencias genéticas implantando los genes que se necesiten.

La terapia de los genes, química o quirúrgica, parece, pues, bastante posible, si no inmediata, como procedimiento médico.

Por fin, no acabaríamos esta relación sin mencionar el proceso de clona, esto es, de trasplantar células para producir un número indefinido de seres genéticamente idénticos a partir de un solo individuo, sin el concurso de la fertilización sexual. Es discutible que esta clona de los seres humanos sea técnicamente posible en el futuro cercano, pero se ha experimentado con éxito en ranas, de las que no se ha oído ninguna queja.

La clona permitirá a la gente reproducirse en el sentido literal, duplicarse genéticamente con exactitud, lo cual hay que suponer que será un proceso de autorrealización mucho más perfecta que los procedimientos desordenados de la procreación ordinaria, en los cuales quedan tantos factores a la distribución casual de los genes.

Como los progresos de la investigación indican también que el ritmo de envejecimiento se puede reducir mucho con la dieta, los fármacos y la modificación del código genético, se abre una nueva perspectiva: un mundo poblado por centenarios de salud espléndida, rodeados de copias al carbón de sí mismos, seleccionadas previamente, con las edades que elijamos. Se habrán acabado los hijos cuyos rasgos inesperados hacen preguntarse al padre o a la madre a quién saldría la criatura. Por fin tendremos jóvenes cuando los queramos, donde los queramos.

La Experiencia del Pasado

La mayoría de las innovaciones tecnológicas importantes plantean indudablemente cuestiones acerca de los designios de la especie humana con respecto a sí misma. Incluso las innovaciones de la tecnología que no suponen sondear directamente el cuerpo humano producen cambios en el pensamiento, los sentimientos y la conducta del hombre. Sin embargo, la biomedicina difiere en aspectos significativos de otros tipos de tecnologías.

> **El hombre es apenas un junco, lo más frágil de la naturaleza. . . pero es un junco que piensa.**
>
> **Blas Pascal**

La biomedicina implica introducir cambios en la criatura humana, diferentes en un aspecto fundamental de los que han seguido a las innovaciones tecnológicas y científicas en épocas pasadas. La gente no pretendía reducir la estatura media de las clases humildes inglesas cuando introdujeron en Gran Bretaña el sistema de fábricas, y no planeaban cambiar las experien-

cias formativas de la adolescencia cuando acogieron el Modelo T de Ford. La biomedicina, en contraste, lleva en sí la modificación deliberada, no incidental o inadvertida, del organismo humano: e implica, además, hacer cambios que serán irreversibles. Con razón o sin ella la gente podía antes tomar decisiones respecto a la introducción de tecnologías, y para ello no necesitaba pensar en las consecuencias. En el caso de la biomedicina se acabó esa hermosa libertad. Sus varias técnicas se podrán adoptar ampliamente y podrá ser mínima la consideración de las consecuencias, pero el proceso llevará en sí una negativa consciente y deliberada a pensar. La biomedicina ha eliminado la irreflexión con que la mayoría de las personas abrazaron el progreso técnico. Obliga a considerar no sólo las técnicas, y los instrumentos para ponerlas en práctica, sino también sus fines y propósitos.

La Sociedad como Ser Omnipotente

El entusiasmo actual por la biomedicina expresa una idea que se entrelaza con grandes partes de la cultura intelectual contemporánea, uniendo el esquema de B. F. Skinner para la salvación mediante "el condicionamiento operante" hasta la versión de Freud y Marx que nos da Herbert Marcuse y hasta los programas de las feministas radicales. Es la idea de un animal humano totalmente maleable; de diferencias entre los viejos y los jóvenes, entre los sexos, entre las naciones y los individuos con diferentes experiencias vitales, que son esencialmente de superficie, como la mugre del cuello de una camisa que sale al lavarla. La sociedad, según eso, forma enteramente a hombres y mujeres. Si la gente está dispuesta a reconocer el bien y a obrarlo—"a asumir una responsabilidad personal activa por el futuro humano"—, la sociedad será capaz de reformarlos en forma integral.

La nueva genética, aunque da gran importancia a la herencia, ha demostrado, por paradoja, que es muy susceptible a esta idea de la sociedad omnipotente. La "sociedad" manipulará técnicamente la herencia. En palabras del desaparecido Hermann Muller, que ganó un premio Nóbel, los programas de eugenesia planificada dan la oportunidad de guiar la evolución humana, de lograr "ilimitados progresos en la constitución genética del hombre, de emular y reforzar su progreso cultural y, a la inversa, de ser reforzados por él en una sucesión quizá inacabable". Esas esperanzas justifican cierta impaciencia por los métodos usados para hacerlas realidad. Hermann Muller se quejaba, por ejemplo, de la falta de cuidado con que la sociedad permite procrear libremente a la gente, y después se enfrenta a las consecuencias desdichadas de esa libertad con la terapéutica, la cirugía o el aborto de los fetos defectuosos. Otro premio Nóbel, Linus Pauling, ha recomendado que a la gente a quien se hubiese diagnosticado como portadora de genes asociados a enfermedades graves, como la anemia drepanocítica, se le impida casarse y se le marque visiblemente como advertencia de que no debe enamorarse.

Indudablemente que el Profesor Pauling no nos dice qué hacer si, en esta

edad de corrupción, esa gente tiene hijos sin casarse o, aunque nos repugne esa posibilidad, si los tiene aun no habiéndose enamorado. Tampoco analiza en detalle las complicaciones que se seguirían de adoptar su propuesta en una sociedad que garantice ciertas libertades básicas a todos, independientemente de su categoría hereditaria.

Hay signos cada vez más claros de que el sueño de los eugenetistas de remodelar la estirpe humana, sueño tanto tiempo en desgracia a consecuencia de las incursiones nazis en dicho campo, pueden estar a punto de volver. Es más, ya hay prácticas que preparan el medio en el cual la idea de la planificación eugenésica general puede parecernos apenas algo más que la extensión de lo ya conocido y aceptado. Ahora aprobamos la vacunación obligatoria y los exámenes con rayos X para los niños de las escuelas. ¿Por qué no admitir el estudio genético en masa u otros métodos para evitar la trasmisión de defectos hereditarios o para lograr el mejoramiento de la estirpe humana?

En nuestra sociedad se está acumulando una hueste de tendencias favorables a esa transición fácil: las presiones en favor del control demográfico; la mortalidad menguante; el costo creciente de sostener a los ancianos, a los enfermos y a los inválidos; lo numeroso de la población que vive de la seguridad social y los resentimientos causados por su misma existencia; los criterios nuevos con que se juzga el aborto; los movimientos de la ley y la moral que, con fuerza acelerada en la última generación, han facilitado la decadencia de la familia y del concepto del matrimonio. Y a esto hay que añadir el desencanto creciente o el escepticismo respecto a la posibilidad de mejoramiento social por la reforma institucional. A la derecha está la gente que puede ver con simpatía la eugenesia, pensando que el programa se ensayará en otros y no en ellos. Y a la izquierda, la biomedicina habla a la esperanza, que siempre surge de sus cenizas, de que la raza humana aún puede rehacerse con la debida planificación.

Oposición Religiosa y Moral

Otros han respondido a la biomedicina con su opinión de que todavía no ha cambiado nada, excepto las oportunidades que se abren al hombre para cometer el mal: los viejos imperativos morales siguen siendo tan válidos como siempre, y lo mejor que podríamos hacer era reafirmarlos. La posición del padre Robert Drinan, al hablar concretamente del problema del aborto, es típica de las reacciones de los absolutistas tradicionales en religión y en moral ante los problemas más abarcantes de la biomedicina:

> La integridad, la calidad de intocable e inviolable que tiene toda vida humana por obra de otro ser humano ha sido principio cardinal y clave de las instituciones legales del mundo de habla inglesa, y, en gran parte, de todo sistema jurídico ideado por el hombre. . . Sería una tragedia indescriptible para los Estados Unidos que la legislación del aborto se resuelva por razones sentimentales, utilitarias o expeditivas y no por

la consideración ética fundamental del problema que se debate: la inmoralidad de la destrucción de un ser humano inocente perpetrada por otros seres humanos en beneficio propio.

Hay otra forma de absolutismo menos explícita, pero probablemente más influyente aún, que la propugnada en los círculos teológicos ortodoxos, y es la patrocinada por muchísima gente que, para describirse a sí misma usaría las palabras "liberal" y "progresista". Se cierne sobre la biomedicina el aroma de antiguos tabúes rotos, de violación de un territorio prohibido. El problema revuelve temores vitales que se remontan a los más viejos mitos de nuestra civilización y revive actitudes religiosas respecto al pecado, la transgresión y el manejo torpe de las delicadas armonías de la Creación, temores que yacen bajo el nivel de la conciencia, incluso de los agnósticos y ateos. Y así está el impulso de condenar sencillamente los oscuros poderes que han sacado a luz el mal.

Hace pocos años era raro el día en que oyera uno proponer abiertamente en las universidades que ciertos tipos de investigación puramente teórica deberían quedar prohibidos. Pero hoy esa recomendación se hace diariamente, sin defensas ni ofuscaciones, y entre las investigaciones que son candidato para ese honor, la biomedicina ocupa un lugar muy alto. Su aparición explica en parte el acaloramiento de la hostilidad contra la tecnología y la ciencia, y el renacimiento de las suspicacias ante los principios básicos de la libertad intelectual y el pensamiento racional.

> **El hombre es una cuerda que se extiende del animal al superhombre. . . una cuerda que pende sobre el abismo.**
>
> F. W. Nietzsche

La biomedicina, en resumen, tiene reverberaciones psíquicas y morales que van mucho más allá de los temas inmediatos tratados en ella. Por una parte, despierta el impulso de regular y controlar, de suprimir lo que está sin planeamiento, lo que es casual, lo que no es regular. Por la otra, provoca el deseo de seguir fieles a las verdades inmutables de la historia, a temer y a oponerse al juego de la mente por el juego mismo. En la discusión de la biomedicina hay un programa oculto tan importante como el que se declara a la vista.

Hay ciertas consideraciones precautorias que me han parecido valiosas para interpretar la significación de la biomedicina.

Antes que nada, pese a los avances de la genética el debate de la importancia relativa que tiene la herencia frente al medio ambiente sigue sin dirimir con respecto a los rasgos humanos más importantes. Además, su solución está impedida por la dificultad de separar las influencias ambientales de las hereditarias. La criatura de aprendizaje lento, hija de una madre con

las mismas características de inteligencia, que no la atendió cuando estaba en la infancia, ¿es víctima de la herencia o del ambiente?

Aun cuando sabemos qué rasgos se heredan totalmente, como los ojos azules, o parcialmente, como la estatura, los últimos adelantos de la genética no nos dan la posibilidad de producir rasgos susceptibles de ser heredados mediante un plan. Muchos de esos caracteres son "poligénicos": es la presencia simultánea de varios genes, y no uno solo de ellos, la que explica esos caracteres. Rectificarlos es, pues, un asunto muy complejo, y se corre el riesgo de afectar negativamente enjambres completos de rasgos o caracteres.

Eugenesia Negativa contra Eugenesia Positiva

Existe, además, una diferencia fundamental entre la "eugenesia negativa" y la "eugenesia positiva". La primera sólo aspira a eliminar un defecto genético. Tiene una meta definible, y el mal que trata de combatir es bastante inequívoco. La "eugenesia positiva", en cambio, aspira a producir una nueva raza que posea (para enumerar la lista del genetista Hermann Muller) "en el aspecto físico, salud más robusta; en el intelectual, inteligencia más aguda, profunda y creadora; en el moral, un sentimiento más cálido de la comunidad y una disposición a cooperar; en el de la apercepción, apreciación más rica y su expresión más adecuada". Aparte de que no sabemos si esas características son de origen genético primariamente, representan conceptos ambiguos en sumo grado.

La expresión "inteligencia más aguda, profunda y creadora" cubre una variedad de posibilidades que van desde Mozart a Napoleón; "disposición a cooperar" es algo que se muestra muchas veces en cálidos sentimientos de compañerismo para un grupo, y en indiferencia u hostilidad a la gente de otros grupos; incluso "salud más robusta" tiene una variedad de significados: ¿Aspiraremos en nuestro programa eugenésico a obtener campeones de boxeo de peso completo, o individuos pequeños pero resistentes, con capacidad de pasarse muchas horas en sus escritorios sin llegar a enfermarse? En suma, la "eugenesia positiva" aspira a grandes metas, pero también, virtualmente en todos los casos, a metas mal definidas e incoherentes.

Además, la "eugenesia positiva" no tendría sentido si no se practicara en una amplia escala social. Así pues, implica, por lo menos, el uso de métodos de propaganda de alta presión, que sus partidarios llamarán probablemente "educación para la responsabilidad social" y que probablemente requerirán coerción por parte de la ley. Tienen, además, el inconveniente de invitar a la gente a considerarse como animales de cría.

Aun en el caso de la "eugenesia negativa" hay que hacer una distinción entre la acción individual y un programa general dirigido a limpiar el fondo común de los genes humanos. Una cosa es decir que la gente debería tener el derecho de elegir con conocimiento de causa respecto a si tendrá un hijo que sufra la enfermedad de Tay-Sachs o idiotez amaurótica familiar, y otra cosa muy distinta es entregarse a la asesoría genética o a otras medidas pensando

en reducir la proporción de genes de Tay-Sachs trasmitidos al fondo común de los genes humanos por gente que los lleve en estado recesivo. Esto último estaría lleno de complicaciones.

Por ejemplo, algunos genes causantes de enfermedades graves son también beneficiosos en sus estados recesivos. El gen de la anemia drepanocítica parece estar asociado a la resistencia contra el paludismo. Además, el acto de "ensuciar" el fondo genético, como se dice, es un proceso de mucho tiempo para el cual cabe esperar que el progreso médico traiga remedios. La diabetes, enfermedad hereditaria, ya no es siempre mortal. Y lo más importante de todo es que hablar de genes "indeseables" es usar un término relacionado con el medio. La diabetes es una enfermedad peligrosa cuando el régimen alimenticio que se sigue alcanza cierto nivel de riqueza; en general no perjudicaba a los cazadores primitivos.

Virtudes de la Variedad

La lección que se ha de sacar es vieja: probablemente el recurso biológico más grande de la especie humana es su *variedad* de estirpes genéticas. Si no podemos conocer con precisión qué ofrecerá el futuro ambiente en forma de alimentos, gérmenes, clima, trabajo y otros innumerables aspectos de la vida, será recomendable proceder con cautela al adoptar planes para la eliminación de rasgos genéticos cuya inutilidad actual pueda constituir en ellos una fase pasajera.

Pero si los hechos de la genética hacen que no sea recomendable el esfuerzo de remodelar la especie humana, los hechos referentes a los deseos humanos hacen lo mismo, y en doble medida. Porque la gente es probablemente más sabia, entiende mejor sus deseos, cuando está consciente de que no conoce su ideal del hombre por siempre y para siempre. En tiempos de guerra las cualidades que se buscan son la resistencia, la disciplina, la lealtad, el valor físico; en tiempo de paz la gente aprecia la flexibilidad, la independencia, la prudencia, el valor moral. Suponiendo que tuviéramos los poderes requeridos, ¿permitiremos que las modas y necesidades de un decenio o de un lustro afecten el temperamento permanente de la humanidad?

> **"El hombre es más frágil que un huevo y más duro que una roca.**
>
> **Proverbio yugoslavo"**

Más punzante es todavía la consideración de que, al hablar de los rasgos moralmente deseables, se incurre en una especie de ambivalencia verbal sistemática. "Es obstinado", digo al describir una conducta que, en mi caso, puedo llamar "obrar en concordancia con los principios". "Espíritu de

cooperación" es una cualidad comúnmente elogiada en lo moral; y sin embargo a los que cooperaban con los nazis se les llamaba "colaboracionistas". "Iniciativa" merece elogios, pero no la "agresividad"; el "individualismo" se admira, pero no el "egoísmo".

Como hacía ver Aristóteles en su *Etica*, las virtudes se definen por la relación que ocupan respecto a otras circunstancias. Una acción que, en determinadas circunstancias, es valerosa, podrá ser temeraria en otra situación. Es característico del hombre absolutamente virtuoso conocer cuándo, y hasta qué grado, puede dar expresión a una disposición o actitud determinada. Ingredientes básicos para ello son el juicio y la imaginación emocional. El que defina lo que es hombre bueno, guiándose por una lista de sencillos y ambiguos rasgos morales, demostrará que carece precisamente de esas cualidades. Y sin embargo, son requisito indispensable para planificar el futuro.

Por fin, todas esas consideraciones nada dicen del clásico problema político de distribución de cargas y beneficios. Las técnicas de la biomedicina, cualquiera que sea la forma en que se les redefina, no pueden resolver este problema. Considérese incluso el problema, relativamente sencillo y fácil de definir, de la eliminación de genes recesivos causantes de determinadas enfermedades. Dentro de poco se podrán diagnosticar un centener de esas enfermedades mediante el examen genético, y depués, es de suponer, serán diagnosticables muchas más. Una proporción grandísima de seres humanos vivos, quizá todos, resultarán portadores de ésta o aquella característica peligrosa. ¿Quién será sometido a la anulación biológica y quién no? La planificación genética introduce un nuevo motivo de disputas, pero no nos da una lógica para resolverlas.

Libertad y Elección

Si estas consideraciones tienen algún mérito, no hay motivos para abandonar los principios establecidos de libertad de elección individual, en lo que concierne a la biomedicina. La deliberada regulación en gran escala de la actividad procreadora de la humanidad requiere facultades e inteligencia, imaginación y perspectiva emocional que no están al alcance del hombre. La observación se aplica por igual, creo yo, a los que quisieran rediseñar la especie humana valiéndose de la eugenesia y a los que querrían colocar barreras absolutas al uso de los conocimientos biomédicos para aliviar las aflicciones individuales. En ambos casos, me parece a mí, se pide a la gente sacrificar las emociones directas e inmediatas que rodean a la procreación y a la crianza de los hijos, en aras de una idea abstracta. No es una política prudente ni sensitiva.

La máxima ético-política de que la generación actual debe sacrificarse por una posteridad desconocida, ha conducido, por regla general, a sufrimientos no sólo profundos, sino también inútiles. La gente, por lo regular, presta atención al futuro y se sacrifica por él, pero movido por afectos concretos. Las personas cuidan de sus hijos y de sus nietos. Me inclino a pensar que

ésta es una base más segura y más sólida para elegir, que la esperanza de una nueva estirpe o el temor de mancillar los principios morales.

No parecería justo aplicar esas objeciones contra el abstraccionismo irrestricto a los oponentes morales de la planificación eugenésica como el padre Drinan, cuyo único afán, al parecer, es que se impida al nuevo conocimiento científico que nos induzca a soltar las firmes y probadas amarras éticas. Confieso que siento mucho más simpatía por sus opiniones, por su humana cautela, su conciencia de conocer lo que ellas conocen y preferirlo, que por cualquier Gran Diseño eugenésico. Sin embargo, las reacciones de los absolutistas religiosos como el padre Drinan me parecen carentes de realismo. Sus posturas, probablemente, no impedirán la aceptación y la propagación de las técnicas biomédicas; pero sí es probable que, por su simple intransigencia, impida los esfuerzos hechos para tratar con prudente restricción los temas biomédicos. Y lo que más directamente relacionado está con la cuestión actual es esta consideración: que, al igual que los planes de los eugenetistas, dejan que una idea escape de todo contexto reconocible.

"La santidad de la vida humana", por ejemplo, expresa indudablemente un valor, pero no es lo único. La obligación de no causar sufrimientos evitables también reclama nuestra voluntad. Y lo mismo el deber de usar con discernimiento los limitados recursos humanos. Esto, a veces, supone hacer distinciones entre diversos tipos de vida; incluso, cuando es necesario, distinguir la vida de un feto de la vida de un niño. No es reconocer la pluralidad de deberes humanos usar palabras como "sentimiento", "utilitarismo" o "razones expeditivas y prácticas".

No me convence el primer principio que sugiere el padre Drinan: "la inmoralidad de la destrucción de cualquier ser humano inocente perpetrada por otros seres humanos en beneficio propio". Como todos los principios de ese estilo, no sirve de guía para todos los casos. ¿En qué forma se aplica a las guerras justas, por ejemplo? ¿Dirá que no hay ninguna? ¿O que en la guerra no hay inocentes? ¿Cómo se aplica a las empresas comunes en tiempo de paz, por ejemplo, la minería del carbón o la construcción de puentes, a las cuales prestan su apoyo diario personas civilizadas y decentes, pero que implican muertes predecibles de algunos seres humanos en beneficio de otros?

Reconocemos que hay siempre, como se dice en los argumentos clásicos, el peligro, "la pendiente resbaladiza". Puede afirmarse que, una vez tomada la decisión de hacer abortar una vida fetal porque no se desea el nacimiento de esa criatura, estamos ya resbalando pendiente abajo, hacia la autorización para quitar la vida a adultos inocentes porque tampoco los queremos. Pero hay otras pendientes resbaladizas. Parece que también se puede argüir, y en forma más convincente, que si la gente permite que otros sufran penas evitables, apoyándose en esas posibilidades especulativas, se estará a medio camino de la pendiente resbaladiza que lleva a justificar legalmente el castigo de los semejantes en nombre de un credo abstracto.

El hecho es que cualquier principio tiene su pendiente resbaladiza. Se

encuentra uno con ese peligro al combinar tal principio con otros, y no guiarse uno exclusivamente por él. Santo Tomás de Aquino, que no es enemigo de los valores absolutos, pero tampoco es un inocente moral, observaba en la *Suma* que la ley de la naturaleza, "en cuanto se refiere a los primeros principios generales" es la misma para todos, pero que, cuando desciende a los casos particulares, "puede admitir excepciones", y sólo se puede aplicar inalterada "a la mayoría de los casos". Pocas personas que han examinado muy de cerca las situaciones concretas, diferente cada una de la que sigue, en las cuales, por ejemplo, los padres de un hijo predecible-mente mongoloide tienen que decidir respecto al aborto, han sido capaces de ajustarse a reglas inquebrantables al respecto.

Peligro de Genocidio

En cuanto a la noción de suprimir la investigación biomédica porque implique jugar con los secretos últimos de la naturaleza, podemos decir que el impulso de adoptar esa noción es comprensible, aunque no con la facilidad con que algunos representantes del medio intelectual se entregan a ella. Que la biomedicina ha dado a la humanidad poderes que es capaz de usar para el mal, resulta evidente. En la sociedad contemporánea se han liberado tecnologías de extraordinario poder sin un simulacro apenas de pensamiento respecto a sus consecuencias; y ahora tenemos otra tecnología más. Pero la investigación que tal vez conduzca a producir niños en tubos de ensayo lleva también a comprender mejor el cáncer. La indagación sigue un curso que nadie puede predecir, y las tecnologías son útiles para el bien o para el mal. Porque aunque sus consecuencias sean equívocas, hay algo que no lo es: el daño que se sigue, casi siempre con rapidez grande, cuando se cierra a la investigación un campo so pretexto de estar en conflicto con leyes morales superiores. El número de sujetos que pueden quedar sometidos a esta arma es indefinidamente grande. El carácter de la gente que en el pasado ha esgrimido el arma, no es para tranquilizar a nadie.

Tampoco es tranquilizadora la ingenuidad de los planificadores de la eugenesia. En una sociedad que ha sufrido ciertos problemas a consecuencia de su hábito de clasificar a la gente por la raza, ¡el profesor Pauling propone que se marque visiblemente a las personas portadoras de malos genes! Y otros, de Hermann Muller para abajo, piensan en la producción planificada de una nueva estirpe humana, sin considerar las consecuencias que tendría para su plan la persistencia de soberanías nacionales. Rediseñar la especie no es posible más que bajo los gobiernos más autoritarios del mundo. Si se supiera que el objeto de tal gobierno era forjar una nueva raza, probablemente se producirían grandes discusiones para determinar cuál de las estirpes actuales debía ser el modelo principal. Es de esperar que se usaran palabras como "genocidio". Esto no facilitaría el logro de tal gobierno que, incluso en las circunstancias actuales, no es precisamente fácil de crear.

La cuestión más sorprendente de todas las planteadas por el advenimiento

de la biomedicina es, probablemente, determinar por qué algunos intelectuales eminentes se entregan con tal regularidad a planes desatados para rehacer la especie.

El factor responsable no es la biomedicina; tiene que haber algún otro catalizador el día de mañana. Es la idea, de mucho más alcance, que ha dado su forma a los principales acontecimientos traumáticos de los últimos tres siglos de la historia moderna: la intención deliberada de crear un "hombre nuevo", de rehacer por diseño a la criatura humana. Es la idea moderna de revolución, idea que la antigüedad no acarició, a no ser como asunto de fe, de milagros y de destrucción de las cosas temporales. Es lo que ha provocado la revolución en el mundo moderno sobre otras preocupaciones puramente mundanas, como serían derrocar la tiranía o poner gente más capaz o más decente en el poder, y la ha convertido en un proceso de significado trascendente, más allá de políticas o compasiones, para justificar cualquier sacrificio. Esos son los acentos con que habla Sir Francis Crick, otro premio Nóbel, cuando manifiesta que ningún recién nacido debería ser declarado humano hasta que haya pasado ciertas pruebas de su dotación genética, y que, si no las pasa, pierde el derecho de vivir.

Los partidarios del planeamiento eugenésico en gran escala, exceptuando a los nazis, suelen ser gente de notables sentimientos humanitarios. Pero no parecen prestar oído a esos sentimientos. Lo que oyen es esa otra música que dice que en el mundo no habrá nada al azar, nada independiente, nada que se mueva por su propia vitalidad, nada que no esté de acuerdo con alguna idea: incluso nuestros hijos, en este modo de ver, no han de ser nuestra progenie sino nuestras creaciones.

MUNDOS CINEMATOGRAFICOS

Por Vernon Young

El cine ha sido siempre un arte internacional (y también una mercancía), pero hasta hace poco tiempo, predominaban en él los productos de relativamente pocos países. En los últimos tiempos, señala un notable crítico cinematográfico, se han venido produciendo películas originales, y atractivas, en algunas naciones de Asia, Europa Oriental y América Latina, que en otras épocas ocupaban lugares sin importancia en la escala cinematográfica internacional. Este artículo es un selectivo recorrido por el mundo cinematográfico, en el que el autor nos brinda sus decididas opiniones.

Vernon Young ha venido escribiendo sobre la industria cinematográfica mundial desde hace 20 años; ha colaborado con *The Hudson Review*, y también ha sido corresponsal en Europa para *Arts Magazine* y colaborador de *Art International*. Sus libros más recientes son: *On Film: Unpopular Essays on a Popular Art* (Del Cine: Ensayos Impopulares sobre un Arte Popular) y *Cinema Borealis*, un estudio sobre Ingmar Bergman y el cine sueco en general.

Conversando con una persona que como nosotros tiene un apetito insaciable de cine hecho en lugares lejanos, quedamos sorprendidos con su solemne declaración de que la mejor película que había visto en los últimos tiempos había sido hecha en Irán y trataba de una vaca. Como el sujeto disfrutaba excitando nuestra curiosidad sin satisfacerla, sospechamos que nos estaba tomando el pelo. Poco tiempo después *dos* películas iranesas se exhibieron en el festival cinematográfico de Berlín, y hasta donde podemos entender, ninguna de ellas tenía relación con una vaca, pero como hasta la fecha no las hemos visto, persiste la posibilidad de que alguna la tuviera. En todo caso, la referencia que se hizo a esa película equivale a un comentario bastante tranquilizador sobre el mundo contemporáneo (y en estos tiempos, necesitamos todo lo que pueda tranquilizarnos). En contra de los vaticinios pesimistas, no existe una verdadera evidencia de que, en el plano internacional, el cine esté en peligro de convertirse en un producto por completo estandarizado, que de manera abyecta extrae sus métodos y temas de un mercado común, con un denominador lo más bajo posible.

Por supuesto, siempre ha existido un nivel en el que esta descripción se ajusta a la perfección; no obstante, en la actualidad, más que nunca, hay un movimiento de oposición, que aunque desorganizado, puede percibirse.

Tres circunstancias principales (si es que podemos simplificar una complicada maraña de influencias) son las responsables de esta oposición. Ante todo, se están haciendo películas en países en donde antes no se hacían, o donde las que se hacían no tenían la calidad necesaria para intentar su exportación. Como estos países no pueden competir en el campo de la diversión popular, deben hacer películas que impresionen tan sólo en virtud de su autenticidad. En segundo lugar, las sombrías condiciones del mundo han empujado a muchos cinematografistas a conformarse tan sólo con la más pura verdad en sus interpretaciones del sino de la humanidad. Estos hombres, en todas partes, no necesariamente se enfrentan a *determinados* ultrajes contemporáneos, ya que se dan cuenta de que su labor no consiste en legislar directamente sobre los problemas humanos, sino en expresarlos. Lo que ocurre es que están decididos a ser más honestos de lo que hasta ahora han sido los artistas de su tipo; así pues, las medidas que emplean (sus técnicas, para decirlo a secas) están más disciplinadas y su interés por el material humano está siendo retratado de manera más plausible. En tercer lugar, y este elemento no puede sobrestimarse, aunque llegue a condicionarse, la omnipresencia de la televisión en el mundo ha creado una insaciable demanda de material. Quizá en todas partes el público vea demasiadas cosas, para su capacidad de discriminación, pero para aquellos que efectivamente *pueden* discernir, la situación es satisfactoria. Si los circuitos de televisión han de llevar a los hogares una cantidad ilimitada de crónicas documentales o ficticias, es difícil que logren limitar su producción a "comedias de situaciones" e historias sangrientas.

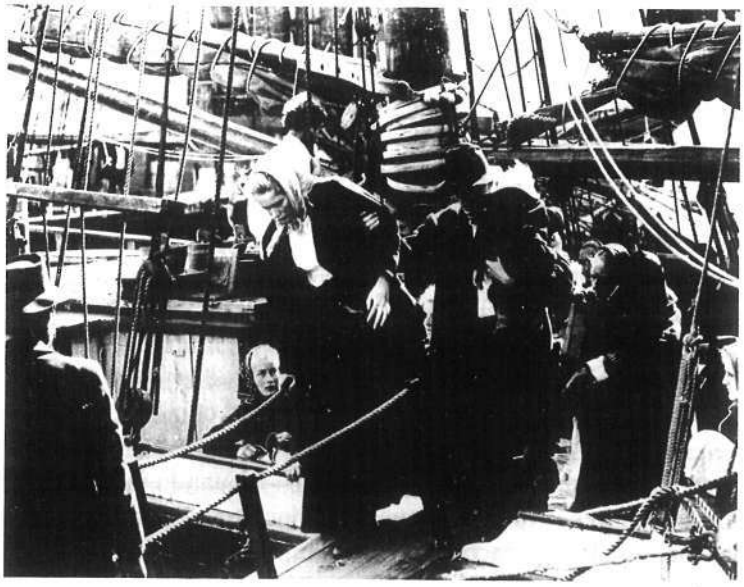
Diversidad Empresarial

Si se tienen presentes estos tres factores y, seguramente, muchos otros, el resultado es una diversidad empresarial de temas y una fascinante incursión de configuraciones previamente desconocidas. Elie Faure, el gran historiador del arte, dijo una vez que nuestras diferencias eran lo que nos unía, ya que nos acercamos unos a otros con el fin de estudiar esas diferencias. Si bien es cierto que no siempre estamos satisfechos con la forma en que los demás difieren de nosotros, también es cierto que a través de nuestra curiosidad es que nos conocemos. Inútil es añadir—o cuando menos así lo creemos—que si el cine es la fuente de nuestros vínculos, dependemos del hecho de que los encargados de hacer cine no falsifiquen indebidamente el contenido de sus historias.

El nuevo despertar que estamos saludando no se hace patente de manera sólida en países que se encontraban antes a la vanguardia de la producción cinematográfica. En comparación con la situación que prevalecía hace 10 ó 15 años, Japón y Francia no son ahora maestros en el campo de la cinematografía, así como tampoco lo es Suecia, sin mayores salvedades. Como Ozu murió y Kurasawa se retiró, queda muy poco espíritu en las películas japonesas; prevalece sobre todo una visión árida y fría y una deplorable inca-

pacidad de directores y escritores para aprovechar el consejo de un renombrado filósofo oriental que en el siglo V A.C. habló así: "El único problema del estilo consiste en hacer patente el significado y una vez logrado esto, en *detenerse*". Los franceses, de manera sorprendente, están sufriendo por falta de inspiración: unas cuantas comedias provocativas con temas renovados de la misma mezcolanza como anteriormente lo fueron *César y Rosalie* y *The Old Maid* (La Solterona); una deliciosa comedia de Jacques Tati, auspiciada por la televisión *sueca;* unos cuantos dramas policiacos muy agradables, pero perecederos, de entre los cuales, una investigación despiadada, el filme de Eduardo Molinaro *Les Aveux Plus Doux* (Las más Dulces Confesiones), es la rara excepción.

Por lo que hace a Suecia (a menos que ustedes todavía identifiquen a las películas suecas con las obras de Bergman, mismas que en la actualidad están siendo disecadas de manera angustiosa), sólo queda Jan Troell como único heredero de legado sueco. . . legado bastante precario, por cierto. Troell es sin duda uno de los más grandes cinematografistas del mundo, pero los productores no están convencidos de ello ni mucho menos, a juzgar por la renuencia con la que promueven sus películas después de haberlas costeado; y aunque el público sueco agotó el boletaje cuando se exhibió la doble



Los Emigrantes — en busca de una nueva vida en los Estados Unidos del siglo XIX.

epopeya de Troell *The Emigrants* (Los Emigrantes) y *The New Land* (La Nueva Tierra), que trata de la vida de los suecos en los Estados Unidos, desairó *Zandy's Bride* (La Novia de Zandy), que se filmó también con locaciones en los Estados Unidos, evidentemente porque no era una repetición de la anterior obra maestra y porque su concepto del colonizador era más

áspero desde el punto de vista material. Los críticos estadounidenses se han mostrado más inclinados a aceptar a Troell, que el público estadounidense a acudir a la taquilla.

Jeremiah Johnson — visión auténtica de una fase de la expansión hacia el Oeste.

El Panorama del Cine Estadounidense

Se ha registrado una alentadora mejoría en la producción cinematográfica de los Estados Unidos. *Jeremiah Johnson* y *Bad Company* (Malas Compañías) son películas categóricamente auténticas de dos fases de la expansión hacia el Oeste. La primera trata de la época de los traficantes de pieles de castor, cuando los estadounidenses blancos dieron un largo y franco paso atrás y se volvieron más indios que los propios indios, y la segunda se desarrolla en la época de la Guerra Civil y su secuela, cuando todo género de hombres indignos franqueaban la frontera y cerraban una época heroi-

Cinco Piezas Sencillas — exploración de cierto tipo de alienado.

ca. En *Malas Compañías* hay un momento en el que cuatro proscritos vacían sus pistolas en una sola liebre, escena más elocuente que varios volúmenes de lamentos ecológicos. No obstante, ninguna de estas películas recibió la respetuosa atención exigida por *The Wild Bunch* (La Banda Salvaje), *McCabe and Mrs. Miller* (McCabe y la Sra. Miller), *Little Big Man* (El Pequeño Gran Hombre) y *Billy the Kid*, todas las cuales son basura o menos que eso, del mismo modo que *El Padrino*, película demasiado larga, ruidosa, sádica y tediosamente acentuada, fue alabada hasta el exceso, mientras que *Fat City* (Ciudad sin Freno) de John Houston, producida el mismo año, o *The Friends of Eddie Coyle* (Los Amigos de Eddie Coyle), películas ambas que lograron trasmitir al estilo clásico sus consistentes mensajes, sin haber dado nunca una nota falsa ni tampoco un codazo editorial, fueron si no pasadas por alto, insuficientemente alabadas, a causa de su fuerza desapasionada y su veracidad sin pretensiones.

Una de las nuevas películas estadounidenses más inquietantes (en mi opinión) es *Five Easy Pieces* (Cinco Piezas Sencillas) en la que se explora un tipo social rara vez analizado desde la época de D.H. Lawrence y que no había sido nunca presentado en el cine de manera tan despiadada (acentuada por la astuta actuación de Jack Nicholson): un hombre que no ama a nada ni a nadie y menos que a nadie a sí mismo; odia a las clases acomodadas, a la intelectualidad, desprecia su propio talento (musical), no puede soportar a los trabajadores, y tampoco tolera a su tonta novia. . . ni a los que no pueden tolerarla a ella. En el inconcluso final de esta extraña película, el protagonista abandona a su "muñeca" en su automóvil, se trepa a un camión carguero que transporta troncos y que se dirige a los bosques del noroeste. El chofer del carguero se encarga de decir la última línea llena de agudeza: "Es mejor que se ponga la chaqueta, amigo, pues, por si usted no lo sabe. . . *¡a donde vamos hace mucho frío!*

La Versatilidad de la Televisión Británica

En la Gran Bretaña hay un movimiento todavía más unánime a favor de la total eliminación de cualquier cosa que pudiera ser deshonesta o tener como finalidad únicamente la explotación. En todo caso, a esta conclusión hemos llegado teniendo como referencia lo mejor de la producción inglesa en los últimos años. Por extraño que parezca, las películas hechas para el *cine* y, por tanto, destinadas a ser distribuidas entre otros públicos además del británico, como *Spring and Port Wine* (Primavera y Oporto), *Kes*, *Family Life* (Vida de Familia), *The Hireling* (El Mercenario), *The Raging Moon* (La Incontenible Luna), entre otras, están estrictamente limitadas al ámbito de la clase trabajadora o de su perspectiva, lo cual no puede proporcionar una referencia adecuada de las ilimitadas capacidades del talento nacional. Sin embargo, en la televisión británica puede verse la gama completa del país cinematográfico más versátil del mundo, lo cual demuestra sin sombra de duda (teniendo en cuenta la inteligencia, el ingenio y la conciencia pública

La Guerra y la Paz — de alcance asombroso.

que existen) la innegable ventaja que tiene el artista en una sociedad piramidal en comparación con una sociedad sin clases. En una sociedad de este último tipo, el cinematografista se dirige a una población que, en su conjunto, bien puede estar de acuerdo con sus premisas, pero puede verse frustrado por las limitaciones relativas a la simpatía social si intenta explorar con demasiada frecuencia los matices de otro estilo de vida, estilo que va en contra del temperamento social colectivo. Como Inglaterra es todavía una sociedad estructurada en clases (aun cuando, con toda cortesía, los ingleses no se extiendan en este tema), el escritor-director de televisión tiene a su disposición un abundante espectro de temas para escoger y un público más diverso y ansioso de aprender que en ninguna otra época de la historia de Inglaterra. Sutiles distinciones sociales e intereses humanos mutuos están constantemente en la balanza. De ahí que los programas de la televisión británica sean los más variados del mundo (documentales, teatrales, literarios, históricos, íntimos, lo que usted quiera), accesibles tanto para los que viven en pueblos fabriles de chimeneas de ladrillo como para los que habitan en mansiones con artesonados y conservan la sosegada dicción de Jane Austen; y están ejecutados con un respeto para la inteligencia del televidente, desconocido en casi cualquier otro lugar.

Tampoco es necesario insistir en que los actores y actrices británicos no tienen paralelo en el mundo; es enorme el número de actuaciones perfectas que es posible ver en un mes sin siquiera repetir al mismo actor. Contra todas las opiniones de que los ingleses son exclusivistas, la producción de la BBC de *La Guerra y la Paz* fue tal vez la expresión suprema del fabuloso interés nacional hacia un estilo de vida extranjero. Hasta las escenas del último ciudadano ruso, la última batalla rusa, el último salón ruso de recepciones, que aparecen en esta producción, fueron realizadas con una soberbia generosidad en sus alcances y clarividencia en sus matices sociales y psicológicos, mucho más convincente que la versión cinematográfica rusa de la misma obra maestra de la literatura. Otro milagro debido a la intuición y pericia de los británicos se ha realizado recientemente: la biografía de Edvard

Munch el mordaz pintor noruego, producida por Peter Watkins y filmada para la televisión con una duración de tres horas y media, patrocinada por la televisión de Suecia y Noruega con actores noruegos aficionados. . . algo difícil de creer.

Leonardo da Vinci en TV

De manera paradójica, la televisión, cuyo propósito es el de actuar como entretenimiento vacuo para todo el mundo (propósito que se cumple en la mayor parte del mundo), ha sido la responsable, en unos cuantos países, de hacer posibles para el conocedor de experiencias que no puede proporcionar el cine y que sus productores no podrían pagar en caso de que tuvieran la iniciativa para intentarlo. Trascendiendo todo el cine teatral italiano de los últimos 10 años (el cual, si fue vital de manera estrepitosa, en serio o en broma, se ha vuelto más y más partidista en lo político), la vida de Leonardo da Vinci fue realizada de manera espléndida en siete episodios para la televisión, supervisados por Renato Castellani. La interpretación del actor de esta película ha sido la más extraordinaria (antes de la realización de la película sobre Munch mencionada anteriormente) desde la película sobre Miguel Angel realizada por el Tercer Reich. Por otra parte, la realización de esta película significó también una empresa muy arriesgada desde el punto de vista financiero, teniendo en cuenta la obsesión de casi todos los italianos por el presente y su indiferencia por la historia, misma que tienden a relegar, con no poca condescendencia, a los turistas sentimentales. No sólo el hombre (la mente más enigmática que ha conocido el Occidente), sino el espíritu de su época, fueron revividos de manera fundamental. Gracias a la documentación recopilada por un formidable grupo de investigadores, a la inmortal presencia de los mismos escenarios en los que floreció el Renacimiento y al cuerpo de actores (también de gran importancia) que fueron elegidos, sin tener en cuenta su nacionalidad, por su parecido físico con un Medici, un Sforza o un asesino aprendiz de artífice. (Phillipe Le Roy, un francés, desempeñó el papel de Leonardo, una de las pocas actuaciones verdaderamente satisfactorias de una leyenda que hayamos visto hasta la fecha.) Esta hazaña fue intrínsecamente italiana y nos recordó que la carrera de Leonardo no se desarrolló en un museo aislado, sino en el clima malsano (propicio al paludismo) de los tributarios del Po y en el acueducto de la Vía Apia, así como en la esfera política de Maquiavelo.

Bulgaria y Hungría

De acuerdo con una enciclopedia descomunal sobre directores cinematográficos publicada por St. James Press en 1975, aparecen cuando menos 29 directores en la sección correspondiente a Bulgaria, un país que por lo general no se asocia con el cine y mucho menos con la producción de películas de arte. Hemos visto siete u ocho películas búlgaras, de las cuales hay dos que consideramos especialmente memorables (una proporción bas-

tante decorosa sin lugar a dudas): *El Ladrón de Duraznos*, de 1964, y *Cuerno de Cabra*, de 1971. Ninguna de ellas y muy pocas de las otras difieren de manera radical en su síntesis o en sus puntos de vista de la multitud que se ha producido en el occidente sobre individuos atrapados dentro de las crueldades que de manera perenne abruman a la humanidad, pero su sabor es búlgaro, no socialista. *Cuerno de Cabra* es una historia de venganza que se desarrolla en un distante territorio montañoso que se encontraba bajo la dominación turca hasta hace un siglo. En esta película se incorpora el principio sardónico de la maldad perpetuada por el empeño de desatarla como venganza en especie. Su temática es paralela a *Los Bandidos de Orgosolo*, realizada por Vittorio de Seta —en 1961—en Cerdeña.

Cuerno de Cabra — la maldad como venganza en especie.

Distinciones similares entre las películas históricas y las políticas, podrían hacerse si tuviéramos espacio para examinar a fondo las películas húngaras, cuya producción es más abundante. Bástenos decir que si Miklos Jancso, un favorito de los miembros de la sociedad fílmica de Occidente, ha llevado su singular estilo más allá de los límites de lo absurdo y se ha trasladado a Italia (donde ha realizado una versión de la historia de Electra), no ha dejado un vacío en la cinematografía húngara. En todo caso Hungría tiene dos o tres de los más hábiles cinematografistas que es posible encontrar en cualquier país productor de películas, del Este o del Oeste.

Pero queda algo pendiente, mejor dicho, alguien: Istvaan Gaal, un húngaro de otro cuño, tan arraigado a la tierra y tan cálido en su afecto por los accidentales interludios humanos (los temores y crueldades de los niños, la arrogancia de los jóvenes maduros, las potestades y resignaciones de la madurez) como lo ha sido siempre Jan Troell en sus maravillosos estudios de la vida rural. La mejor película de Gaal es *Los Halcones*, que en apariencia desata controversias en cualquier parte que se exhiba, aunque Gaal desdeña cualquier categoría política en la que pudiera encasillarse de manera inevitable, ya que para él la cinematografía es tan sólo una "forma de poesía". Zoltan Huszarik bien podía hacer valer el mismo argumento. Su película *Sindbad* (1973), adaptada de una novela húngara anterior a la Primera Guerra Mundial, puesta al día en su técnica narrativa elíptica, trata de un fracasado Don Juan que realiza su última e intranquila visita a los lugares de sus destructivos amoríos. Cuadro por cuadro, *Sindbad* es una revelación cromática, y por su diáfana belleza superficial y animación poética se puede afirmar que pocas películas podrían competir con ella.

El Intelectualismo en las Películas Polacas

Las películas polacas están cambiando también sus escamas políticas. El tema de la resistencia está por completo agotado, la fuerza de las tribulaciones de aquella generación o su recuerdo no constituyen ya un tema candente ni una amarga fuente de debates. *Los Campesinos*, una obra clásica de los años anteriores a la Primera Guerra Mundial (cuyo autor, Wladislaw Reymont, fue laureado con el Premio Nóbel en 1924) hace poco tiempo fue adaptada fielmente para la televisión. Por acuerdo general, el talento más notable de las películas contemporáneas con temática es Krsytof Zanussi, que en casi todos los aspectos es lo contrario a los temperamentos que colocaron a Polonia por un breve lapso al frente de la cinematografía, hace 20 años. Sus escenarios, alejados de los violentos exterminios del ciclo antialemán, de manera invariable tienen relación con un joven intelectual que llega a la mayoría de edad en medio de un desconcertante conflicto que se plantea entre las premisas científicas y la dificultad de reconciliarlas con los apetitos emocionales cotidianos. Los escenarios son poco atractivos y pertenecen a viviendas urbanas, salones de clase y laboratorios. Si sus películas anteriores para la televisión fueron tan silenciosas como la obra del desaparecido japonés Ozu o el italiano Ermanno Olmi, su película de largo metraje *Iluminación* tiene un fervoroso estilo de continuidad con montajes de alta velocidad de imágenes sin secuencia, amplificaciones de vistas microscópicas de procesos biológicos y de desviaciones errantes. El personaje principal, un joven estudiante de medicina, está bastante confundido al enfrentarse a la disparidad entre las pruebas del desorden potencial de la naturaleza y los abandonados días que pasa en compañía de su joven esposa, sus amigos y dentro de la rutina del adiestramiento médico. De manera patente la película introduce problemas que ni el socialismo ni ningún otro ismo pueden resolver en forma satisfactoria, y se asemeja a esa excelente película estadounidense sobre los dolores de crecimiento de un rústico estudiante de leyes, *The Paper Chase* (Persecución sobre el Papel) o a la película del bengalés Satyajit Ray, *The Adversary* (El Adversario) que tiene relación con el desconcierto de un joven hindú que no puede encontrar su camino entre las costumbres en transición de un ambiente anglo-indio. El polaquismo de la obra de Zanussi se acentúa por su exploración

Los Halcones — el cine como una forma de poesía.

peculiarmente intensa de imágenes de muertos y enfermos, algo bastante ajeno a los ejemplos bengaleses o estadounideses que hemos citado.

Nuestro argumento (que esperamos haber planteado de manera eficaz) consiste en que los mejores directores cinematográficos de Europa Oriental no parecen estar muy inclinados a considerar a las películas como armas políticas. Se limita a *contar historias* humanas, inadecuadas para el debate político, inspiradas no en las obligaciones de un programa ideológico, sino en experiencias personales y locales, del pozo de su pasado o del charco del ayer. No son temas *nuevos,* son las múltiples versiones de los conflictos humanos que se dan en cualquier lugar donde "el pensamiento es el esclavo de la vida y la vida payaso del tiempo". En realidad, el esfuerzo creador nunca puede ser garantizado, como tampoco puede serlo la ausencia de restricciones políticas ni la presencia de un enorme presupuesto, que de manera infalible tenga como resultado la capacidad artística. De manera notable y, para nosotros, misteriosa, Yugoslavia, país en el que se han publicado algunas de las mejores obras poéticas y de ficción de nuestra época, tiene muy pocas películas dignas de verse en su haber, como Holanda y Suiza. Si la raza y el país establecen la estructura, las costumbres y la historia, así como los detalles del drama, estas condiciones deben ser reunidas y conformadas por un artista, de manera personal.

Un Maestro Hindú

La película *Company Limited* (Compañía Limitada) de Satyajit Ray, es un ejemplo asombroso de cómo en un mundo que cada vez es más pequeño, un problema paralelo se supone invocará técnicas paralelas para expresarlo; sin embargo, el paralelo es virtualmente irreconocible, no sólo en lo que se

El Diluvio — la realidad de la guerra, la magnífica carne de caballo.

refiere a las personalidades sino también a la esencia fugaz del vehículo extranjero que impide el instantáneo reconocimiento de un esquema de cosas semejantes en todas partes, aunque en todas partes sea variable. Si fuera posible sintetizar la película de Ray sin explicar que se desarrolla en Calcuta, casi todos los expertos occidentales la identificarían como realizada por Antonioni a principios de la década de los sesentas: la sutil corrupción de un ambicioso agente de ventas por la junta mundial de directores, de la que aspira a formar parte, y la traición esencial que se le exige para alcanzar esa envidiable posición, traición muy fácil de perpetrar ya que está tácitamente aprobada, debe realizarse de manera poco conspicua, ha sido sutilmente racionalizada y será rápidamente olvidada. Rimando de manera estratégica con Antonioni, en esta película hay un énfasis maniático en la decoración: oficinas "internacionales" antisépticas, cuartos de huéspedes y apartamentos: una opulencia concordante en la que ni un solo mueble, ni un utensilio, ni un solo cuadro insinúa un interior bengalí. La cámara de Ray se recrea sobre el dibujo de una tela y lo transfigura, la superficie sesgada de un teléfono, el molde de una copa de licor, un ventilador eléctrico. Semejante a la "trama" hecha de vestigios de un triángulo de Antonioni: una mujer perceptiva es el único testigo del grado en el que el ambicioso Chatterjee se ha perdido a sí mismo sin confesarlo.

No obstante, estas semejanzas son meramente exo-estructurales. En comparación con *Compañía Limitada,* cualquiera de las películas de Antonioni con las que pudiera tener semejanza, aparecen en la distancia crudamente esquematizadas. El Chatterjee de Ray no es del todo un villano (si aumentara su venalidad, pueden ustedes estar seguros de que conservará una vena de gentileza). La mujer en cuestión es la cuñada de Chatterjee y

Compañía Limitada — profundo examen del mundo anglo-indio de los negocios.

aunque en forma visible se atraen mutuamente, el elemento erótico no asoma por completo a la superficie; además, ella no desempeña un papel antitético en contra de la esposa de Chatterjee (menos dotada de presciencia), a quien él permanece convenientemente fiel. De todos los directores cinematográficos que adquirieron prominencia especial durante la misma época (v.g., Bergman, Buñuel, Cayette, Antonioni, Fellini, Visconti), Ray, en nuestra opinión, ha logrado conservar y vivificar sus conceptos con mayor delicadeza y seguridad. A su dominio de su mundo nativo, exclusivamente bengalí rural, ha agregado recientemente un escrutinio no menos penetrante del arreglo angloindio: el sonriente servilismo, las ambiguas adaptaciones, la paradójica facilidad para manejar un buen negocio y citar a Joseph Conrad.

Aguirre, Azote de Dios — espectacular episodio de la piratería.

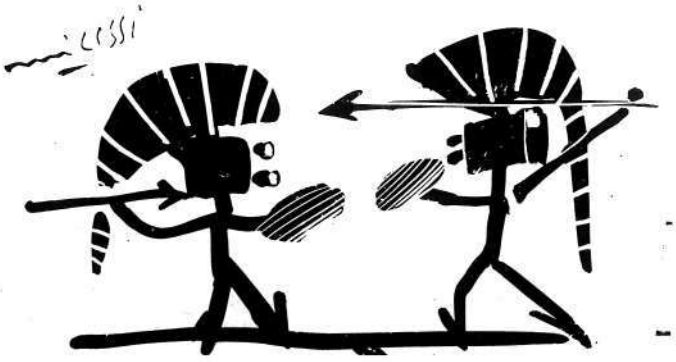
Así pues, por alguna de las razones anteriores, exhortamos a ustedes a no renunciar a la esperanza de descubrir una película fuera de serie (geográficamente o en alguna otra forma) que pueda añadirse a la suma de sus experiencias exóticas y hasta instructivas en el campo de la cinematografía.

Aunque reconocemos que sus gustos pueden no ser idénticos a los nuestros, deseamos recomendar a ustedes una película alemana de Werner Herzog, *Aguirre, Azote de Dios*, en la cual una expedición bien armada de conquistadores, del siglo XVI, desciende fatalmente por un tributario del Amazonas (un espectacular episodio de la historia de la piratería). Cómo pudo lograrse sin la pérdida de una vida, ni siquiera de un brazo o una pierna, es algo que fascina nuestra curiosidad. En la misma línea, más o menos, no tenemos empacho en proclamar una película de Nelson Pereira dos Santos, *Qué Bien Sabe Usted, Sr. Francés*, una descripción sin sentimentalismos del "noble salvaje" que actúa a favor del movimiento anti-Rousseau. No debe prejuzgarse por la aparente frivolidad de su título, más bien debe describirse como una obra gemela de *Aguirre*, ya que también es un percance de la Conquista, pero la materia prima (si nos atrevemos a plantear en forma de retruécano, la pasmosa justificación del título) está más cerca de la película estadounidense, *A Man Called Horse* (Un Hombre Llamado Caballo), en la cual un inglés capturado tiene que pasar por el angustioso ritual de iniciación de los guerreros Sioux.

En este momento (que bien puede no ser el suyo, debido a las irregulari-

Un Hombre Llamado Caballo — iniciación ritual del guerrero.

dades de la distribución), abiertamente estamos en espera de otra fantasía de Werner Herzog, filmada en los escenarios naturales de una isla del Caribe, y que se llama *También los Enanos Empiezan desde Pequeños,* y de una película épica checoslovaca (muy distinta del mundo frívolo y contemporáneo de *Los Amores de una Rubia),* situada en la Edad Media: *Marketa Lazarova,* de cuatro horas de duración y, según los comentarios que hemos escuchado, hecha toda de sangre y humo; también deseamos ver una producción georgiana (URSS), *Niko Pirosmanni,* que relata la historia de la vida de un pintor "primitivo" del siglo XIX; así como una película de Peter Smith, *A Private Enterprise* (Una Empresa Privada), auspiciada con los fondos del Instituto Británico Cinematográfico, que aparentemente puede compararse con el mundo de Satyajit Ray: el personaje central es un hindú que trata de franquear las comerciales tierras interiores de la Gran Bretaña. Y, por supuesto, todavía estamos alerta para ver esa película irania "acerca de una vaca".



DESARROLLO DESDE ABAJO

Por James P. Grant

La experiencia de los últimos dos decenios nos ha enseñado, escribe el autor, que la salud económica de los países en desarrollo no se puede juzgar por la simple estadística del "crecimiento". Si la productividad enriquece sólo a unos cuantos que están arriba, la nación, a la larga, sufrirá las consecuencias. El Dr. Grant insiste en que los países en vías de desarrollo enfoquen sus problemas, ante todo, "desde abajo", recalcando la importancia de los negocios y la agricultura en pequeño, la maquinaria cuyo manejo requiere mucha mano de obra y los programas del gobierno que difunden a todas las clases los beneficios de la productividad.

James P. Grant es presidente del Consejo de Desarrollo de Ultramar, organismo independiente de investigaciones que pretende dar a los norteamericanos un conocimiento más cabal de los problemas a que se enfrentan las naciones en proceso de desarrollo. Antes fue administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), de los Estados Unidos, y director de sus programas en Turquía y en Ceilán. Este artículo se ha resumido de la revista *Foreign Policy*.

Está en marcha una revisión de los conceptos del desarrollo, impuesta por un hecho singular: los índices de crecimiento económico logrados por la mayoría de los países en desarrollo durante el decenio que empezó en 1960, no tienen paralelo, pero tampoco han ejercido efecto, por lo menos apreciable, en la mayoría de la población mundial, que sigue viviendo en una pobreza sin esperanza.

La comprensión de ese hecho ha estimulado a estadistas tan diversos como Indira Gandhi, de la India, Luis Echeverría, de México, Fernando Marcos, de Filipinas, y el presidente del Banco Mundial, Robert McNamara, para insisitir cada vez más en un tema: que necesitamos políticas de desarrollo capaces de beneficiar a todas las capas de la población, y no sólo a una minoría favorecida. El Senador Hubert Humphrey ha hablado de

> . . . la verdadera revuelta intelectual entre los especialistas del desarrollo, que se están volviendo contra la inveterada opinión de que sólo el crecimiento es la solución para repartir beneficios hasta las mayorías más pobres. Parten de la proposición de que esas mayorías deben participar en el trabajo de edificar una nación y deben tomar parte más equita-

© 1973 por National Affairs, Inc.

> tiva en los frutos del desarrollo, desde el principio. . . La equidad y la participación mayores, en vez de imponer un gravamen al crecimiento, lo que hacen es apoyarlo y reforzarlo.

La experiencia de varios países menos desarrollados ofrece pruebas alentadoras de que la mezcla eficaz de políticas nacionales e internacionales puede generar nuevos empleos, aumentar los servicios sociales, reducir las disparidades del ingreso y frenar el crecimiento de la población, todo ello sin impedir el crecimiento económico general, y aun acelerándolo a veces. Estamos aprendiendo que, si a los productores rurales y urbanos, y a los trabajadores que están subempleados, se les da acceso a la educación, al crédito, a la tecnología y a los servicios médicos, también se podrán convertir en seres sumamente productivos, con gran capacidad de ahorro e inversión eficaz.

Producto Nacional Bruto y Bienestar Humano

Durante el decenio de 1960, los países en desarrollo lograron un aumento anual promedio de 5.5 por ciento en su producto nacional bruto (PNB), índice que no igualaron siquiera, en ningún momento de su historia, las naciones desarrolladas. Pero en muchos de aquéllos, siguen aumentando, a pesar de todo, los niveles de desempleo; crece en la actualidad la diferencia entre los ingresos del sector más pobre de la población y los del grupo que vive relativamente bien; y proliferan los asentamientos humanos alrededor de las ciudades por la emigración masiva desde el campo a ellas. En muchas zonas esos problemas son más difíciles de manejar cada día, porque sigue sin freno el crecimiento de la población.

La experiencia de la mayor parte de los países en desarrollo, en el curso del decenio pasado, indica que el solo aumento del PNB no es garantía contra el empeoramiento de la pobreza. México, por ejemplo, ha tenido mucho éxito si se juzga por las normas tradicionales: su PNB ha aumentado el seis o siete por ciento anualmente durante los 15 años últimos. Sin embargo, aumentó al mismo tiempo el desempleo en el país, y la diferencia de ingresos entre ricos y pobres es mayor ahora. Eso no es sólo porque crezca muy rápidamente la población mexicana, sino también porque el gobierno ha postergado en todo México a los productores pequeños, que usan mucha fuerza de trabajo, para alentar la producción, primariamente, en grandes haciendas y fábricas instaladas en las ciudades.

Esas tendencias no son representativas de la experiencia mexicana exclusivamente. Ha ocurrido un empeoramiento serio y semejante en la distribución de los ingresos en otros muchos países, entre ellos Filipinas, Brasil, Paquistán y Ghana. Algunos estados socialistas, como Yugoslavia y China, comparten asimismo los problemas del desempleo y el subempleo que plagan a la mayoría de los países en desarrollo. Cuba, lo mismo que Sri Lanka (antes Ceilán) y Uruguay, introdujeron grandes programas de beneficios

sociales para los pobres: pero, lo mismo que ellos, ha tenido dificultades financieras y ha perdido gran parte de su capacidad de crecimiento.

Aplicación de la Mano de Obra Ociosa a los Fines del Crecimiento

Muchos países en desarrollo empiezan a comprender que, al medir el desarrollo tan sólo por los aumentos del PNB, se olvidan de que, después de todo, la meta es el progreso humano. A los planificadores del desarrollo tiene que preocuparles tanto en qué forma aumenta el PNB como a qué ritmo va aumentando.

La mayoría de los países en proceso de desarrollo necesitan, en primer lugar, asignar valores más realistas al capital, el trabajo y las divisas. Esos países son generalmente ricos en mano de obra y pobres en capital, y sin embargo muchos han adoptado políticas que alientan el desperdicio del capital, ya escaso, en vez de usar eficazmente la mano de obra ociosa. Así se han depreciado muchas veces las divisas extranjeras, resultando que se importó a precios artificialmente bajos equipo que desplaza la mano de obra. Al mismo tiempo, a los productores de casi todos los países en desarrollo les es más fácil obtener préstamos para comprar equipo (muchas veces con tipos de interés subsidiados) que para emplear trabajadores disponibles en su localidad. Restringir las importaciones para proteger industrias que sustituyan a aquéllas, sirve frecuentemente para producir situaciones casi monopolísticas, donde se favorece la transferencia global de tecnología extranjera sin exigir una adaptación al costo más bajo de la mano de obra en los países en desarrollo. Esos sistemas artificiales de fijación de precios y esas series de medidas de control han servido, generalmente, para beneficiar al pequeño grupo de los productores más importantes y a los trabajadores industriales especializados, a expensas de los productores más modestos y de la creación de nuevos empleos.

Muchos países en vías de desarrollo también han pasado por alto, en gran parte, las posibilidades de incrementar la producción agrícola asegurando la participación de agricultores modestos y de la industria en pequeña escala, mientras favorecían el desarrollo de las grandes fábricas, la construcción de carreteras, puertos y grandes centros urbanos. Eso es ineficiente e injusto a la vez para los países en desarrollo, puesto que la mayoría de su población vive en aldeas y en ciudades pequeñas, y seguirán viviendo en ellas por lo menos durante la próxima generación. Sin embargo, el fomento de la productividad rural y urbana de las ciudades pequeñas, y el mejoramiento de las condiciones de vida, podrían lograr que hubiese más alimentos; que menguara la emigración de gente sin empleo a las ciudades; que hubiera un mercado de masas para los artículos fabricados con mucha mano de obra, como son las herramientas manuales, productos textiles y zapatos, al aumentar el poder adquisitivo de la mayoría pobre; y crear gran número de empleos no agrícolas en las industrias basadas en el empleo intensivo de la mano de obra, montadas en poblaciones pequeñas.

Afortunadamente hay pruebas cada vez más claras de que, con políticas cuidadosamente proyectadas para aumentar los ingresos del sector más pobre de la población, aumentando su capacidad de participar en el proceso del desarrollo, se puede acelerar en realidad, y no estorbar, el crecimiento económico. Esas políticas no sólo piden favorecer el uso de la abundante mano de obra para suplir la tierra y el equipo siempre escasos, sino también procurar incentivos para fomentar el ahorro, fundar o respaldar instituciones que den a los campesinos y a los modestos hombres de empresa acceso fácil al capital y a la tecnología, y asegurar que esté al alcance de todos una educación rudimentaria, pero dotada de sentido, así como servicios médicos virtualmente para todos los ciudadanos.

Con esas políticas algunos países han convertido la justicia social en aliado principal del crecimiento, poniendo los recursos de mano de obra ociosa a trabajar efectivamente y a hacer un uso más eficiente del capital y de las divisas con que cuentan.

El papel de los ahorros nos da un buen ejemplo. Durante mucho tiempo ha sido premisa de casi todos los economistas que el ahorro de la gente pobre se acumula muy lentamente porque gasta cualquier ingreso adicional en bienes de consumo y en servicios. Por tanto, en la mayoría de los países con población de bajos ingresos, las políticas gubernamentales destinadas a aumentar los ahorros y la inversión—requisito previo e indispensable para el progreso económico—se han dirigido, por regla general, a los grupos de ingresos más altos y a las empresas mayores.

Pero ahora estamos aprendiendo otra lección de lo que ocurre con los ahorros de los obreros urbanos y de los pequeños agricultores en muchos países desarrollados y en desarrollo. Los índices del ahorro y la productividad de los pobres pueden ser muy altos cuando aumentan los ingresos, si poseen o alquilan su propio equipo productivo, y si los gobiernos alientan su participación en el desarrollo con una red de instituciones y con incentivos económicos.

Beneficios Sociales y Productividad

En Singapur, por ejemplo, hay un plan ingenioso y popular mediante el cual el obrero y el patrono, por igual, contribuyen con una suma equivalente al 15 por ciento del salario del trabajador para formar un fondo con el cual se financia el pago inicial de la vivienda del obrero y los plazos siguientes de la hipoteca. Los beneficios de esos ahorros no quedan diferidos hasta una fecha remota de jubilación. Con sistemas como éste, que se financian en gran parte a sí mismo, la mayoría de los antiguos residentes de las barriadas de Singapur han mejorado en forma espectacular sus condiciones de vida durante los 10 años últimos. Al mismo tiempo, en Japón, Egipto, Corea del Sur, Formosa y Yugoslavia, los campesinos modestos—que lograron rendimientos extraordinarios por hectárea cultivada en granjas que miden en promedio una hectárea, poco más o menos, con la ayuda del crédito y el

consejo técnico de eficaces asociaciones de agricultores—demostraron que pueden procurar buena parte de los ahorros para el desarrollo.

Hay un efecto beneficioso parecido sobre la productividad y el empleo por hectárea cuando el agricultor modesto tiene acceso efectivo al crédito, a los servicios médicos y de mercadeo, la tecnología y la educación. Hemos oído muchas veces que la granja pequeña es "ineficiente" y "menos productiva" por hectárea que las grandes fincas. Eso no tiene que ser forzosamente cierto. En países como Egipto, Corea del Sur, Formosa y en zonas de Sri Lanka y la India donde los agricultores en pequeño tienen también acceso al crédito y otros servicios que en la mayoría de los países restantes sólo están a disposición de grandes agricultores, los productores en pequeño demuestran una gran capacidad de emplear la tecnología y el trabajo en su escasa tierra, en forma complementaria, más que sustitutiva. También estamos aprendiendo que, en igualdad de circunstancias, las explotaciones agrícolas pequeñas son más productivas por hectárea que las grandes, porque el agricultor modesto dedica más horas y cuidados a sacar el máximo de producción de su limitada hacienda—nivelando cuidadosamente la tierra, arrancando las malas hierbas, fumigando, etcétera—, de lo que sería económicamente factible para el gran productor. Así, incluso en la India, el rendimiento promedio de las granjas de menos de dos hectáreas es casi un 50 por ciento mayor que el de las granjas con más de 20 hectáreas. En Formosa, donde los agricultores en pequeño tienen buen acceso a los servicios requeridos, las granjas con menos de una hectárea obtienen rendimientos más altos por superficie, que las haciendas con área superior a dos hectáreas.

Contrariamente a lo que se suele creer, la agricultura de fincas pequeñas, que usa mucha mano de obra, se puede beneficiar de la mecanización si emplea máquinas que aumenten la productividad y que complementen, sin sustituirlo, el esfuerzo humano: por ejemplo, sembradoras, cultivadoras rotatorias y bombas pequeñas de riego. Además, en grandes zonas de las regiones tropicales y semi-tropicales son técnicamente posibles las dobles y triples cosechas en las fincas pequeñas con la mecanización conveniente.

La agricultura tradicional o ligeramente modernizada es ahora labor de tiempo parcial: según varias encuestas llevadas a cabo, los agricultores de los sistemas agrícolas poco productivos trabajan 1.000 horas al año o menos (frente a las 2.000 horas que se trabajan en los Estados Unidos durante el año normal). Sin embargo, en Egipto y en las naciones del nordeste asiático antes citadas, en los últimos años los granjeros han estado aumentando su tiempo de trabajo, a 2.000 o 3.000 horas anuales.

Acceso al Crédito y las Máquinas

Ahora estamos empezando a reconocer que la diferencia básica entre los países, por lo que respecta a productividad y predominio de mano de obra, no es cuestión, fundamentalmente, de sus actitudes culturales ante el tra-

bajo, sino que depende de que los campesinos tengan o no tengan acceso a los sistemas de apoyo que necesitan. En los pocos países y regiones donde los agricultores modestos tienen ese acceso, la agricultura es labor de tiempo completo. Quizá la demostración más brillante de lo anterior se pueda encontrar en Formosa. Entre 1911 y 1965 la producción agrícola total se cuadruplicó en aquella isla, a pesar de que la presión demográfica redujo a la mitad el tamaño medio de las granjas, que ahora es de una hectárea. El aumento de la producción se logró mediante el uso del riego, variedades nuevas de semilla, maquinaria sencilla y patrones diversificados de cosechas (incluyendo verduras, frutas y ganado). Durante ese período de 54 años, el monto total del trabajo agrícola se duplicó. El número de peones agrícolas aumentó el 50 por ciento, y el de días de trabajo por cada persona aumentó una tercera parte. El producto agrícola por trabajador subió también 250 por ciento durante ese lapso, de modo que mejoraron notablemente la productividad y los ingresos de una fuerza de trabajo cada vez más numerosa.

El campesino común del nordeste de Asia (Formosa, Corea, Japón) es ahora mucho más productivo por hectárea que su homólogo en la India o en el Punjab paquistano, sobre todo porque el sistema entero de apoyo (instituciones de crédito y mercadeo, extensión agrícola, tecnología agronómica y servicios profusos en el campo médico y en la educación) está orientado a servir al agricultor *modesto*. Los sistemas del Punjab, en cambio, se han dispuesto para prestar apoyo eficaz a las grandes explotaciones agrícolas. En consecuencia, en esos países sudasiáticos, en que predominan por mayoría los pequeños granjeros, muchas veces analfabetas y en mal estado de salud, no tienen acceso adecuado al crédito ni a la tecnología apropiada, y son mucho menos productivos de lo que podrían ser. Sus granjas, de tamaño pequeño, se suelen describir como "ineficientes", pero la falta está realmente en el sistema, y no en el agricultor ni en el tamaño de su hacienda. Esta opinión se confirmó en el transcurso del decenio de 1960, cuando se pusieron al alcance de los pequeños agricultores del centro de la antigua Ceilán ciertos sistemas de apoyo efectivo. Aumentaron los rendimientos por hectárea y la intensidad en el uso de mano de obra, como ocurrió en los del nordeste de Asia.

Tecnología Apropiada para la Industria

En algunas industrias (por ejemplo, las del acero y los fertilizantes), la tecnología más moderna usada en Occidente puede ser también la más eficaz para los países pobres, sea cual fuere la diferencia en la estructura de los precios relativos de los recursos. Una moderna acería produce acero de mejor calidad y mucho más barato que los hornos primitivos de fundición. Así, durante el Gran Salto Adelante, China resolvió crear empleos usando tecnologías en pequeña escala en la industria del acero, y encontró que constituían una costosa sangría de recursos.

Sin embargo, hay muchas industrias (como las que surten de bienes de

consumo no duradero, o las que se dedican a la elaboración, la construcción y la agricultura) que pueden elegir entre una serie de tecnologías eficientes. Si el precio del capital es alto en relación con el de la mano de obra, los hombres de empresa pueden usar más ésta y menos máquinas para lograr un producto igualmente bueno con un costo menor que si utilizaran una tecnología avanzada. Un ejemplo sencillo es el de abrir una zanja. Supongamos que una explanadora puede hacer la misma labor que 120 hombres con palas y picos. Si, dentro de la estructura típica de precios, la explanadora y su conductor se pueden alquilar por 100 dólares al día, mientras que el salario de un hombre con una pala es un dólar diario, evidentemente resultaría más barato contratar la máquina. Pero en cambio, si el precio del capital aumentara un 25 por ciento, y el costo del alquiler diario de la explanadora subiera, por tanto, a 125 dólares, resultaría más conveniente para el contratista emplear los 120 hombres.

En la práctica casi todas las decisiones de tecnología industrial son mucho más complicadas de lo que indica este ejemplo simplificado, pero se pueden aplicar consideraciones semejantes. Así tenemos la industria de los productos del caucho en Asia. Los que se producen en Corea y en Formosa son tan buenos y tan lucrativos como los de la India, y proporcionan casi el doble de empleos por cada cantidad de inversión destinada a la industria, puesto que la maquinaria usada es más adaptable y su manejo requiere más mano de obra.

Pero, ¿de dónde vendrán las tecnologías "apropiadas"? En algunos casos se podrá adaptar la maquinaria occidental, como han hecho, con tanto acierto, en el nordeste de Asia. También puede ser necesario experimentar con tecnologías completamente nuevas, desarrolladas especialmente para las condiciones de los países con bajos ingresos. Eso es lo que están intentando los chinos en muchos campos, y el Instituto Internacional de Investigación del Arroz, con sede en Filipinas, para el cultivo y la elaboración de esta gramínea. Pero habría que insistir en que es muy poca la investigación que se hace en este terreno, y en que sólo unas cuantas instituciones consagran sus esfuerzos a descubrir tecnologías apropiadas para determinadas industrias. Aproximadamente el 98 por ciento de los fondos para investigación y desarrollo se gasta en las naciones ricas. Urge ampliar la investigación para adaptar la tecnología industrial a los países en desarrollo.

Ayuda al Sector Rural

En especial, muchos países pobres necesitan encontrar medios para aumentar el producto del sector rural y para usar con mayor eficacia a sus pequeños productores y a la gran cantidad de trabajadores subocupados de que disponen. Aunque la agricultura proporciona la mayor parte de los empleos y de los ingresos de la gente en las zonas rurales de los países en desarrollo, puede haber muchas oportunidades de empleo en los mercados de las villas y las ciudades pequeñas, especialmente si existe un sector

agrícola dinámico. La agricultura moderna requiere insumos mucho mayores de semillas, aperos, fertilizantes y créditos. La provisión y distribución de esos ingredientes o insumos creará empleos locales. El creciente flujo de productos agrícolas se deberá procesar, transportar y vender; esas actividades también generan más empleos. Y, por fin, los ingresos mayores que reciben los granjeros—sobre todo los parvifundistas—se gastan primariamente en bienes y servicios que se pueden producir en pequeñas empresas que usan técnicas de producción con abundante mano de obra y menos mamateriales y repuestos importados.

Gran parte de la actividad asociada con la agricultura se localizará en ciudades más pequeñas, sobre todo si se puede disponer de agua, electricidad y créditos. En el Punjab paquistano, por ejemplo, la población de Dasca ha crecido para constituir un centro de manufactura de sencillos motores diésel para pozos y molinos de granos. Hay ahora más de 100 fábricas pequeñas que producen esos motores, casi todos con materiales obtenidos en la localidad. Esas fábricas emplean a más de 1.000 obreros, todos los cuales se han adiestrado en las fábricas locales. Estas industrias pequeñas y medianas pueden formar los núcleos de un sistema de crecimiento rural que también puede ayudar a aumentar el nivel del empleo y la demanda de alimentos. El énfasis dado inicialmente al desarrollo rural en Formosa explica en parte por qué está situada en el campo una proporción tan grande de su industria. En los primeros años del decenio de 1960, Formosa sólo tenía el 34 por ciento de sus empleos industriales en la capital y en las ciudades regionales, donde vivía el 22 por ciento de su población total. En circunstancias comparables *groso modo,* Colombia tenía 75 por ciento de sus empleos industriales en las ciudades principales del país.

Necesidad de Empresas Pequeñas

Desgraciadamente, la situación de la industria en pequeña escala de la mayoría de los países que se están desarrollando es semejante a la de la agricultura. La industria en gran escala recibe casi siempre todo el apoyo. Es dogma tanto de la economía clásica como de la socialista, que los negocios pequeños son menos eficientes que la gran industria, y que desaparecerán poco a poco. Sin embargo, los estudios que se hicieron en la India, Paquistán, Indonesia, Formosa, Egipto, Chile, México, Colombia, Ghana y Etiopía demuestran que las unidades de empresas modestas son, con frecuencia, más productivas que las grandes, por lo menos en las primeras etapas del desarrollo. Por ejemplo, un estudio llevado a cabo en Formosa, en que se comparaban las industrias pequeñas con inversión menor de 35.000 dólares, y las que tienen inversión por encima de los 25 millones de dólares, mostró que cada dólar invertido de más en las plantas menores, engendraba casi el doble de producción que las inversiones adicionales en las empresas mayores, y que la parte que corresponde a la mano de obra en los ingresos de las fábricas pequeñas, era doble que en las fábricas grandes.

Crear las condiciones para que los empresarios modestos tengan acceso a las ciudades comerciales y a las poblaciones pequeñas, puede también llevar a la actividad económica nacional cientos de millares de nuevos negociantes, que, igual que los agricultores modestos, están excluidos hoy de la participación en el desarrollo. Las industrias pequeñas podrían economizar conocimientos administrativos (difíciles de encontrar), porque su administración es sencilla y directa. Al mismo tiempo dan oportunidad para que un número mayor de hombres de empresa adquieran lo que más necesitan los países: experiencia y habilidad en la administración en todos los niveles de la economía y en todas las clases de la sociedad.

Obras Públicas y Servicios Sociales

Algunos países en desarrollo, muy especialmente Brasil, Corea, la India, Bangladesh, Indonesia, Marruecos y Túnez, trataron de absorber parte de sus trabajadores sin empleo en programas de obras públicas. Si se usa la mano de obra de esos programas para construir canales, presas y casas, podrá ayudar a la forja de una infraestructura esencial para la regeneración del sector agrícola, que, a su vez, puede procurar oportunidades de empleo a más largo plazo en las industrias agrícolas intensificadas, y en otras similares. Probablemente esos proyectos serán mucho más lucrativos si se acoplan con el aumento de la productividad en el campo. Los rendimientos de la inversión en carreteras que van de las explotaciones agrícolas a los mercados y en obras pequeñas de riego, son muy elevados cuando permiten a los agricultores utilizar las nuevas tecnologías de su ramo. Al mismo tiempo los salarios que se pagan a los trabajadores en esos programas se gastan, en gran parte, para adquirir alimentos y otros artículos esenciales, lo cual estimula a su vez la demanda de esos productos y el empleo.

Sobre todo, no puede haber solución a largo plazo de los problemas de los países en desarrollo si no se refrena el crecimiento demográfico. A la inversa, no es posible detener el rápido crecimiento de la población en la mayoría de los países en desarrollo sin mejorar sustancialmente el bienestar de la mayoría de sus habitantes. Sabemos ahora que, cuando se puede disponer de mejores servicios médicos, mejores viviendas, empleos y posibilidades de subir de nivel de vida, empiezan a cambiar rápidamente las viejas actitudes favorables a procrear familias numerosas. A juzgar por lo que ha ocurrido en sociedades tan diferentes como China, Barbados, Sri Lanka, Singapur, Uruguay, el Punjab, Formosa y Corea del Sur, se observa—y es alentador—que la natalidad declina acusadamente en algunas zonas antes de introducir programas de planeamiento familiar en gran escala. . . y con niveles de ingreso muy inferiores a los de Occidente. El examen preliminar de esos casos revelan un factor común. En todos esos países la población, en conjunto, compartió los beneficios económicos y sociales del progreso, en un grado mucho más alto que en la mayoría de los países que están en desarrollo.

Así, pruebas recientes nos hace pensar que es necesario unir un programa de crecimiento más equitativo a los programas de planeamiento familiar si queremos lograr la estabilización demográfica. Las políticas de población no bastan por sí mismas. Hay una relación inversa entre el PNB por habitante y la natalidad: cuanto más altos los ingresos, más bajo el número proporcional de nacimientos. Hay excepciones, pero se pueden explicar por una disparidad sumamente marcada de ingresos y por la existencia de una población muy numerosa que vive en extrema pobreza.

Desarrollo Significa Reforma

En muchos países, adoptar las políticas delineadas aquí requerirá cambios importantes en la forma del ejercicio del poder. Esos cambios no serán fáciles. En cualquier país, los intereses creados se oponen, como es natural, a las reformas que tratan de quitarles gran parte de ese poder. Los programas de reforma agraria efectiva imponen el traspaso del poder del terrateniente al que trabaja la tierra. Los sistemas de sanidad baratos y eficaces que lleguen a toda la población requieren cambios en la actitud profesional de los médicos y en sus normas, para que se pueda propagar el uso menos costoso pero también menos calificado del personal paramédico. Los sindicatos deben ser más modestos en sus peticiones de aumentos de salarios, a fin de no alentar el uso de maquinaria que ahorra mano de obra. Así también, tanto en los países con ingresos bajos como en los que tienen altos ingresos, las industrias ineficientes deberán desaparecer en forma gradual en bien de los beneficios a largo plazo de un comercio más libre.

¿Cómo se podrán introducir los cambios que se necesitan? Algunos—como son los tipos de interés y de cambio más realistas, los sistemas de salud pública destinados a la mayoría de la población y no sólo a unos pocos, y el fomento de los mecanismos de crédito para los productores en pequeño—son relativamente fáciles de introducir una vez que el gobierno comprenda los problemas. De ahí la gran importancia que tiene lo que el Senador Humphrey describió como "verdadera revolución intelectual".

Sentimiento de crisis, he ahí el factor determinante para generar un clima de cambio que obligue a los gobiernos a obrar: los costos políticos de la inacción tienen que parecer más altos que el costo de la acción misma. Así, las graves escaseces de alimentos que se sufrieron en el sur de Asia mediado el decenio de 1960 explican, en parte, los cambios políticos que se introdujeron entonces en la India y en Paquistán y que hicieron posible la Revolución Verde. La falta de esa sensación de crisis, por otra parte, ayuda a explicar por qué esos cambios no se han impuesto ya en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas. Las reformas principales de Singapur, por ejemplo, resultaron mucho más fáciles por el sentimiento de urgencia que despertaron las grandes crisis de los ocho años anteriores: la separación de Malasia y la pérdida del mercado malayo; el enfrentamiento económico con Indonesia; y la inesperada retirada de los ingleses. Y en la experiencia norteamericana,

también, las reformas del *New Deal* fueron consecuencia directa de la Gran Depresión.

¿Qué Papel Corresponde a los "Extraños"?

La iniciativa del cambio y el desarrollo radica en los países mismos que están en proceso de desarrollo. La reforma estructural y la adopción de sistemas y tecnologías locales que sean apropiados dependerán de decisiones internas. Pero en muchos casos los extraños pueden desempeñar funciones útiles.

- Pueden ayudar a los dirigentes políticos y al público a identificar un problema mundial. Hace poco, los estudiosos y dirigentes del desarrollo llamaron la atención hacia las deficiencias de muchas de las actuales estrategias que se aplican para lograr el desarrollo. Sus credenciales profesionales ayudaron también a que en muchos países se discutan más abiertamente los problemas y sus posibles soluciones, sin que se les tilde de radicalismo irresponsable.
- Los extraños pueden ayudar a buscar nuevas técnicas, como hicieron, por ejemplo, las fundaciones Rockefeller y Ford al desarrollar las nuevas semillas de gran rendimiento y los equipos multidisciplinarios organizados por la Oficina Internacional del Trabajo para tratar el tema del empleo, y enviados a países tales como Colombia y Sri Lanka.
- Cuando un país en desarrollo está dispuesto a obrar, los ya desarrollados pueden prestar ayuda. La reciente reestructuración del programa norteamericano de asistencia bilateral para el desarrollo y del Banco Mundial, deberá aumentar significativamente las capacidades de ambos programas a este respecto.
- Por último, es necesario que aumente mucho la corriente general de recursos de los países ricos a los pobres, para ayudar a estos últimos a conseguir índices más altos de crecimiento. Aunque es claro ahora que el solo crecimiento económico no resolverá los problemas de los países con bajos ingresos, tampoco se resolverán esos problemas sin que se consigan índices de crecimiento económico más altos. Dicho simplemente, índices más altos de crecimiento facilitan que un gobierno resuelto lleve a cabo las reformas necesarias sin grandes violencias o sin autoritarismo extremado, y que esas reformas se introduzcan con éxito. Y el logro de índices más elevados de crecimiento requiere más maquinaria, materias primas y conocimientos técnicos, todo lo cual a su vez requiere divisas. Así, no es accidental que la mayoría de los "éxitos" del desarrollo citados en este artículo tuvieran efecto en países que disponían ampliamente de la ayuda, el comercio y la inversión exteriores.

Muchos países en desarrollo pueden adquirir divisas adicionales si adoptan políticas económicas más orientadas hácia afuera. Pero el ambiente económico internacional es muchas veces tan poco afín a su desarrollo como el

ambiente nacional de muchos países lo es para la mayoría pobre de su población. Las políticas de las naciones desarrolladas y la estructura de las instituciones internacionales discriminan con frecuencia, y a menudo inadvertidamente, a los países pobres, tanto en el comercio como en los financiamientos. Tiene que haber cambios importantes en las relaciones de los países ricos con los pobres, para que tengamos el necesario aumento en la transferencia de recursos durante el decenio que empezó en 1970. Las otras fuentes de divisas tienen que venir del comercio, la inversión, la ayuda y quizá también de algunas fuentes nuevas y globales como son las materias primas de los lechos marinos y las divisas que el Fondo Monetario Internacional pone a disposición de los países con sus "derechos especiales de giro".

Hemos visto que la distribución del ingreso, el bienestar e incluso las políticas de población no se pueden divorciar de las de crecimiento. Es más, cuando la producción nacional se organiza de forma que deje sin empleo o en desventaja de otro tipo a un sector bastante grande de la población, será muy difícil redistribuir los ingresos a los que no participan efectivamente en el proceso de la producción. Las influencias mutuas de los sistemas económico y político son tales, que los favorecidos por el sistema económico se resisten a participar en una redistribución en gran escala, y la mecánica efectiva de esa redistribución suele ser difícil. Por consiguiente, es más eficaz distribuir los ingresos con justicia mayor, en primer lugar, y sobre todo mediante un sistema que produzca empleos dignos para todo el que busque trabajo.

Las reformas dentro de los países en desarrollo—así como los cambios en el comercio, la inversión y los esquemas de ayuda entre las naciones ricas y pobres—son ya más que requisitos de la justicia. Se han convertido en algo fundamental para la supervivencia política de las naciones y para el sistema económico internacional. Una mayor igualdad de oportunidades de participar, en vez del aumento de la ayuda en forma de beneficencia, es la necesidad más urgente que tienen los pobres dentro de los países, y los estados de bajos ingresos dentro de la comunidad de naciones.

¿DE QUE SIRVE LA CIENCIA?

Por Isaac Asimov

A través de los siglos, los científicos han tenido que enfrentarse a la pregunta de los legos en la materia: ¿Cuál es el uso práctico de sus teorías y descubrimientos? Es aquí donde el Profesor Asimov acude a la fascinante historia de la ciencia para respaldar la enorme, aunque no siempre inmediata utilidad de la "ciencia pura". Su artículo ha sido condensado de *The Greatest Adventure Basic Research That Shapes Our Lives* (La más Grande Aventura: Investigación Básica que Regula Nuestras Vidas), compilado por Eugene H. Kone y Helene J. Jordan.

Isaac Asimov es profesor de Bioquímica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Boston y escritor fecundo tanto de temas científicos propiamente dichos como de ciencia ficción. Ha publicado más de 100 volúmenes, incluyendo *Las Fuentes de la Vida* (México, Editorial Limusa-Wiley, S.A.); *El Reino de los Números* (México, Editorial Diana).

El destino del científico es enfrentarse a la constante demanda de que demuestre que sus conocimientos tienen algún "uso práctico". Sin embargo, la existencia de tal "uso práctico" puede no tener ningún interés para él; puede sentir que su propia recompensa es el deleite de aprender, de entender, de investigar el universo. En ese caso, incluso hasta puede permitirse asimismo el privilegio de menospreciar a quien pida más.

Hay una historia famosa de un estudiante que (hacia el año 370 A.C.) preguntó al filósofo griego Platón de qué servían los abstractos y elaborados teoremas que le estaban enseñando. Inmediatamente Platón ordenó a un esclavo que le diera una monedita para que no pensara el estudiante que había adquirido conocimientos por nada, después lo echó de la escuela.

El estudiante no debió haber preguntado, ni Platón debió haberlo despreciado. ¿Dudaríamos hoy en día de la utilidad de las matemáticas? Los teoremas matemáticos que parecen intolerablemente sutiles y remotos de todo lo que pueda interesar a un hombre sensible, resultan ser absolutamente necesarios en sectores tan altamente esenciales de nuestra vida moderna como lo son, por ejemplo, la red telefónica que une al mundo.

Copyright © 1974 por The Rockefeller University Press.

La historia de Platón, famosa desde hace 2.000 años, no ha facilitado los hechos a la mayoría de la gente. A menos que la aplicación de un nuevo descubrimiento sea clara y presente, la mayoría dudamos de su valor. La historia del científico inglés Michael Faraday ilustra este punto.

En su época, Faraday era un conferenciante de enorme popularidad, así como un físico y químico de primera categoría. En una de sus conferencias en la década de 1840, ilustró el comportamiento peculiar de un imán conectado a una espiral de alambre que estaba conectada, a su vez, a un galvanómetro que registraría la presencia de una corriente eléctrica. Para empezar, en el alambre no había corriente, pero cuando el imán se introducía en el centro hueco de la espiral, la aguja del galvanómetro se movía hacia una dirección en la escala, mostrando el paso de la corriente. Cuando se retiraba el imán de la espiral, la aguja se movía en dirección opuesta, mostrando que la corriente fluía en la otra dirección. Cuando el imán quedaba inmóvil en cualquier posición, dentro del espiral, no pasaba corriente, y por tanto la aguja no se movía.

Al final de la conferencia, uno de los oyentes se acercó a Faraday y le dijo: "Sr. Faraday, el comportamiento del imán y del alambre en espiral fue interesante, pero, ¿qué posible uso puede tener?" Faraday, cortésmente respondió: "Señor, ¿de qué sirve un niño recién nacido?"

Precisamente este fenómeno, cuya utilidad puso dogmáticamente en tela de juicio ese oyente, fue el que Faraday empleó para construir el generador eléctrico con el cual se pudo por primera vez producir electricidad barata y en cantidad. Esto, a su vez, hizo posible desarrollar la tecnología electrificada que hoy nos rodea, y sin la cual, en el sentido moderno, la vida sería inconcebible. La demostración de Faraday era un bebé recién nacido que creció hasta convertirse en un gigante.

Edison y la Ciencia "Pura"

Ni el más perspicaz de los hombres puede siempre juzgar lo que es útil y lo que no lo es. Nunca hubo un hombre tan ingeniosamente práctico en juzgar lo útil como Thomas Alva Edison, con seguridad el mayor inventor de todos los tiempos, y podemos tomarlo como ejemplo.

En 1868 patentó su primer invento. Se trataba de un artefacto para registrar los votos mecánicamente, que los miembros del congreso ponían a funcionar apretando un botón con lo cual todos sus votos se registraban y sumaban instantáneamente. No había duda de que el invento funcionaba bien; sólo faltaba venderlo. Sin embargo, un congresista a quien Edison consultó, le dijo entre divertido y horrorizado, que no había oportunidad de que se aceptara el aparato a pesar de que podía funcionar infaliblemente, y que una votación lenta era a veces una necesidad política. Algunos miembros del Congreso podían cambiar de opinión durante el curso de una votación lenta, mientras que en un momento de emoción, una elección rápida podía comprometer al Congreso a algo que no le conviniera.

Desilusionado, Edison aprendió la lección. Después de eso, decidió no inventar nada más, sólo porque el artefacto funcionara, a menos que estuviese seguro que iba a ser útil.

Perseveró en la idea, y antes de su muerte había obtenido cerca de 1.300 patentes: 300 de ellas en cuatro años, es decir, un promedio de una cada cinco días. Siempre se guiaba por su noción de lo que era útil y práctico. El 21 de octubre de 1879 sacó a la luz la primera bombilla eléctrica práctica, probablemente el más asombroso de todos sus inventos. (Para darnos cuenta de lo mucho que apreciamos la luz eléctrica y lo natural que nos parece, sólo necesitamos estar sentados un momento junto a una vela encendida durante un apagón.)

En años siguientes, Edison se esforzó en mejorar la luz eléctrica y, especialmente, en encontrar la forma de prolongar la duración del filamento luminoso. Como solía hacer, intentó todo lo que se le ocurrió. Uno de sus tanteos consistió en sellar un alambre metálico dentro de una bombilla eléctrica al vacío y cerca del filamento, pero sin tocarlo. Ambos separados por un pequeño espacio vacío.

Luego conectó la corriente eléctrica para ver si el alambre metálico prolongaba de alguna forma la duración del filamento. No fue así y abandonó el invento. Sin embargo, no pudo dejar de observar que la corriente eléctrica pasaba del filamento al alambre a través del vacío.

Edison no pudo explicarse este fenómeno a pesar de su vasto y práctico conocimiento de la electricidad; todo lo que pudo hacer fue observarlo y apuntarlo en su cuaderno de notas, y en 1884 lo patentó. El fenómeno, llamado "efecto de Edison", fue el único descubrimiento del inventor en el campo de la ciencia pura. Sin embargo, como no le vio utilidad práctica, no siguió adelante con él y lo abandonó, al mismo tiempo que continuaba tras lo que él consideraba útil y práctico.

El "Inútil" Camino Hacia la Electrónica Moderna

Sin embargo, desde 1880 hasta fines de siglo, los científicos que buscaban conocimientos "inútiles" por mero placer, descubrieron la existencia de partículas subatómicas (más tarde llamadas "electrones"), y que la corriente eléctrica iba acompañada de un flujo de ellas. El efecto de Edison era el resultado de la capacidad de los electrones para atravesar sin impedimento un vacío, en ciertas condiciones.

En 1904, John Ambrose Fleming, ingeniero electricista inglés (quien en la década de 1880 había trabajado en el despacho de Edison, en Londres, en el desarrollo de la industria de la luz eléctrica), empleó el efecto de Edison y la nueva teoría del electrón. Inventó una bombilla al vacío con un filamento y un alambre que permitían el paso de la corriente en una sola dirección. El resultado fue un "rectificador" de corriente.

En 1906, el inventor americano Lee De Forest modernizó el invento de Fleming, introduciendo un disco de metal que le permitía tanto amplificar la

corriente como rectificarla. Al artefacto se le llamó "válvula para radio" porque era el único invento que podía tratar una corriente eléctrica con la suficiente rapidez y delicadeza para hacer del radio un instrumento práctico que recibía y trasmitía el sonido transportado por las ondas de radio de amplitud variable.

De hecho, la válvula permitió la invención de nuestro moderno equipo electrónico, incluyendo la televisión.

Por consiguiente, el "efecto de Edison", que el práctico inventor calificó de interesante pero inservible, resultó tener resultados más sorprendentes que cualquier otro de sus prácticos descubrimientos. En realidad, la dificultad no estriba en demostrar que la ciencia pura puede ser útil. Es mucho más difícil encontrar alguna rama de la ciencia que *no* lo sea. Por ejemplo, entre 1900 y 1930, la física teórica pasó por una verdadera revolución. La teoría de la relatividad y el desarrollo de la mecánica cuántica condujeron a una nueva y más sutil comprensión de las leyes básicas del universo y del comportamiento de los compuestos intrínsecos del átomo.

Nada de esto parecía tener el más mínimo valor práctico para la humanidad, y los científicos metidos en ello—un brillante grupo de jóvenes—al parecer se habían encerrado en su torre de marfil, de la cual nada podía sacarlos. Los que sobrevivieron a décadas posteriores volvieron su mirada hacia aquellos tiempos de abstracción e inutilidad como hacia un Jardín del Edén, del cual habían sido expulsados. Como consecuencia de ese trabajo abstracto surgió inesperadamente la bomba atómica y el mundo vive ahora aterrorizado ante una posible guerra que podría destruir en un día a la humanidad.

Pero la investigación pura no solo causó terror. Ella nos trajo también los isótopos radiactivos, que han permitido explorar la actividad de los tejidos vivos con una precisión imposible de alcanzar por otros medios, y ha puesto a nuestro alcance descubrimientos que han revolucionado la medicina de mil maneras. También existen centrales de energía nuclear que pueden ofrecer al hombre la gran esperanza de obtener energía suficiente durante toda su existencia sobre la Tierra.

Se deduce, pues, que no hay nada más práctico ni más importante para el hombre común, para bien o para mal, que las investigaciones de esos jóvenes que, a principios de siglo, se encerraron en su torre de marfil y que estaban satisfechos con la inutilidad de sus investigaciones, porque lo único que querían era gozarse en el conocimiento por el conocimiento.

Consecuencias Impredecibles

La cuestión es que no podemos prever las consecuencias en detalle. Platón, al demostrar los teoremas geométricos, no se imaginó una sociedad computarizada. Faraday sabía que su corriente eléctrica inducida por un imán era algo completamente nuevo, pero desde luego no vislumbró nuestra tecnología electrificada. Edison, ciertamente que tampoco imaginó un apa-

rato de televisión, al descubrir que la corriente eléctrica atravesaba un espacio vacío, y Einstein, cuando en 1905 formuló la ecuación $e=mc^2$, por consideraciones puramente teóricas, no previó la nube en forma de hongo de las bombas atómicas.

Como regla general, sólo podemos decir que, a través de la historia, una comprensión cada vez mayor del universo (aunque sea una chispa aislada de conocimiento nuevo por marginal, extraño, etéreo, abstracto e inútil que parezca) tiene siempre al final una aplicación práctica, aun cuando, a veces, sólo sea indirectamente.

La aplicación no puede predecirse, pero sí podemos estar seguros de que tendrá algunos aspectos beneficiosos, y otros que no lo son. El descubrimiento de la teoría de los gérmenes de la enfermedad que logró Luis Pasteur en la década de 1860, fue el mayor avance individual hecho jamás en la medicina, que salvaría a millones de vidas humanas. ¿Quién puede argumentar contra eso? Y sin embargo también ha contribuido en gran medida a la peligrosa explosión demográfica de nuestros días.

Le está reservado al discernimiento humano tomar las decisiones mediante las cuales el avance del conocimiento pueda utilizarse adecuadamente, pero jamás ese discernimiento mejorará la suerte material del hombre, a menos que el progreso del saber le dé los elementos sobre los cuales pueda ejercer esas decisiones. Y cuando, a pesar de tomar las decisiones más prudentes, surgen peligrosos efectos secundarios del nuevo conocimiento, solamente podrán corregir esos males más conocimientos nuevos.

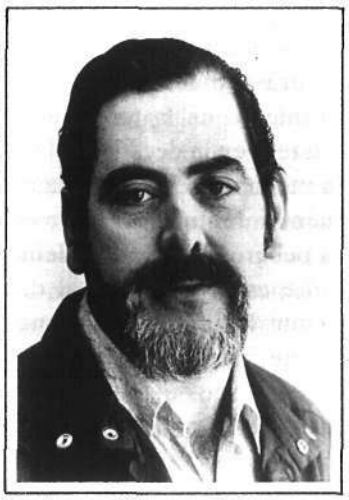
Ahora nos encontramos en los últimos decenios del siglo XX, y la ciencia avanza más rápidamente que nunca en todos los aspectos y, muchas veces, de forma aparentemente inútil. Hemos descubierto los cuasares y pulsares en los espacios remotos. ¿De qué le sirven al hombre común? Los astronautas han traído rocas de la Luna a un costo enorme. ¿Y qué? Los científicos descubren nuevos compuestos, desarrollan nuevas teorías, formulan nuevas complejidades matemáticas. ¿Para qué? ¿Qué ofrecen al hombre?

Nadie lo sabe ahora. Como no lo sabían Platón en su tiempo, ni Faraday, ni Einstein, ni Edison. Pero *el lector* lo sabrá si vive lo suficiente; y si no, lo sabrán sus hijos, o sus nietos; entonces se reirán de aquellos que digan "pero, ¿de qué sirve mandar cohetes al espacio?"; como ahora nos reímos de la persona que preguntó a Faraday de que servía su experimento.

En realidad, a menos que continuemos recopilando conocimientos científicos, tanto si nos parecen útiles o no en este momento, nos hundiremos bajo nuestros problemas y no encontraremos ninguna salida. La ciencia de hoy es la solución del mañana . . . y también el problema del mañana.

VISION DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA DESDE LOS ESTADOS UNIDOS

Por Luis A. Díez



Casi totalmente desconocida hace 25 años, la literatura latinoamericana es hoy objeto de extensos comentarios y entusiastas loas—a más de ejercer influencia estilística—en los Estados Unidos. Una de las razones de este "auge" es, sin lugar a dudas, la atrevida originalidad y el éxito de escritores como Borges, Cortázar y García Márquez, en un momento en el que los norteamericanos se mostraban interesados en los escritores experimentales que, en su misma patria, se salían de los caminos trillados.

Luis Díez enseña Literatura Hispanoamericana en el Queens College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. Su libro, *Mario Vargas Llosa's Quest for a Total Novel* (Mario Vargas Llosa en Busca de la Novela Total), fue publicado en inglés, y actualmente está en preparación la edición en español. El Profesor Díez es autor de ensayos acerca de Octavio Paz y otros escritores latinoamericanos, publicados en diversas revistas y periódicos del Continente Americano, y ha dado conferencias en Perú y México.

El grueso de estas notas fue escrito en inglés para Saturday Review, *que dedicaba su número del 19 de abril de 1975 a examinar el estado de la literatura en varias partes del mundo. Al verterlas ahora al español he querido incluir algunas consideraciones sobre poesía y ensayo hispanoamericanos, géneros muy poco conocidos por el público norteamericano. Igualmente, a pedido de los editores de* Facetas, *añado unas líneas sobre literatura brasileña, menos favorecida hasta ahora por las editoriales norteñas. Quedarán inmencionados autores importantes por no haber sido todavía introducidos en versión inglesa. Los títulos aquí mencionados son de las obras originales, pero las fechas corresponden a las traducciones.*

Hace cosa de medio siglo, el desaparecido polígrafo Edmund Wilson decidió que las letras españolas eran demasiado aburridas. Desgraciadamente, no era el único en pensar así pues, como bien señalara el hispanista inglés Gerald Brenan, "la literatura española viaja poco y mal".

Hoy la situación ha cambiado radicalmente. En primer lugar, ya no se habla de literatura española sino de literaturas hispánicas, siendo la hispa-

© 1975 por Saturday Review/World. Inc.

noamericana la más conocida en los Estados Unidos. Los narradores Jorge Luis Borges, Julio Cortázar y Gabriel García Márquez; los poetas César Vallejo, Pablo Neruda y Octavio Paz figuran entre los escritores extranjeros más leídos en los países occidentales, y aun en los socialistas. En efecto, se han cambiado las tornas: son los nuevos escritores de los países más desarrollados los que parecen inspirarse en los maestros de la subdesarrollada América Latina.

En las últimas tres décadas ha habido un verdadero auge de la literatura hispanoamericana, que cierto sector de la crítica en español llama "el boom". Este horro y bastardo vocablo viene a ser sinónimo de la llamada "nueva novela" y, más específicamente, de una docena de escritores.

En su momento cenital, hacia 1968, este esplendor novelístico incluía, además de los tres narradores ya citados, los siguientes: los mexicanos Juan Rulfo (*Pedro Páramo,* 1966) y Carlos Fuentes (*Cambio de Piel,* 1968); el Nóbel guatemalteco, fallecido el año pasado, Miguel Angel Asturias (*El Papa Verde,* 1971) y el cubano Alejo Carpentier (*Los Pasos Perdidos,* 1968). Esta novela de Carpentier fue aclamada por el veterano novelista y crítico británico J. B. Priestley como "una auténtica obra de arte". El uruguayo Juan Carlos Onetti, apenas conocido durante muchos años fuera del ámbito platense, tiene sólo una novela traducida al inglés: *El Astillero* (1968). Pero ahora que empieza a romper tres décadas de descuido para ser reconocido como el auténtico maestro del grupo, varias de sus novelas irán apareciendo en los Estados Unidos.

Experimentación Estilística

En la estela de Carpentier, un número de sus compatriotas han ganado reconocimiento en experimentación estilística. *Tres Tristes Tigres* (1971) de Guillermo Infante, muestra considerable ingeniosidad verbal y un vívido ambiente cabaretero en La Habana pre-revolucionaria. De otra generación más vieja y del intemporal distrito barroco-criollo de La Habana, nos llegó el pasado año *Paradiso* de José Lezama Lima. Parafraseando al propio Lezama, se trata de una "novela wagneriana", construida sobre la búsqueda de verdades primigenias y que requiere un lector familiarizado con *La Divina Comedia,* del Dante, y el *Ulises* de James Joyce.

El hecho de que éstas y otras obras, como *El Mundo Alucinador* (1971) de Reinaldo Arenas (una novela fantasmagórica y picaresca sobre los comienzos coloniales de la Isla), no parezcan proyectar gran fervor revolucionario, es un tributo a la política cultural del castrismo, poco dado (por lo general) a exigir de sus artistas cualquier variedad de realismo socialista.

Perú, en un tiempo famoso por las novelas indianistas de Ciro Alegría, se ha incorporado también a la nueva corriente con la experimental narrativa de Mario Vargas Llosa, miembro clave de este esplendor hispanoamericano y su más ferviente propagandista. Su obra más ambiciosa hasta la fecha, *Conversación en la Catedral* (1975) ha sido recientemente objeto de desigual

acogida crítica. Vargas Llosa es, en efecto, un narrador apocalíptico aunque no en la vena caótica de los norteamericanos Thomas Pynchon o John Barth. Pese a su obsesión con herméticas estructuras, deslumbrantes técnicas unanimísticas y espectacular fragmentación dialogal, Vargas Llosa es un apasionado narrador ferozmente comprometido a revelarnos el lacerante destino de sus compatriotas, desde el indio amazónico al enajenado burgués de Lima.

Enajenación urbana es también el habitual cazadero de un joven argentino, Manuel Puig. *La Traición de Rita Hayworth* (1971), su primera novela, explora los efectos culturales del cine de Hollywood y sus glamurosas estrellas sobre los humildes provincianos argentinos, cuyas vidas serían, de otro modo, tan chatas y desoladas como la pampa que les rodea. Una segunda novela, *Boquitas Pintadas* (1973), aunque menos espontánea que la anterior, confirma la destreza con que Puig maneja los aspectos "camp" de la vida (las revistas femeninas en este caso) para ilustrar la artificialidad de lenguaje y cursilería social que pretenden pasar por refinamiento. Detrás del humor y el patetismo hay, en ambas novelas una aguda crítica del machismo platense.

Los Tres Grandes Narradores

De los tres narradores mejor conocidos en los Estados Unidos—Borges, Cortázar y García Márquez—, personalmente considero a Julio Cortázar como el más importante. Borges siempre será Borges: un escritor de escritores y miembro emérito de la literatura universal, cuya ausencia de los Premios Nóbel deja en entredicho a la Academia de Suecia. Borges ha ido reemplazando a clásicos modernos, como Kafka, cuando se hace necesario un punto de referencia para un nuevo narrador o su obra. "Ideas como *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* no se le ocurren a Jorge L. Borges todos los días" fue la mejor referencia en que podía pensar un crítico londinense al expresar su admiración por la ingeniosa obra teatral de Tom Stoppard. Y esto sucedía hace casi 10 años; desde entonces las historias de Borges han sido admiradas y leídas como algo insoslayable en la formación cultural de las nuevas generaciones occidentales.

Más recientemente, apareció en Nueva York lo que bien pudiera considerarse su última colección de relatos, *El Informe del Doctor Brodie* (1972). Su mayor simplicidad en trama y estilo se atribuyen en parte a la casi total ceguera de Borges, pero al mismo tiempo nos muestran algo que es más aparente en su poesía: cálida emoción humana.

El argentino Cortázar comparte con Borges, además de la nacionalidad, un tronco narrativo común: empezó su obra bajo influencia borgiana y cultivó por muchos años una similar preferencia por temas irreales y fantásticos. Existen, empero, notables diferencias entre ambos, y con el tiempo Cortázar llegaría a ser un estimulante y original antinovelista seriamente preocupado por la inercia del hombre actual. Su mejor novela hasta la fecha,

Rayuela (1966), se convirtió enseguida en un clásico "underground" que estableció a su traductor, Gregory Rabassa, como finísimo experto en versiones de literatura hispanoamericana y brasileña al inglés. Una novela posterior, *62: Modelo para Armar* (1972) resultó demasiado compleja para algunos críticos que optaron por el fácil enfoque de apalearla jupiterinamente. Y sin embargo esta novela, basada en alienamientos amorosos, es una ramificada ampliación del capítulo 62 de *Rayuela*.

Así como Borges es un formidable viejo arcabuz que amenaza ortodoxos conceptos del orden cósmico o del metafísico, Cortázar siempre actúa como un joven anarquista que usa terrorismo poético para dinamitar lo que él llama "la gran costumbre": rutinaria y dócil aceptación de las apariencias. Su actitud profanadora aparece siempre dispuesta a pulsar el mágico resorte que, por ejemplo, convertirá a la Reina Victoria en monstruo, mientras Jack "el destripador" se transfigura en caballero andante pugnando por destruir los dragones puritanos.

El colombiano García Márquez es quizá el único, de este grupo selecto, que ha contribuido verdaderamente a un "boom"—el de sus editores—con cerca de un millón de ejemplares de sus libros vendidos en (caso inaudito) español. Pese al éxito comercial, él es un portentoso narrador de brío rabelesiano e imaginación tropical. Lo que muchos de los críticos mostrencamente llamaron su "realismo mágico", es certera e incisivamente redefinido por su traductor, Gregory Rabassa, como "el hallazgo del Roc de Simbad o Santo Grial de los fabulistas orientales".

Por muy impresionante que esta lista de escritores pudiera parecer, no es, sin embargo, nada más que la punta del "iceberg". En puridad hay docenas de buenos narradores, jóvenes y veteranos, excluidos de este selecto círculo y sus importantes beneficios de traducciones y atención crítica. Algunos, como el ecuatoriano Aguilera Malta y el argentino Horacio Libertella verán próximamente sus nombres en las reseñas de los semanarios neoyorquinos. Pero muchos otros serán sólo admirados por un reducido sector de lectores en los países hispánicos, como por ejemplo: los mexicanos Del Paso, Manjarrez y Chacón: los colombianos Héctor Sánchez, Alvarez Gardeazábal y Gregorio Espinosa; los chilenos Carlos Droguett y A. Skarmetta; los argentinos Ernesto Sábato, H. Conti y A. Di Benedetto; los uruguayos F. Ainsa, C. Pieri Rossi y E. Galeano. . .

La Escena Brasileña

La literatura brasileña, por otra parte, ha merecido en general menos interés publicista en los Estados Unidos y las pocas obras que fueron traducidas no parecen haber suscitado gran entusiasmo de crítica y público. Esta falta de divulgación extranjera (aun en países hispánicos) resulta paradójica e irónica si se recuerda que fue la literatura brasileña—como antes su constitución nacional—la primera en emerger de todo el continente latinoamericano, con una novelística y una poesía de gran vigor experimental y marcado

carácter autóctono. Pese a su temprana madurez y continuos logros, sólo un puñado de novelistas y prácticamente ningún poeta sería traducido en los Estados Unidos. De los narradores, sólo el bahiano Jorge Amado ha cobrado una cierta popularidad, gracias a la editorial Alfred A. Knopf y subsiguientes ediciones en bolsilibros de sus vigorosas novelas *Os Velhos Marinheiros* (1964), *Dona Flor e Seus Dois Maridos* (1966) y *Tenda Dos Milagres* (1971). La gran corriente narrativa que componen Lins do Rêgo, Graciliano Ramos y Guimarães Rosa sigue siendo, mayormente, tierra incógnita para los lectores occidentales.

Ultimamente, cierto grado de interés parece estar surgiendo con respecto a las más jóvenes promociones de novelistas brasileños o cultores del llamado "O Novo Romance", como José J. Veiga, Dalton Trevisan y José-Mauro de Vasconcelos. Con todo, la novela brasileña, vista desde los Estados Unidos, resulta tan exótica como la checoslovaca y, con cierta injusticia, muy por debajo de la hispanoamericana.

De los otros dos géneros, poesía y ensayo, los brasileños compiten muy favorablemente con sus vecinos hispánicos en cuestiones de sociología y antropología. Las tesis socio-políticas de Josué de Castro y los estudios de Gilberto Freyre sobre problemas de desarrollo cultural, llevan lustros de circulación entre estudiosos de ciencias sociales en los Estados Unidos. Más recientemente nos ha llegado el definitivo trabajo histórico-antropológico de Darcy Ribeiro, *As Americas e a Civilizaçao* (1969), y un libro testimonial del legendario arzobispo de Recife, Dom Hélder Câmara, sobre el proceso revolucionario desde la posición católica tercermundista.

Del vecino país colombiano, y por el mismo año (1971) surgen también ecos católico-revolucionarios con una edición inglesa de todos los escritos del inmolado cura-guerrillero Camilo Torres.

El Gran Momento

Para los hispanoamericanos, el gran momento en cuanto al absoluto reconocimiento de sus letras sería la publicación de *Corriente Alterna* (1973), de Octavio Paz. Este gran poeta y pensador mexicano era ya conocido por su *Laberinto de la Soledad* y una ulterior secuela al mismo titulada *Postdata* (1972). Resulta interesante, sin embargo, que sea este librito de variados ensayos sobre literatura y arte, y no una de sus más profundas encuestas sobre problemática poética o cultural (como el mismo *Laberinto*, o *El Arco y la Lira*, o *Conjunciones y Disyunciones*) el que ha recibido tal aclamo crítico. Y digo interesante, porque muestra el grado de divulgación y general interés que la literatura hispanoamericana suscita en los Estados Unidos. En efecto, *Corriente Alterna* mereció las dos primeras páginas del prestigioso *New York Times Book Review* y su reseñador no fue ninguno de los grandes críticos latinoamericanistas, sino Irving Howe, el distinguido exégeta de George Orwell, y otros clásicos contemporáneos, cuyo conocimiento del español es mínimo. Pero si Howe dedica dos páginas de encendido elogio a

este libro menor de Paz es poque ve en él la clase de humanismo, objetividad y estimulante eclecticismo que dieron relevancia en su día a escritores como Orwell. Para Howe, Paz es un reto al provincialismo intelectual norteamericano: lo opuesto al hombre unidimensional de Marcuse y el modelo a seguir si de verdad queremos eludir el vaticinio de Marshall McLuhan sobre la "aldea universal".

Octavio Paz y, en mayor medida su coterráneo Carlos Fuentes, son nombres hoy casi tan familiares con el sector educado estadounidense como los de Jean-Jacques Servan-Schreiber, Jean-Paul Sartre, David Caute, Heinrich Böll o Solyenitzin en el sentido de que son requeridos por el *New York Times* y otros reputados órganos periodísticos a expresar opiniones, desde un ángulo humanista, sobre candentes temas de actualidad.

Como poeta, Octavio Paz, y pese a la complejidad filosófica de su verso, ha ido ganando mayor divulgación en los últimos años con buenas ediciones bilingües, hasta acercarse a ese nivel de popularidad que han tenido la poesía de Pablo Neruda, César Vallejo y, en buena medida, Nicanor Parra. Igualmente, la poesía de Borges va cobrando un mayor índice de interés editorial y crítico aunque, injustamente, sigue muy por debajo de su obra ficcional.

Al concluir estas notas, parece apropiado comparar el grado de reconocimiento en ambas esferas de la literatura hispanoamericana. En 1960 aparece el estudio de J. M. Cohen, crítico y políglota traductor británico, *Poesía de nuestro Tiempo* (México: F.C.E., 1964). En esta visión muy completa de la poesía mundial figuran, bien representados, 11 poetas españoles y 14 hispanoamericanos, con Vallejo, Paz, Neruda y Parra entre los más comentados. Es decir, por su número e importancia, la poesía hispanoamericana parece más competitiva respecto a la norteamericana que la española frente a la inglesa o francesa. Una obra comparable anterior, *El Experimento Creativo* (1949) de C. M. Bowra sólo registra el nombre de Neruda, y muy por debajo de la obra de Rafael Alberti, García Lorca y otros poetas europeos.

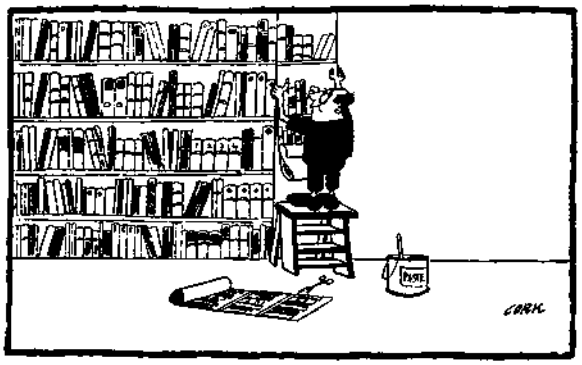
En cuanto a novela, el reconocimiento crítico-académico es mucho más tardío, pero cuando finalmente tiene lugar los resultados son aún más espectaculares, como en el caso del trabajo de Sharon Spencer, *Espacio, Tiempo y Estructura en la Novela Moderna* (New York University Press, 1971). Un vistazo por el índice nos informa que en todos los años de gran experimentación estructural hasta 1950, sólo aparece el nombre de Unamuno contra la legión de los Broch, Döblin, Dos Passos, Faulkner, Gide, Joyce, Lowry, Musil, Proust, Gertrude Stein y Virginia Woolf.

Y éste es el balance que hasta entonces cabría esperar de cualquier tratado comparativo sobre la novela, pero el libro de Spencer supone un cambio radical y definitivo. Aquí, los nombres de Carlos Fuentes, Borges y Cortázar reaparecen por toda la obra entre los más imaginativos y experimentales de los narradores modernos. En futuras ediciones de esta obra, u otras similares, cabe esperar que figuren además escritores como García Márquez, Carpentier, Vargas Llosa y varios otros más recientemente incorporados a la escena internacional.

¿Una Edad de Oro?

En resumen, cuando la poesía y, más aún la novela, languidecen en la mayor parte del mundo occidental, los latinoamericanos—hispano y lusoparlantes—parecen haber entrado en su edad de oro. Palmariamente, el secreto de este éxito latinoamericano se encuentra en la confluencia de dos fuerzas. Por una parte, su mismo eclecticismo, su ubicación mestiza en el cruce de varias corrientes culturales, les llevó a absorber con ávido entusiasmo cuanto de interesante encontraban en los clásicos antiguos y modernos, descartando siempre lo más artificial y efímero de sus modelos, y perfeccionando o actualizando lo más apto a sus circunstancias latinoamericanas. Pero todo este expertismo técnico no hubiera producido por sí solo el presente esplendor, si no hubiera sido aplicado a iluminar los problemas más dramáticos y urgentes de sus respectivas sociedades.

Quintaesencialmente, todos ellos vienen a coincidir en un punto: el humano deseo por autenticidad. Y esto es, nada más y nada menos, lo que Solyenitzin, al referirse a la ética ausente en muchos escritores modernos, llamaba "arte, por amor al hombre".



POR QUE REIMOS

Por Arthur Koestler

La risa es una reacción humana de carácter universal; sin embargo, ni científicos ni humanistas le han dedicado gran atención. ¿Por qué nos hace sonreír una caricatura, o a qué se deben las carcajadas que provoca tal o cual anécdota? En el artículo que sigue, condensado de la más reciente edición de la *Enciclopedia Británica*, un humanista convertido en hombre de ciencia ofrece algunas fascinantes explicaciones, así como ejemplos de humorismo y de las diferencias entre sus muchas variedades.

Arthur Koestler alcanzó la fama literaria con su novela *Darkness at Noon* (Negro Mediodía), que se desarrollaba en Moscú, durante las purgas realizadas en el decenio de 1930. Sus obras anteriores: novelas, relatos autobiográficos y ensayos, se ocupaban de la política y la sociedad de Europa. Entre sus obras traducidas al castellano, podemos citar *Discernimiento y Perspectiva: Análisis de los Fundamentos Comunes a la Ciencia, el Arte y la Etica Social* (Buenos Aires, Emecé); *El Abrazo del Sapo* (Emecé), *El Cero y el Infinito* (Emecé), *Los Sonámbulos* (EUDEBA), y *El Acto de la Creación* (Editorial Losada), donde se da también una exposición acerca de la naturaleza del humorismo.

En sus numerosas y célebres variedades, el humorismo puede definirse sencillamente como un género de estímulo que tiende a despertar el reflejo de la risa. La risa espontánea es, en términos netamente físicos, un reflejo motor producido por la contracción coordinada de 15 músculos faciales en una pauta común y acompañado de respiración alterada. La estimulación eléctrica del principal músculo elevador del labio superior con corrientes de intensidad variables produce expresiones faciales que fluctúan desde una ligera sonrisa a la risa franca, hasta las contorsiones típicas de la risotada.

La risa y la sonrisa del hombre civilizado son, desde luego, a menudo de tipo convencional, en el que la intención voluntaria sustituye o interfiere con la actividad refleja espontánea; sin embargo, este artículo atañe únicamente a esta última. Una vez que se comprende que la risa constituye un reflejo sencillo, hay que afrontar varias paradojas. Los reflejos motores, tales como la contracción de la pupila del ojo en la luz deslumbrante, son simplemente respuestas a simples estímulos cuyo valor para sobrevivir es obvio. Sin embargo, la contracción involuntaria de los 15 músculos faciales, asociada

© 1974 por Encyclopedia Britannica, Inc.

con ciertos ruidos irreprimibles, nos da la impresión de una actividad sin ningún valor utilitario, y que no tiene relación alguna con la lucha por la supervivencia. La risa es un reflejo, pero un reflejo singular por cuanto no tiene una manifiesta finalidad biológica. Podríamos llamarlo un reflejo de lujo. Su única función parece ser la de proporcionar alivio a la tensión.

Dibujo de Saul Steinberg. Copyright © 1953 por Saul Steinberg. De *The Passport* (Harper & Row, Publishers, Inc.) Originalmente en *The New Yorker*.

La segunda paradoja conexa la constituye una sorprendente discrepancia entre la naturaleza del estímulo y la de la respuesta en situaciones humorísticas. Cuando un golpe en el tendón de la rótula ocasiona una patada o sacudida automática hacia arriba, tanto el "estímulo" como la "respuesta" funcionan al mismo nivel fisiológico primitivo sin que intervengan las más elevadas funciones mentales. Sin embargo, el hecho de que una actividad mental tan compleja como la lectura de una tira cómica cause una contracción refleja determinada de los músculos faciales, es un fenómeno que ha confundido a los filósofos desde la época de Platón. No existe una respuesta definida, previsible, que indique a un conferenciante si ha logrado convencer a sus oyentes; pero cuando cuenta un chiste, la risa se manifiesta como una reacción experimental. El humorismo es la única forma de comunicación en la que un estímulo de un alto grado de complejidad produce una respuesta común previsible sobre el nivel sicológico reflejo. De este modo la respuesta puede usarse como un indicador de la presencia de la cualidad evasiva que se llama humor, como se usa el chasquido del contador Geiger para indicar la presencia de la radiactividad. Tal procedimiento no es posible en ninguna otra forma de arte, y puesto que el paso de lo sublime a lo ridículo es reversible, el estudio del humorismo proporciona al sicólogo guías para el estudio de la facultad creadora en general.

La Lógica de la Risa

El campo de actividad de las experiencias que provocan la risa es enorme: desde la cosquilla física hasta las titilaciones mentales de las más diversas clases. Sin embargo, existe unión en esta diversidad, un denominador común de un patrón determinado y determinante que refleja la "lógica" o "gramática" del humor, por decirlo así. Algunos ejemplos ayudarán a desembrollar ese patrón:

- Un masoquista es una persona que gusta darse una ducha fría en las mañanas. . . así que se da una caliente.
- Cuando a una dama inglesa le preguntó un amigo en qué lugar creía ella que se encontraba su difunto esposo, respondió: "Me imagino que el pobrecito está disfrutando de la gloria eterna, pero te agradeceré que no me hables de cosas tan desagradables".
- Un médico infunde ánimo a su paciente: "Usted sufre una enfermedad muy seria. De diez personas que se contagian, sólo una sobrevive. Es una suerte que viniera a verme, ya que recientemente he tenido nueve pacientes con este mal y todos murieron".
- Diálogo en una película francesa:
  —Señor, he venido a pedirle la mano de su hija.
  —¿Y por qué no? ¡Ya se tomó usted el resto!
- Un marqués de la corte de Luis XV regresa de un viaje inesperadamente y, al entrar al *boudoir* de su esposa, la encuentra en brazos de un obispo. Después de un instante de vacilación, el marqués se dirige calmadamente a la ventana, se inclina hacia afuera y comienza a gesticular como si estuviera bendiciendo a la gente de la calle.
  —¿Qué estás haciendo?—le grita la angustiada esposa.
  —En vista de que Monseñor desempeña mis funciones, yo desempeño las funciones de Monseñor.

¿Existe un patrón común que apoye estas cinco narraciones? Comenzando por la última, una pequeña reflexión revela que la conducta del marqués es al mismo tiempo inesperada y perfectamente lógica. . . pero de una lógica que no se aplica de ordinario a esta clase de situaciones. Es la lógica de la división del trabajo, gobernada por reglas tan antiguas como la civilización humana. Sin embargo, habría de esperarse que sus reacciones fueran gobernadas por una serie de reglas diferentes: el código de moralidad sexual. Este súbito choque entre estos dos códigos de reglas, o contextos asociativos que se excluyen mutuamente, es lo que produce el efecto cómico. Obliga al oyente a percibir la situación en dos sistemas de coordenadas, consecuentes consigo mismos, pero incompatibles a la vez. Su mente tiene que operar simultáneamente en dos longitudes de onda diferentes.

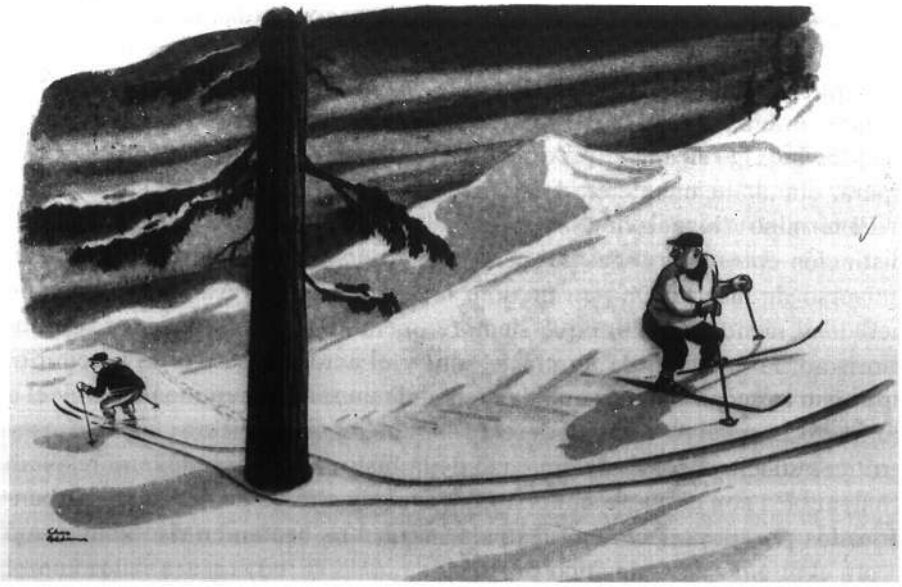
El término "bisociación" fue acuñado por este escritor para hacer una distinción entre las rutinas del pensamiento disciplinado dentro de un solo universo de disertación—en un solo nivel, por decirlo así—y los tipos de actividad mental creadora que siempre operan en más de un nivel. En humorismo, la creación de un chiste sutil y el acto recreativo de percibirlo, entrañan la encantadora sacudida mental de un salto repentino de un nivel o contexto asociativo a otro. De este modo, los sentimientos maliciosos y eróticos suscitados por el comienzo de la historia del marqués, no resultan compatibles con el nuevo contexto de bendecir a la gente de la calle. Abandonados por el intelecto ágil, estos sentimientos brotan en risotadas como brota el aire de un neumático pinchado.

Volviendo a los otros ejemplos, en el diálogo de la película francesa, la "mano" de la hija se percibe primero en un sistema de coordenadas metafórico y luego, repentinamente, en un contexto físico literal. El médico que tranquiliza a su paciente piensa en términos de probabilidades abstractas, estadísticas, pasando por alto el hecho de que las probabilidades de supervivencia del paciente no son afectadas por cuanto haya sucedido antes; todavía son una contra diez. Esta es una de las profundas paradojas de la teoría de las probabilidades, y el chiste de hecho entraña un enigma. Describe exactamente un absurdo que tiende a darse por sentado. En cuanto a la dama que considera la muerte como una "gloria eterna" y al mismo tiempo "un tema desagradable", ella resume la frecuente dificultad de vivir en la desunida casa de fe y razón. Una vez más el chiste tonto implica tonalidades altas y bajas, audibles únicamente por el oído interno.

Por último, el masoquista que se castiga a sí mismo privándose de su castigo diario está gobernado por reglas que son contrarias a aquéllas de la lógica normal. (Puede construirse un patrón en el cual *ambos* sistemas de coordenadas están invertidos: "Sádico es una persona que trata bondadosamente a un masoquista"). Sin embargo, he aquí otra vez un giro adicional. El bromista no cree en realidad que el masoquista toma una ducha caliente como castigo; sólo finge creerlo. La *ironía* es el arma más efectiva del escritor satírico. Finge adoptar la manera de razonar de su adversario con el fin de poner de manifiesto su absoluto contrasentido y depravación.

Por tanto, la norma común fundamental de estas historias es la comprensión de una situación en dos sistemas de coordenadas consecuentes consigo mismos, pero mutuamente incompatibles. Esta fórmula puede indicar que posee validez general para todas las formas de humorismo y agudeza, algu-

Dibujo de Charles Addams. Copyright © 1958 por *The New Yorker Magazine*, Inc.



nas de las cuales se tratarán a continuación, pero abarca sólo un aspecto del humorismo: su *estructura intelectual*. Deberá examinarse otro aspecto fundamental: las *dinámicas emocionales* que dan vida a esa estructura y hacen que una persona ría con risa franca, con risa falsa o sonría.

Risa y Emoción

Cuando un cómico cuenta un chiste, busca deliberadamente crear cierta tensión en sus oyentes, la cual aumenta a medida que la narración progresa, pero nunca alcanza el clímax esperado. La expresión de efecto, o agudeza, actúa como una guillotina verbal que corta a través del desarrollo lógico de la historia; demuele las dramáticas expectativas del público. La tensión se vuelve de pronto excesiva y estalla en risotadas.

Una ojeada a las caricaturas de dos artistas ingleses del siglo XVIII, William Hogarth y Thomas Rowlandson, en las que expresan la alegría brutal de la gente en una taberna, hacen que uno se dé cuenta al instante de que ellos se despojan de su excedente de adrenalina frunciendo los músculos del rostro en muecas, dándose palmadas en los muslos y respirando con bufidos a través de la glotis medio cerrada. Sus rostros sonrojados revelan que las emociones que se extinguen por medio de estas válvulas de seguridad son la brutalidad, la envidia, el deleite sexual. Sin embargo, en caricaturas de un estadounidense del siglo XX, James Thurber, las risas vulgares se transforman en una sonrisa divertida y espiritual: el flujo de adrenalina ha sido destilado y cristalizado en un grano de sal ática. . . un chiste refinado.

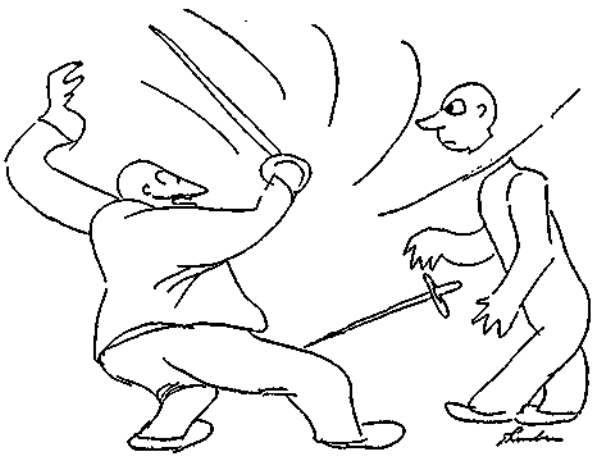
La palabra inglesa *witticism* se deriva de *wit* en su acepción original de talento y cacumen. Los dominios del humor y de la inventiva son continuos, sin fronteras abruptas: el bufón es hermano del sabio.

Existe una turbadora variedad de disposiciones de ánimo comprendida en diferentes formas de humorismo, incluyendo sentimientos confusos o contradictorios. Sin embargo, sean cuales fueren estos sentimientos deben contener un ingrediente básico que es indispensable: un impulso, aunque sea débil, de agresión o aprensión. Puede aparecer disfrazado de malicia, desdén, la velada crueldad de la condescendencia, o tan sólo la falta de simpatía hacia la víctima del chiste. . . una anestesia momentánea del corazón, según el filósofo francés Henri Bergson.

En los tipos de humorismo más sutiles, la tendencia agresiva puede ser tan débil que únicamente se podrá descubrir con un cuidadoso análisis, como la presencia de la sal en un plato bien preparado, el cual, sin embargo, resultaría desabrido sin ésta. Sustitúyase la agresión por la lástima, y la misma situación (por ejemplo, un borracho que se va de cabeza) ya no resultará cómica sino patética y no provocará risa sino compasión. Es el elemento agresivo, la malicia abstraída del intérprete de lo cómico, lo que convierte la compasión en ridiculez, la tragedia en parodia. La malicia puede combinarse con ternura en una broma amigable; y el componente agresivo en el humor civilizado puede ser sublimado o no se hará sentir. Sin embargo, en chistes

que atraen a los niños y a la gente primitiva, la crueldad y el alarde de hacerse sentir saltan a la vista.

Consideraciones similares pueden aplicarse a las históricamente antiguas formas y teorías del humorismo. De acuerdo con el criterio de Aristóteles—compartido por Cicerón, Descartes y Francis Bacon—la risa estaba relacionada íntimamente con la perversidad y la degradación. Thomas Hobbes descubrió que "la pasión de la risa. . . surge de un concepto repentino de alguna importancia en nosotros mismos, por comparación con la flaqueza de los demás". Desde el punto de vista de Bergson, la risa es el castigo correccional infligido por la sociedad al individuo insociable: "En la risa siempre encontramos una intención inconfesable de humillar y, en consecuencia, de corregir a nuestro prójimo". Sir Max Beerbohm, el genio inglés del siglo XX, descubrió "dos elementos en el humorismo del público: deleite en el sufrimiento, desprecio de lo que se ignora". El sicólogo estadounidense William McDougall opinaba que "la risa ha sido desarrollada en la raza humana como un antídoto a la compasión, una reacción protectora que nos resguarda de la influencia depresiva de los defectos de nuestros semejantes".



"Touché!"

Dibujo de Thurber. Copyright © 1958 por *The New Yorker Magazine, Inc.*

Por mucho que las opiniones de los teóricos difieran, casi todos ellos coinciden en este punto: que las emociones sosegadas por medio de la risa siempre contienen un elemento de agresividad. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que agresión y aprensión son dos fenómenos, y tanto es así que los sicólogos suelen hablar de "impulsos agresivos-defensivos". Por tanto, una de las situaciones típicas en las que la risa se produce es el momento en que repentinamente cesa el miedo causado por un peligro imaginario. Rara vez se manifiesta más vividamente la naturaleza de la risa como un desborda-

miento de tensiones excesivas que en el repentino cambio de expresión de un bebé, de un miedo angustioso a una feliz sonrisa de alivio.

Sigmund Freud recalcó la liberación de las emociones reprimidas por medio de la risa. De este modo, las exhalaciones explosivas de la risa parecen concebidas para "disipar a soplos" el exceso de tensión por medio de una especie de gimnasia respiratoria, y las muecas agitadas obviamente desempeñan la misma función. Puede objetarse que estas reacciones masivas a menudo parecen estar fuera de proporción con los débiles estímulos que las provocan. Sin embargo, hay que tener presente que la risa es un fenómeno del tipo de disparador del gatillo, en el que una vuelta súbita de la llave puede descargar grandes cantidades de emociones acumuladas, provenientes de varias fuentes, a menudo desconocidas. La risa explosiva en una clase para muchachos causada por un incidente trivial es una medida de su reprimido resentimiento durante una conferencia aburrida. Otro factor que puede ampliar la desproporcionada reacción al estímulo cómico es el contagio social que la risa comparte con otras manifestaciones emotivas de comportamiento conjunto.

La risa o la sonrisa pueden ser causadas por estímulos que no son cómicos en sí mismos, sino indicios o símbolos representados por patrones cómicos bien establecidos—tales como los zapatos enormes de Charles Chaplin o el puro de Groucho Marx—o frases de doble sentido o alusiones a chistes de familia. Para descubrir por qué la gente ríe, es necesario, a veces, reconstruir una larga y complicada maraña de asociaciones de su origen. Aquí la memoria se pone en juego, habiendo acumulado las emociones necesarias en experiencias pasadas, y actúa como un acumulador cuya carga puede producir chispas en cualquier momento. Todo esto demuestra que analizar el humorismo es una tarea tan delicada como analizar la composición de un perfume con sus múltiples ingredientes, algunos de los cuales nunca se perciben conscientemente, mientras que otros, cuando se olfatean aisladamente, lo obligan a uno a hacer un gesto de repugnancia.

Humorismo Verbal

Max Eastman, en su libro *The Enjoyment of Laughter* (El Placer de la Risa), observó acerca de un *pun* (juego de palabras) forzado de Ogden Nash: "No se trata de un *pun*, sino de una expedición punitiva".

La mayoría de los juegos de palabras nos parecen atroces, quizá porque representan la forma más primitiva del humorismo: dos líneas de pensamiento diferentes atadas por un nudo acústico. Sin embargo, el hecho de ser tan primitivas tales asociaciones basadas en puro sonido puede explicar la inmensa popularidad del juego de palabras entre los niños y su frecuencia en ciertos tipos de desórdenes mentales (manía del *pun*).

Los juegos de palabras, como los chistes y las anécdotas, tienen un solo punto culminante. Las formas literarias de *humorismo sostenido*, tales como la novela picaresca, no se atienen a un solo efecto sino a una serie de clímax

secundarios. La narración se mueve hacia la línea de intersección de niveles contrapuestos, como el mundo de fantasía de don Quijote y el marrullero sentido común de Sancho Panza, o hace que oscile entre ellos. Como resultado de esto, la tensión se produce y se descarga continuamente en una diversión ligera.

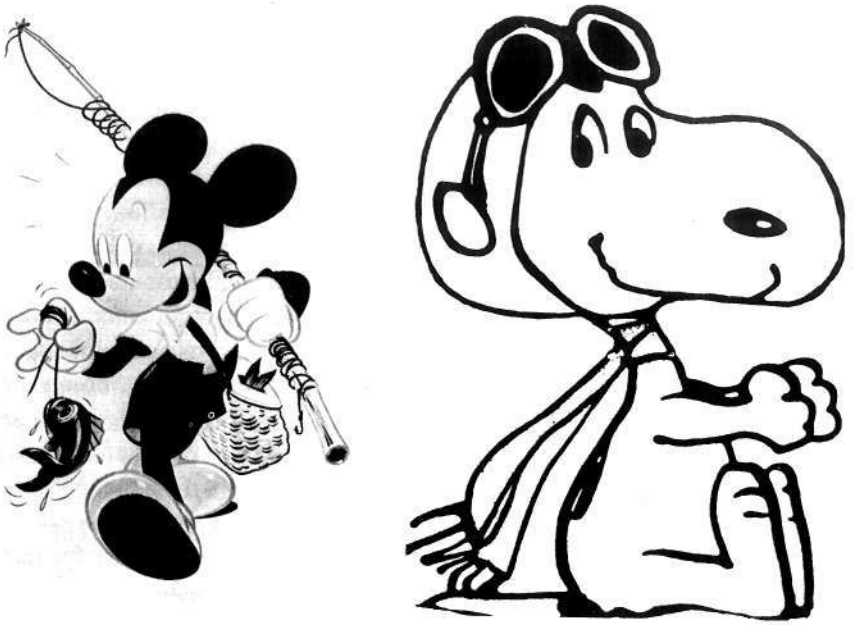
El *verso cómico* florece en la unión melodiosa de incongruencia, tales como las "coles y los reyes" en *La morsa y el carpintero*, de Lewis Carroll, y, particularmente, en el contraste entre la forma excelsa y el contenido determinado. Algunas formas métricas asociadas con la poesía heroica, como el verso hexámetro o alejandrino, suscitan esperanzas de lo conmovedor, de lo excelso; vaciar en estos moldes épicos un contenido sencillo, trivial, es una idea humorística casi infalible. Las cadencias vibrantes de las primeras líneas de una quintilla jocosa que lleven a cabalgar a una joven de Ohio, en vez de un héroe mítico como Héctor o Aquiles, ponen a la joven en ridículo aun antes de que le sucedan las esperadas calamidades.

La *sátira* es una caricatura verbal que muestra una imagen deliberadamente deformada de una persona, institución o sociedad. El método tradicional del caricaturista es exagerar aquellos rasgos que según él son característicos de la personalidad de su víctima y simplificar, eliminándolo, lo que no tiene conexión con su propósito. El escritor satírico emplea la misma técnica, y los aspectos de la sociedad que escoge para exagerar son, desde luego, aquellos de los cuales él desaprueba. El resultado es una yuxtaposición, en la mente del lector, de su acostumbrada imagen del mundo en que vive y de su absurda reflexión en el espejo deformador del escritor satírico. Se le obliga a reconocer aspectos familiares en lo absurdo y contrasentido en lo familiar. Sin esta doble visión, la sátira adolecería de humor. Si los *Yahoos* humanos fueran realmente unos monstruos tan malolientes como alegan los *Houyhnhnm*, anfitriones de Gulliver, entonces los *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, no serían una sátira, sino una exposición de una verdad deplorable. La invectiva franca no es sátira; la sátira deberá sobrepasar deliberadamente su propósito.

Se logra un efecto similar si, en lugar de exagerar los rasgos defectuosos, el escritor satírico los destaca por medio de la *alegoría* en un medio diferente, como por ejemplo, en una sociedad animal. Una sucesión de escritores, desde el antiguo dramaturgo griego Aristófanes hasta Swift y escritores satíricos del siglo XX como Anatole France y George Orwell, han empleado esta técnica para enfocar la atención en las deformaciones de la sociedad que, embotadas por la costumbre, se dan por supuestas.

Humorismo de Situación

El tipo de humorismo más vulgar es la tomadura de pelo: sacarle la silla al pomposo y grave dignatario en el momento en que éste va a tomar asiento. La víctima aparece al principio como un personaje importante y, de repente, como un cuerpo inerte sujeto a las leyes de la física: la autoridad es



El Ratón Mickey, de Walt Disney, y Snoopy, el imaginativo perro de la popular historieta "Carlitos" (o "Peanuts"), de Charles M. Schulz, "se comportan como humanos, sin perder su apariencia animal".

bajada de su pedestal por la fuerza de gravedad, la mente por la materia; el hombre es reducido a un mecanismo. El sargento mayor atacado de diarrea o Hamlet con hipo, muestran las aspiraciones orgullosas del hombre desinfladas por su pellejo demasiado duro. Un efecto similar se produce con artefactos que se disfrazan de humanos: los títeres Punch y Judy, un muñeco en una caja de resorte, artefactos que hacen travesuras a sus amos como si lo hicieran con calculada malicia.

En la teoría de la risa de Henri Bergson, esta dualidad de mente sutil y materia inerte (él la llama "lo mecánico incrustado en los seres vivos") sirve como una explicación de todas las variedades de la comicidad. Sin embargo, de acuerdo con lo expresado, parece que debe aplicarse solamente a un tipo de situación cómica entre muchas otras.

De la doble asociación del hombre y la máquina hay sólo un paso al híbrido hombre-animal. Las creaciones de dibujos animados de Walt Disney se comportan como si fueran humanas, sin perder su apariencia animal. El caricaturista observa el procedimiento inverso al descubrir rasgos caballunos, ratonescos o porcinos en el rostro humano.

Esto nos lleva a los recursos cómicos de imitación, personificación y disfraz. El imitador se percibe al mismo tiempo como él mismo y como otra persona. Si el resultado es ligeramente degradante—pero sólo en ese caso—el espectador reirá. El comediante que imita a un personaje público, dos pares de pantalones que sirven de piernas al caballo de pantomima, el hombre disfrazado de mujer y la mujer disfrazada de hombre. . . en cada caso los patrones apareados caen mutuamente en el ridículo.

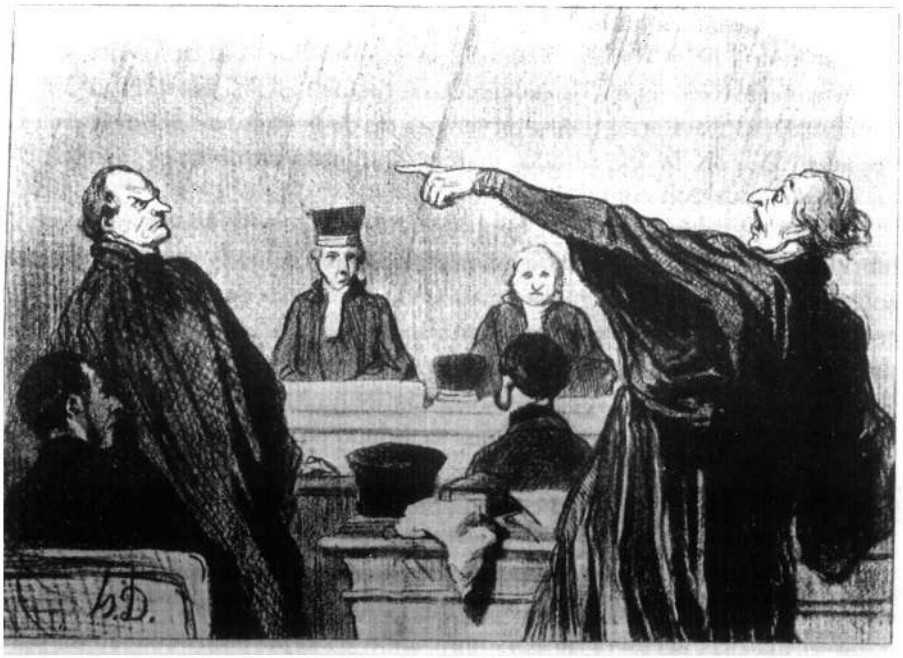
La forma más agresiva de personificación es la *parodia*, concebida para

desinflar las falsas apariencias, para destruir las ilusiones y para socavar el sentimiento de compasión machacando una y otra vez sobre las flaquezas de la víctima. Pelucas que se caen, oradores que olvidan sus discursos, los gestos que se quedan suspendidos en el aire: los puntos de ataque favoritos del parodista están situados nuevamente en la línea de intersección entre lo sublime y lo trivial.

La conducta juguetona de los animales jóvenes y de los niños resulta divertida porque representa una parodia involuntaria de la conducta adulta, que ellos imitan o anticipan. Los cachorritos son graciosos porque su impotencia, ternura y expresión titubeante los hacen aparecer más "humanos" que los perros completamente desarrollados: porque sus gruñidos nos dan la impresión de ser imitaciones del comportamiento adulto. . . como un niño con un bombín: porque el paso tambaleante e inseguro del perrito hace de él una víctima privilegiada de la burla de la naturaleza: porque su desproporción corporal—sus enormes patas acojinadas, barriga de Falstaf y entrecejo fruncido—le dan el aspecto de una caricatura. Y, por último, porque el observador se siente muy superior a un perrito. Una sonrisa fugaz puede contener muchos ingredientes lógicos y emociones picantes.

Otras fuentes de la risa inocente las constituyen situaciones en las que la parte y el todo cambian papeles, y la atención se enfoca en un detalle arrancado del contexto funcional del cual dependía su significado. Cuando la aguja del fonógrafo se atasca, la voz de la soprano repite la misma palabra en el mismo tono, y esto de pronto asume una vida grotescamente independiente. Lo mismo ocurre cuando el estado consciente se dirige a funciones

Honoré Daumier, retrato satírico de Hombres de Leyes, "revela lo que hay de absurdo en lo familiar".



que de otro modo se realizan automáticamente. Esta última situación puede ilustrarse perfectamente con la historia del ciempiés que, al preguntársele en qué orden mueve sus cien patas, quedó paralítico y no pudo volver a andar. El muchacho tímido y desmañado que no sabe qué hacer con las manos, es una víctima de la paradoja del ciempiés.

Las comedias han sido clasificadas de acuerdo con su dependencia en situaciones, costumbres o personajes. La lógica de los dos últimos no requiere discusión adicional; en la primera, los efectos cómicos están concebidos haciendo que una situación participe simultáneamente en dos series de eventos independientes con diferentes contextos asociativos, los cuales se interceptan por medio de coincidencia, identidad equivocada o confusión de tiempo y lugar.

Por qué la cosquilla produce risa, se mantuvo como un enigma en todas las teorías anteriores de la comicidad. Como Darwin lo señaló por primera vez, la respuesta innata a la cosquilla es el retorcimiento y la tirantez de los nervios para retirar la parte vulnerable a la cosquilla. . . una reacción defensiva para escapar a los ataques en áreas vulnerables tales como las plantas de los pies, las axilas, el vientre y los costados. El niño reirá solamente—y esto representa el meollo—cuando percibe la cosquilla como un *ataque ficticio*, una caricia disfrazada de apacible agresividad. De este modo, el que hace cosquillas personifica a un agresor, pero se sabe simultáneamente que no lo es. Esta es quizá la primera situación en la vida que hace que el niño viva en dos niveles al mismo tiempo, un delicioso goce anticipado de que le hagan cosquillas por el horror cómico.

Las Artes Visuales y la Música

El humor en las artes visuales refleja las mismas estructuras lógicas que se trataron anteriormente. Su forma más primitiva es el espejo deformador en la feria de diversiones, el cual refleja la figura humana alargada como una columna o comprimida en la forma de un sapo. Se burla de la víctima, quien ve en el espejo la imagen de su ser familiar y a la vez como de una masa de plasticina que puede estirarse y comprimirse en la forma más absurda. El espejo deforma mecánicamente, mientras que el caricaturista lo hace en forma selectiva, empleando el mismo método que el escritor satírico: exagerando los rasgos característicos y suavizando el resto. Al igual que el escritor satírico, el caricaturista revela lo absurdo en lo familiar; y, al igual que el escritor satírico, debe exagerar la nota. Su malicia se vuelve inocua por el conocimiento de que los monstruosos sujetos barrigones y de piernas corvas que él dibuja no son reales. Las deformidades reales no son cómicas; por el contrario, despiertan nuestra compasión.

El artista, al pintar un retrato estilizado, también emplea la técnica de selección, exageración y simplificación. Sin embargo, su actitud hacia el modelo está generalmente dominada por "empatía" en lugar de malicia negativa, y los rasgos que él escoge para ponerlos de relieve difieren de

acuerdo con sus sentimientos. En algunos bosquejos de carácter de Leonardo da Vinci, Hogarth u Honoré Daumier, las pasiones que estos bosquejos reflejan son tan violentas, las muecas tan feroces, que es imposible determinar si se trata de retratos o de caricaturas. Si opinamos que tales deformaciones del rostro humano no son realmente posibles, que Daumier sólo *simuló* que existían, entonces quedamos libres del horror y la compasión y podemos reírnos de sus extravagancias. Sin embargo, si creemos que esto es en verdad lo que Daumier vio en esos rostros embrutecidos, entonces no resultan cómicos, sino trágicos.

El humor en la música es un tema que hay que atacar con desconfianza porque el lenguaje de la música elude esencialmente la traducción a conceptos verbales. Todo cuanto podemos hacer es señalar algunas analogías: un ruido áspero, como el toque de una trompeta en un compás donde no le corresponde, surte el efecto de una tomadura de pelo; un cantante o un instrumento desafinado produce una reacción similar; la imitación de los sonidos de los animales, vocal o instrumentalmente, explota la técnica de la personificación; un nocturno de Chopin transportado al *jazz* caliente o una simple canción callejera cantada con sentimiento wagneriano es un enlace de incompatibilidades. Estos son recursos primitivos que corresponden a los niveles más bajos del humorismo. Más refinadas son las técnicas empleadas por Maurice Ravel en *La Valse*, parodia del sentimental vals vienés, o por Zoltan Kodaly en la épica-burlesca de su ópera húngara *Hary Janos;* pero en óperas cómicas resulta casi imposible determinar qué porcentaje del efecto cómico proviene del libreto y qué porcentaje de la música. Y la máxima forma de humorismo musical, el inesperado deleite de un alegre *scherzo* de Mozart, es un reto al análisis verbal, a menos que sea tan especializado y técnico que frustre su objetivo. Aunque un pasaje musical "satírico" que asesta una sorpresa al público y lo priva de sus expectativas sin duda surte el efecto de aliviar las emociones que tienden a hacer reír, el público que asiste a un concierto puede sonreír ocasionalmente, pero casi nunca reirá: las emociones causadas por el humor musical son más sutiles que las causadas por la variedad verbal y visual.

Paralelos con el Arte y la Ciencia

Las teorías primitivas del humor lo trataron como un fenómeno aislado sin intentar esclarecer las íntimas conexiones que existen entre lo cómico y lo trágico, entre la risa y el llanto, entre la inspiración artística, la inventiva cómica y el descubrimiento científico. Y, sin embargo, estos tres campos de actividad creadora están unidos entre sí, sin límites pronunciados entre el ingenio y la inventiva, ni entre el descubrimiento y el arte.

Se ha dicho que el descubrimiento científico consiste en ver una analogía donde nadie la ha visto antes, como cuando William Harvey comparó el corazón de un pez con una bomba mecánica. Y cuando el caricaturista dibuja una nariz como un pepino, hace lo mismo. De hecho, todas las nor-

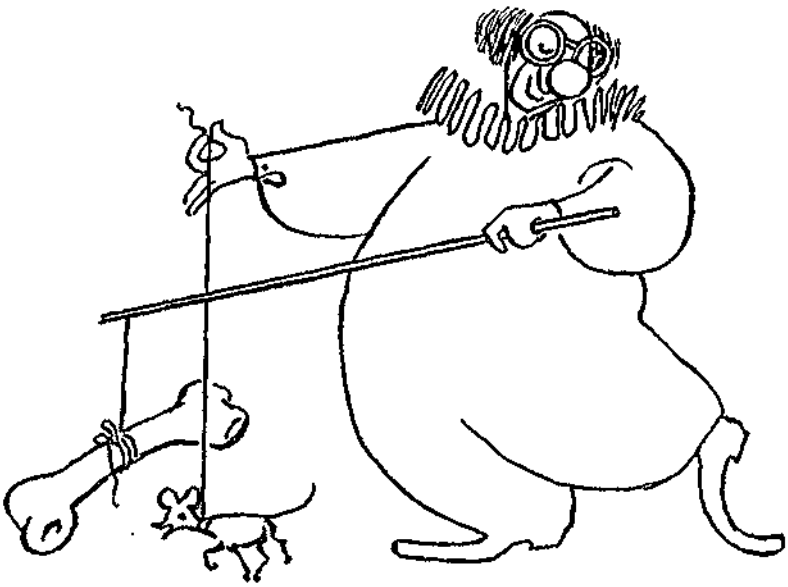
Esta caricatura de Martha Graham, bailarina y coreógrafa, es obra del lápiz de Al Hirschfeld, quien se especializa en gente de teatro. El retrato que de los Beatles realizó David Levine refleja el ojo sardónico y la finura de líneas que le han valido el sobrenombre de "el Daumier norteamericano".

mas lógicas tratadas anteriormente, las cuales constituyen una "gramática" del humor, pueden entrar también en servicio del arte o del descubrimiento, según sea el caso. El retruécano tiene equivalentes estructurales en la rima y en el juego de palabras, los que fluctúan desde el crucigrama hasta el descifre de la piedra Roseta, la clave del jeroglífico egipcio. La confrontación entre diversos códigos de conducta puede producir comedia, tragedia o nuevos conocimientos sicológicos. La dualidad de la mente y la materia inerte es explotada por el bromista, pero también proporciona uno de los eternos temas de la literatura: el hombre como un títere manipulado por dioses o cromosomas.

La sicología contemporánea considera los procesos consciente e inconsciente fundamentales en la facultad creadora en todos los terrenos como una actividad esencialmente combinatoria: realizar la unión de áreas de conocimiento y de experiencia previamente separadas. La finalidad del hombre de ciencia es lograr la *síntesis;* el artista aspira a una yuxtaposición de lo familiar y lo eterno; el juego del humorista es urdir una *colisión.* Y en la misma forma en que sus móviles difieren, lo hacen también las reacciones emocionales evocadas por cada tipo de vena creadora: el descubrimiento satisface el impulso exploratorio; el arte introduce la catarsis emocional; el humor suscita la malicia y proporciona un escape inofensivo para él. La risa se ha descrito como la "reacción ¡ja ja!"; la exclamación *eureka* del descubridor, como la "reacción ¡ajá!", y el deleite de la experiencia estética como la "reacción ¡ah!". Sin embargo, las transiciones de uno a otro son continuas: la agudeza se funde con el epigrama, la caricatura con el retrato. Sea que consideremos la arquitectura, la medicina, el ajedrez o la cocina, no hay

una frontera clara donde el reino de la ciencia termina y el del arte comienza: la persona creadora es ciudadana de ambos. La comedia y la tragedia, la risa y el llanto, señalan los extremos de un espectro continuo.

Hoy día el humorismo parece estar dominado por dos elementos principales: la influencia de los medios de difusión y la crisis de los valores que afectan una cultura en rápida y violenta transición. La primera está dirigida hacia la manufactura comercializada de la risa por comediantes populares y chistes producidos por métodos de correa de trasmisión; la última hacia una forma elegante de humor negro o disparatado. Sin embargo, las modas siempre siguen su curso. La única seguridad con respecto al humor del futuro está encerrada en el aforismo del Dr. Samuel Johnson: "Los hombres han sido sensatos en muchas formas diferentes, pero siempre han reído del mismo modo".



H. P. LOVECRAFT: MAESTRO DE LA FANTASIA

Por L. Sprague de Camp

Para un séquito de admiradores, cada vez más numerosos en todo el mundo, H.P. Lovecraft es el legítimo sucesor de Edgar Allan Poe (igual a él, en el sentir de algunos), al menos en el reino de la ficción fantástica. Otros, en cambio, lo han ridiculizado por su verbosidad y lo grotesco de sus personajes. Aquí, un colega suyo en el campo de la ficción científica y el género narrativo irreal hace una crítica de la vida y la obra de Lovecraft.

L. Sprague de Camp ha escrito más de 75 libros, entre los cuales hay divulgación científica, biografías, ficción histórica, poesía y novelas científico-fantásticas tan conocidas como *De la Atlántida a El Dorado* (Barcelona, Luis de Caralt) y *Grandes Inventos y Grandes Inventores* (Buenos Aires, Hobbs-Sudamericana). Su más reciente obra, *Lovecraft: A Biography* (publicada por Doubleday en 1974), contribuyó a propagar la fama de este autor.

Cuando murió Howard Phillips Lovecraft, en 1937, era casi desconocido fuera de un grupito de amantes de los relatos fantásticos. No se había publicado profesionalmente ni una sola de sus narraciones, aunque sus amigos hicieron en tal sentido esfuerzos de simple aficionado que no dieron resultado. El capítulo referente a los escritores de Rhode Island en una guía de aquel estado publicada el año de su muerte, no menciona su nombre. Lovecraft se consideraba a sí mismo un fracaso rotundo, "una pérdida total".

Menos de 40 años después, las obras de Lovecraft (varias colecciones de sus sesenta y tantos relatos) se vendían por centenares de millares. Los coleccionistas llegaron a pagar 100 dólares por cada carta, y se calcula que escribió 100.000, lo cual le coloca en la categoría de un Voltaire y de un Leibnitz por la fecundidad de su literatura epistolar, comparable a las mayores de todos los tiempos. Sus admiradores acuden en peregrinación a visitar su tumba en Providence, capital de Rhode Island, y ha sido tema de una obra de teatro y de varios estudios eruditos.

Los cuentos de Lovecraft se tradujeron a media docena de idiomas, y lo han aclamado en América Latina y en Europa como el rival de Edgar Allan Poe, a quien por cierto admiraba mucho. Jorge Luis Borges, el gran escritor

argentino, dedicó en 1975 un relato a la memoria de Lovecraft, y el ensayista español José Luis García lo declaró uno de los 10 mejores literatos de la historia. El belga Michel de Ghelrode lo cataloga entre los cuatro grandes escritores norteamericanos, junto con Poe, Ambrose Bierce y Walt Whitman. En Francia, el autor y cineasta Jean Cocteau fue uno de los muchos admiradores declarados de Lovecraft. El diario *La Opinión*, de Buenos Aires, dedicó en 1973 todo un suplemento cultural del domingo al cuentista estadounidense.

La fama póstuma de Lovecraft se debe en gran parte a un escritor norteamericano, más joven, que lo admiró y sostuvo correspondencia con él. August W. Derleth (1909-1971), de Sauk City (Wisconsin), fundó después de morir aquél una compañía editora (Arkham House), sobre todo para publicar en forma de libro las narraciones de Lovecraft. El interés por este autor creció paulatinamente gracias a los esfuerzos hercúleos de Derleth, y así atrajo poco a poco la atención de los críticos literarios.

El Proceso Contra Lovecraft

Edmund Wilson, formidable decano de los críticos norteamericanos, brillante aunque parcial, escribió en 1945 un artículo para *The New Yorker* donde se ocupaba del género literario de horror. Sus correspondientes le reprocharon no haber mencionado a Lovecraft. Wilson había leído algunos de sus relatos, que no le gustaron, pero decidió examinar más detenidamente al fantaseador de Providence, y anunció en tono de magistral condenación:

> El único horror verdadero que produce la mayoría de esas ficciones es el horror del mal gusto y del arte reprobable. Lovecraft no fue un buen escritor. La circunstancia de que su estilo verboso y mediocre se haya comparado con el de Poe no es sino una de las muchas señales desalentadoras de que ya casi nadie presta atención a la literatura.

Wilson reconocía a Lovecraft amplios conocimientos de las anteriores obras de ficción grotesca y sobrenatural, y "una imaginación científica semejante, aunque muy inferior, a la de H.G. Wells en su primera época", pero tildaba de "infantil" el culto póstumo que había inspirado. Como Wilson repudió también a Dunsany, a Machen y a Tolkien, cae uno en la sospecha de que, en realidad, no le gustaban los relatos fantásticos.

En 1962 otro Wilson (Colin, polifacético escritor y crítico inglés) estudió a Lovecraft en su libro *The Strength to Dream* (El Poder de Soñar). El Wilson británico se muestra impresionado por los evidentes caracteres neuróticos de Lovecraft, a quien llama "figura horrífica. . . totalmente encastillada; rechazó la *realidad;* se diría que perdió por completo la discreción de la cordura. . ." Y sin embargo:

> Cuando empezó, era uno de los escritores más malos y rebuscados del siglo XX, aunque al final logró cierta disciplina y parsimonia, por más que

siguiera con su afición a palabras como "horrífico" y "grotesco", y a combinaciones del tenor de "negro, aferrante pánico" o de "horror cabal rematado". Dos de sus novelas cortas, *The Shadow Out of Time* (La Sombra que Salió del Tiempo) y *The Case of Charles Dexter Ward*, (El Caso de Charles Dexter Ward), son clásicas menores de este género horrorífico, y tiene por lo menos una docena de relatos que merecen sobrevivir.

Aunque más moderado que su homónimo, Colin Wilson no acertó al juzgar a Lovecraft. Atribuyó a un empedernido ateo materialista el deseo de "socavar la realidad" y demostrar la existencia de seres y fuerzas trascendentales. Por haber tomado los relatos más en serio que su autor, pasó por alto lo que tienen de juego. Es evidente que los entendidos discrepan al juzgar a Lovecraft, pero, nos guste o nos desagrade la obra, hay que tomar en serio al autor.

Primeras Fábulas

Las primeras obras que compuso (entre 1918 y 1924) eran, en gran parte, fantasías breves. En algunas imitaba patentemente el recargado estilo de Poe; en otras seguía a Dunsany. "Los gatos de Ulthar" (1920) es un ejemplo encantador y temprano, a guisa de fábula, de la forma en que Lovecraft maneja lo macabro:

Se dice que en Ulthar, situado allende el río Skai, nadie puede matar un gato: y me es muy fácil creerlo cuando contemplo alguno que ronronea apoltronado delante de la chimenea. Porque el gato es críptico; vive cerca de realidades extrañas que el hombre no ve. Es el alma del antiguo Egipto, portador de historias de las olvidadas ciudades de Meroe y Ofir. Es pariente de los señores de la selva, y heredero de los secretos del Africa venerable y siniestra. La Esfinge es su prima, cuyo lenguaje habla el gato; pero éste es más antiguo y recuerda lo que ha olvidado aquélla.

En Ulthar, antes de que los vecinos prohibieran dar muerte a los gatos, vivían un viejo labrador y su esposa que se deleitaban atrapando y matando los gatos de sus vecinos. Yo no sabría deciros por qué: acaso porque a muchos les molesta oír de noche los maullidos, y que ronden furtivamente por patios y jardines durante el crepúsculo. Mas, fuera por lo que fuese, aquel viejo y su mujer gozaban cogiendo y matando cuanto gato se acercara a su choza; y, a juzgar por los ruidos que se oían después de oscurecer, muchos aldeanos suponían que la forma de matarlos era sobradamente peculiar. Pero el vecindario no discutía eso con el anciano matrimonio: los dos tenían el rostro demasiado macilento, y vivían en una cabaña diminuta y muy escondida entre los robles que cubrían la parte posterior de un solar abandonado. En realidad, por grande que fuera el odio de los dueños de los felinos contra la extraña pareja, era mayor el miedo que le tenían, y, por no tacharlos de asesinos brutales, se limitaban a cuidar de que sus mininos no se fueran a la choza escondida en la umbría de los árboles. Cuando, por algún descuido inevitable, llegaba a faltar un gato y se oían ruidos después de anochecer, el dueño solía lamentarse impotente; o consolarse dando gracias al destino

de que no hubiera sido alguno de sus hijos el desaparecido. Porque la gente de Ulthar era sencilla e ignoraba el origen de los gatos.

Cierto día llegó del sur una caravana de extraños vagabundos y se metió por las calles estrechas y empedradas de Ulthar. Eran gente de tez oscura y en nada se parecían a otros humanos errantes que pasaban por la aldea dos veces al año. Decían la buenaventura en la plaza por dinero y compraban vistosos abalorios. Nadie sabía de qué tierra venían aquellos vagabundos, pero se vio que eran muy dados a raras oraciones y que, en los costados de sus carretas, habían pintado peregrinas figuras con cuerpo de hombre y cabeza de gato, de halcón, de carnero o de león. Y el caravanero iba tocado con un bicornio que ostentaba un curioso disco entre los dos cuernos.

Iba en tan singular caravana un chiquillo, sin padre ni madre al parecer, con un gatito negro como único ser a quien prodigar su cariño. La plaga no había sido misericorde con él, pero al menos le dejó aquella bolita peluda para que mitigara su dolor, pues, cuando se es muy niño, encuentra uno gran alivio contemplando los juegos de un gatito negro. Y así el chiquillo, a quien la gente de tez oscura llamaba Menes, sonreía más que lloraba cuando se sentaba a jugar con el animalito en la escalerilla de una carreta adornada con insólitas pinturas.

La tercera mañana que los vagabundos llevaban en Ulthar, Menes no pudo encontrar su gato: algunos aldeanos que lo oyeron sollozar en la plaza del mercado, le hablaron del viejo y su mujer, y de los ruidos que se oían por la noche. Y cuando él supo aquello, sus sollozos se trocaron en meditación y, por fin, en una plegaria: abriendo los brazos hacia el Sol, rezó en una lengua que ningún aldeano entendía, aunque la verdad es que tampoco hicieron esfuerzos para entenderla, pues, más que nada, les llamó la atención el cielo y las formas extrañísimas que iban tomando las nubes. . .

La caravana se marcha. Esa noche desaparecieron todos los gatos de Ulthar, para volver al día siguiente muy tranquilos y bien alimentados. Del anciano matrimonio lo único que queda es un par de esqueletos.

El Mito de Cthulhu

H. P. Lovecraft

Junto a estas fantasías del género de Dunsany, Lovecraft compuso también historias de horror de corte tradicional, cuya acción se desarrolla en Nueva Inglaterra; relatos oníricos que recuerdan los de George MacDonald y Lewis Carroll, y unos 12 cuentos (escritos mayormente en su última época) que los modernos críticos agrupan bajo el epígrafe del "mito de Cthulhu". Este nombre hace su entrada en 1926, en la novelita *The Call of Cthulhu* (La Llamada de Cthulhu),

y corresponde a un monstruo gelatinoso, alado y con cabeza de calamar, que cae sobre los horrorizados náufragos en una isla surgida del fondo del Pacífico en una convulsión sísmica. Los relatos de este ciclo no son congruentes entre sí, pues Lovecraft nunca se trazó un plan completo para ellos. Pero tienen ciertos elementos comunes. Se supone que, antes de la aparición del hombre, gobernó la Tierra una raza de potencias sobrenaturales (o al menos sobrehumanas): los Grandes Antiguos o los Viejos Poderes. En algunos relatos aparecen como seres trascendentales con atributos casi divinos; en otros, como visitantes o invasores que llegan de otro mundo. En algunos casos quedaron inmovilizados por impersonales fuerzas cósmicas; en otros, fueron derrotados, reducidos o desterrados después de luchar contra distintos entes extraterrestres.

Mas los Viejos Poderes luchan para recobrar su terrenal dominio. Algunos mortales, en su imprudente audacia, sueltan las cadenas de los Grandes Antiguos que, acto continuo, comienzan a manifestarse terroríficamente. En ocasiones son vulnerables a conjuros mágicos; a veces lo son a otras armas más tangibles; a veces no vale contra ellos nada que el hombre pueda hacer.

Hay otros elementos en los relatos del ciclo de Cthulhu, como la ciudad imaginaria de Arkham, en Massachusetts, con su Universidad Miscatónica, cuya biblioteca guarda un libro de conjuros portentosos, el *Necronomicón*, escrito por un poeta árabe loco hacia el año 700.

Las narraciones de la última época de Lovecraft pasan por ser las mejores. Cuando las escribió había asimilado ya las lecciones de la experiencia. Se había librado de la imitación servil de Poe y Dunsany; aprendió a cerrar las tramas y a refrenar las extravagancias estilísticas y la perisología de sus primeras fábulas.

Ficción de Ciencia y Fantasía

La ficción se divide en dos clases: realista y fantástica. La primera es de historias que podían haber ocurrido al común de la gente cuando obra en formas predecibles, bien en el presente o bien en el pasado que conocemos. Ficción fantástica se llaman los relatos que el lector tiene por imposibles, porque contradicen los hechos conocidos o están simulados en lo futuro. En nuestra época podemos dividirla en ficción de ciencia y fantasía. La primera se aplica a los relatos imaginarios basados en una premisa *científica* o seudocientífica, como sería un viaje por el espacio ultraterrestre, o las consecuencias de un invento o descubrimientos nuevos, o acontecimientos que ocurren en el porvenir. Podemos llamar "fanstásticas" a las narraciones que parten de un supuesto sobrenatural, como la existencia de dioses, demonios, duendes y otros entes del mismo jaez. La ficción científica se remonta a literatos clásicos como Aristófanes y Platón; las fantasías, a mitos y leyendas de las antiguas naciones y los primitivos actuales.

No hay una división clara entre la llamada ciencia-ficción y la fantasía; muchos relatos caen a ambos lados de esa frontera. Las historias dunsania-

nas de Lovecraft son fantasías, ciertamente. De sus obras posteriores, algunas lo son también; otras son ficción científica, y otras más reúnen elementos de ambas modalidades.

Las 60 o más obras de Lovecraft que se editaron se pueden agrupar en varias clases. Hay fantasías dunsanianas, relatos oníricos, cuentos de horror de Nueva Inglaterra, narraciones del mito de Cthulhu y diversas historias sui géneris. Unas recurren al tema de las mutaciones en vampiro; otras, a la posesión metapsíquica. En los primeros relatos el conflicto se desata entre el bien y el mal. En los últimos, los personajes extraterrenos de Lovecraft ya no son buenos y malos en nuestro sentido moral; como cualquier otro organismo no humano, buscan su propio interés.

Lovecraft fue como una gran rana en un estanque muy reducido: el subgénero de las ficciones macabras. Si aceptamos que no hay nada indigno en los relatos fantásticos en general ni en la fantasía macabra en particular, tendremos que convenir en que el buen escritor de estos géneros vale tanto como el buen cultivador de cualquier otro género literario.

Lovecraft escribe en un estilo que estuvo de moda en el Romanticismo, aproximadamente de 1790 a 1840, y que usaron profusamente Poe y sus antecesores. Hoy no estimamos esa forma de escribir; pero los gustos cambian, y podría ocurrir que reconquiste su perdida popularidad. Se requiere algo más de esfuerzo para disfrutar de ese estilo (lo mismo que ocurre con la prosa arcaizante de William Morris), que para saborear una obra escrita en lengua contemporánea, vivaz y tersa. Pero muchos consideran que tal esfuerzo compensa. Pese a sus páginas floreadas y prolijas, podemos leer a Lovecraft con verdadero gusto.

Algunos entusiastas se han excedido al afirmar que Lovecraft es uno de los literatos más grandes de todas las épocas. No espero que, en un futuro previsible, lo veamos ocupar un sitial al lado de Homero, Shakespeare y Tolstoi. Pero bien puede ocurrir que lo pongan por encima de Poe. Este cultivó más géneros que Lovecraft (inventó virtualmente la novela detectivesca) y su influencia llegó más lejos de lo que, probablemente, podría jamás alcanzar Lovecraft. Pero en el campo que este último se apropió, creo que está al mismo nivel de Poe, o quizá un grado más alto. Su mito de Cthulhu es una rica obra de la imaginación que se puede parangonar con el País de las Maravillas, de Lewis Carroll, con el Marte de Burroughs, el Oz de Baum y la Tierra Media de Tolkin. Al dar forma de ficción a sus neurosis y pesadillas personales, Lovecraft pulsó cuerdas sensibles en la psiquis de sus lectores. Influyó mucho en los cultivadores de ese género suyo. De su pluma salieron relatos escalofriantes que sirven de excelente entretenimiento; y eso, a fin de cuentas, es la piedra de toque de cualquier ficción popular.

UN ACICATE PARA LA INNOVACION

Por Irving Kristol

El comentarista es profesor de Valores Urbanos en la Universidad de Nueva York y autor de *On the Democratic Idea in America* (Del Concepto de la Democracia en los E.U.A.). Su recensión está tomada de la revista *Fortune*.

Invention and Economic Growth (La Invención y el Desarrollo Económico). Por Jacob Schmookler. Harvard University Press. 332 págs.

La importancia de la innovación tecnológica para el crecimiento económico es una de las pocas cosas en que podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que los economistas están de acuerdo. Sin la innovación tecnológica, el crecimiento de la economía tiene un límite predeterminado. Desde luego, dicho límite podría ser muy alto en los países subdesarrollados y en desarrollo, en los que la difusión de viejas tecnologías puede producir resultados espectaculares: tenemos el ejemplo de la historia económica de Japón en el siglo XX. Sin embargo, llegada a cierto punto, aquella sociedad que no sea innovativa descubrirá que su ingreso per cápita deja de crecer.

Pero, a pesar de concordar en cuanto a la importancia que tiene, los economistas se han mostrado curiosamente vagos por lo que respecta a las *fuentes* de la innovación. ¿En qué condiciones puede medrar? ¿Por qué son algunos científicos más innovadores que otros? Y ya dentro de determinadas sociedades, ¿a qué se debe que ciertas industrias parezcan generar nuevas tecnologías sin mayor esfuerzo, en tanto que otras permanecen estancadas durante decenios?

La vaguedad de los economistas en tales cuestiones parece tener relación con el supuesto—muy extendido entre ellos—de que tales cuestiones no caen en lo absoluto dentro de la jurisdicción de la economía. Suelen asignarlas a la sociología, o a la psicología, o a la antropología, o bien a la historia de las ideas científicas. Es decir, que los economistas se han inclinado a dar por sentado que la innovación tecnológica es "exógena", que afecta a la economía desde el exterior, que no es un factor económico, a pesar de sus claras consecuencias para la economía. "Para algunos economistas", según Jacob Schmookler, quien es profesor de Economía en la Universidad de Minnesota, "este supuesto es, simplemente, una conveniencia metodológica; para otros, es cuestión de convicción. Sin embargo, son pocos los que le han prestado verdadera atención". Entre éstos, destaca el profesor Schmookler, pues hace ya más de una década que se dedica a investigar este tema, y ahora, resumidos en un erudito volumen, nos ofrece sus sorprendentes hallazgos, que nos hacen pensar.

Falsas "Verdades de Perogrullo"

Schmookler rebate vigorosamente la idea—ampliamente aceptada por peritos y legos en la materia—de que las in-

Copyright © por Time, Inc

venciones son resultado natural de los grandes descubrimientos científicos. El pensamiento en que se basa dicha noción parece ser que los avances, a su vez, sugieren la posibilidad de invenciones, es decir, de nuevas maneras de hacer las cosas, y esta posibilidad captura la imaginación de inventores en potencia que, felizmente, convierten el adelanto científico en innovación tecnológica.

Todo el procedimiento tiene la calidad automática de un sueño (o de una pesadilla, para quienes no son amantes del progreso). La literatura general sobre el tema está llena de analogías entre el desarrollo de la ciencia y la tecnología, de una parte, y el crecimiento del dinero a interés compuesto, por el otro. "Todos saben" que la ciencia avanza a una tasa exponencial; por tanto, está claro que la innovación tecnológica es un proceso que se acelera de manera ineluctable. La única dificultad radica, como lo demuestra Schmookler, en que "son pocas las ideas que han resultado ser tan intuitivamente atractivas a pesar de su escaso fundamento en la lógica o la evidencia".

Schmookler puso a un grupo de investigadores a trabajar en el estudio de importantes invenciones realizadas en cuatro industrias: agrícola, petrolera (refinerías), papelera y ferrocarrilera, invenciones logradas entre los años de 1800 y 1957. Rebuscando entre las circunstancias en que surgieron esas invenciones, tal como las describen los mismos inventores, descubrieron que "no hubo un solo caso en el que se califique a tal o cual descubrimiento científico como el factor que dio pie a alguna invención importante en estas cuatro industrias. . . Cuando los inventos mismos se estudian contra el trasfondo histórico, resulta que las invenciones no tienen—en la mayoría de los casos—un componente científico identificable, o bien que lo que en ellos hay de científico tenía por lo menos 20 años de conocerse".

Invención a la Orden

¿Cuál *es*, entonces, el acicate de la innovación tecnológica? La respuesta de Schmookler es muy sencilla (aunque los argumentos en que se apoya presentan elaborados datos estadísticos): principalmente, las invenciones son "inducidas por la demanda", más que por el "conocimiento": en su mayoría, las invenciones son estimuladas por una oportunidad técnica que es también la oportunidad de servir a un mercado (presente o presunto), con ganancia.

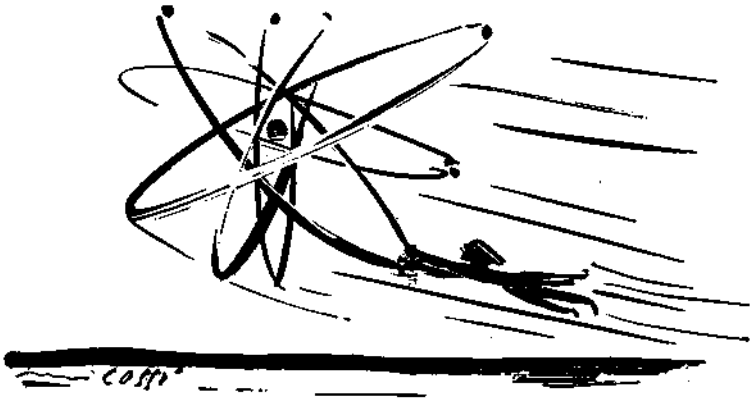
Quizá esto nos parezca crudo y vulgar, pero es sólo porque nos hemos formado una idea muy romántica de lo que es una invención. La palabra nos sugiere un avance radical, una gran oportunidad, una idea nueva, maravillosa, encarnada en un producto totalmente nuevo. Pero la mayoría de las invenciones no son de este tipo, ni mucho menos, tal y como el inventor medio no es un Edison ni un Orville Wright. La mayoría de las invenciones representan mejoras menores, aunque notables, a productos ya existentes, y es la suma de estos miles de mejoras—de las cuales casi todas escapan a nuestra atención—lo que resulta en una economía de tecnología innovadora. Y la abrumadora mayoría de las invenciones son hechas por personas "del ramo" que se percatan de la posibilidad de mejorar en pequeña medida algún proceso o producto con el que están familiarizadas. Es *esta* clase de cosa lo que constituye el pan de cada día del crecimiento económico. El genio inventor que trabaja en la soledad de su laboratorio nos proporciona la miel para el pan. . . y por ello,

claro está, deberemos estarle eternamente agradecidos.

Decir que la innovación tecnológica es inducida por un mercado que ofrece la promesa de una recompensa material, no significa que el inventor mismo deba ser un "hombre económico". Lo usual es que lo sea, en efecto, pero también puede ser un aficionado a la mecánica, e incluso un "chiflado". No obstante, si no hay cerca de él individuos "económicos"—individuos con *ojo* para captar el interés de posibles mercados—su invento acabará oxidándose en el garaje. Edison, por ejemplo, era un inventor perfectamente consciente del mercado y utilidad que podían tener sus productos.

En el curso de su estudio, el profesor Schmookler examina muchas e interesantes implicaciones de su tesis. Apunta que el nivel de invenciones no siempre es más alto en las industrias con más empleados dedicados a pensar en cosas nuevas; que las mejoras marginales realizadas por las grandes industrias pueden tener mayor importancia, en lo económico, que grandes avances realizados en las pequeñas industrias, dado que se trata de industrias en crecimiento, cuyos productos tienen gran demanda; y muchas cosas más.

No se ocupa de cuestiones más generales que se nos vienen a la mente. ¿Existe una relación especial entre el crecimiento económico y el mercado libre, o es posible que el gobierno cree artificialmente la demanda y la innovación tecnológica que la acompaña? ¿Acaso la gran empresa que acapara una porción principal del mercado es especialmente buena en materia de innovación tecnológica o peculiarmente inepta para ello? Nos gustaría conocer las respuestas a dudas de esta naturaleza; y sólo cabe esperar que haya suficiente demanda dentro de la profesión económica, para espolear a los economistas a desarrollar la fascinante innovación de Schmookler en la teoría del crecimiento económico.



¿HACIA DONDE VA LA RELIGION?

Por Daniel Callahan

El autor de la recensión es director del Instituto de Sociedad, Etica y Ciencias de la Vida, en Hastings-on-Hudson, Nueva York. Ha dado clases de Teología en distintas universidades y es autor de *La Nueva Iglesia: El Debate Sobre la Ciudad Secular* (Bilbao, España, Mensajero). Su recensión, abreviada, se tomó de *The New Republic*.

The New Agenda (Un Nuevo Programa). Por Andrew Greeley. Nueva York: Doubleday. 312 págs.

The Fire We Can Light (El Fuego que Podemos Encender). Por Martin E. Marty. Nueva York: Doubleday. 240 págs.

En el transcurso de los años, Andrew Greeley y Martin E. Marty—ambos profesores de la Universidad de Chicago—han sentado fama como los más agudos observadores del panorama religioso, cada vez más confuso. Greeley (sacerdote jesuita y sociólogo) lleva ya largo tiempo luchando contra la institución intelectual liberal, la cual afirmaba que el laicismo estaba consumiendo la sustancia de las creencias tradicionales, para dejar tan sólo el esqueleto del hombre religioso. Ya en los comienzos de su carrera, esgrimiendo datos aportados por la sociología, Greeley refutó dicha afirmación y demostró que el pesimismo de quienes condenaban la teología al abismo del olvido no encontraría mayor apoyo en las prácticas y creencias del hombre de la calle, quien continuaba siendo fiel creyente.

Copyright © 1973 por Harrison-Blaine of New Jersey, Inc.

Más recientemente, viendo que las cifras relativas a las creencias tradicionales, la asistencia a la iglesia y el respeto por la autoridad religiosa mostraban importantes indicios de decadencia, Greeley llevó su argumento a un plano distinto. Ahora, afirma que los recientes brotes de fervor evangélico, religiones orientales y cultos basados en la sensibilidad y la propia realización, dan fe de la fuerza perdurable de la religión, no importa lo extravagante de las formas que adopte. Se ha lanzado contra la derecha y la izquierda de las altas jerarquías de la religión estadounidense, atacando a la primera por su intransigencia, y a la segunda por ese afán de aceptar cuanta creencia se pone de moda, porque en un momento dado se le considera "pertinente".

Martin E. Marty—ministro luterano e historiador—es mucho menos batallador, más inclinado a pasmarse que a indignarse, y a ver las cosas en un contexto más histórico que sociológico. Por lo común, suele formular juicios más indulgentes acerca de las causas de las altas y bajas de las iglesias establecidas. . . que en los últimos tiempos han sufrido más bajas que altas. En *El Fuego que Podemos Encender*, sus meditaciones se concentran en una pronunciada mudanza hacia el conservadurismo, el particularismo y localismo religioso y un énfasis espiritual, que ejerce "una repentina atracción". Está bastante claro que mu-

cho de esto refleja el temperamento que prevalece en el país, con su mezcolanza de ese exclusivismo de la contracultura y el conservadurismo político. Pero si bien se puede apoyar en tan generales paralelos, la situación actual resulta mucho más compleja cuando se observan los detalles, en especial aquellos que apuntan hacia futuras direcciones:

> En los Estados Unidos, la religión y el cristianismo del futuro serán mucho más expansivos y constrictivos, más pluralistas y sectarios, más extendidos e irregulares, y más estrechamente definidos. Y ello se deberá a que la población que anda en busca de las respuestas que puede darle la religión se encuentra dividida en lo que atañe a esas tendencias opuestas y contradictorias.

Comparativamente, Marty da pocos consejos a las iglesias para hacer frente a la confusión, si bien aprueba el retorno a la espiritualidad y el interés central en las congregaciones locales. La cuestión estriba en dilucidar si ésta y otras tendencias pueden salvarse de un general estancamiento social (del que incluso son reflejo), fruto de la imperiosa necesidad de hallar algún "lastre" en una marea de cambios constantes y excesivos.

Erosión de las Instituciones

Allí donde Marty ofrece apenas consejo a las iglesias, Greeley insiste en que las iglesias (en particular la Católica) adopten un "nuevo programa". Casi ha desaparecido el optimismo que hay en sus escritos anteriores. Su opinión es que, aunque sobreviva la religión, en general, puesto que los seres humanos no pueden pasarse sin algún sistema de significado y valor últimos, es probable que las religiones tradicionales no conserven la singular y poderosa situación de que han gozado en Occidente. Si bien apenas alude al protestantismo estadounidense, su juicio implícito es que dicho destino ya se ha cumplido en las iglesias de la Reforma. Ahora es el turno del catolicismo, otrora la más sólida de las estructuras: "Durante el resto de nuestra existencia, el catolicismo norteamericano seguirá decayendo, hasta confundirse con los restantes credos".

El "nuevo programa" que Greeley propone no tiene por objeto contrarrestar en lo inmediato esa decadencia. Antes bien, el fin que persigue es el establecimiento de una base más firme para las futuras generaciones. No llegará a ser popular, nos dice, y sin duda la encontrarán ofensiva todos. . . menos unos cuantos: aquellas personas convencidas de que "ni la premura, ni la pasión, ni el entusiasmo pueden sustituir a la precisión, la disciplina, la inteligencia y el análisis realista". Cabe presumir que quienes no se sientan atraídos por "el nuevo programa" estarán faltos de tan estimables virtudes.

La clave del enfoque de Greeley radica en adoptar el punto de vista común a la mayoría de los sociólogos de la religión, y a muchos de sus historiadores, de que la religión es, en esencia, un sistema de símbolos destinados a dar a la vida humana un contexto psicológico. Los símbolos históricos cristianos, en sus significados literal y racionalista, han perdido mucha de su fuerza, incluso para quienes afirman ser creyentes. "La cuestión estriba", dice Greeley, "en nuestra capacidad para interpretarlos. Si no lo logramos, estaremos condenados a pasar nuestra existencia en el caos y la confusión religiosa y moral".

Programas y Visiones

El "nosotros" que está implícito en dicha cita merece ser examinado. Según deja claramente sentado el libro de Greeley, su contenido no está destinado a quienes se preguntan, en primer lugar, si deberían ser cristianos. El "nuevo programa" es en realidad una nueva apolo-

gética, escrita para quienes desean seguir apegados a su fe, pero se percatan (aunque quizá no con toda claridad) de que ha corrido mucha historia, de que se han hecho públicas demasiadas críticas a las escrituras, de que se ha producido demasiado escándalo, para que la antigua fe ciega pueda ser una opción válida. Al abstenerse de ofrecer esperanzas extravagantes para el "nuevo programa", Greeley brinda protección contra un desengaño prematuro, y porque no garantiza para nada el éxito, queda un resto de salvadora incertidumbre.

Al final de su libro, también Marty hace un llamado a los cristianos para que inicien una nueva búsqueda del "meollo" del Cristianismo. Pide una "nueva visión" y una "nueva conciencia" que, capaz de establecer diferencias, pueda construir basándose en las viejas creencias y tradiciones, y llevarlas más allá, a una renovación. Supongo que se trata de algo que desea hoy la mitad de la humanidad, no importa en qué consistan sus viejas creencias y tradiciones. Quizá Greeley y Marty están en lo cierto al decir que la religión no ha muerto, cuando menos si religión se interpreta, no en términos de determinado credo o iglesia, sino sólo como una manera de ver el mundo y la experiencia toda de la humanidad.

UNA POESIA DE BOSQUES SOMBRIOS

Por Patrick Keane

Patrick Keane es profesor de Literatura en el Skidmore College, en la región norte del Estado de Nueva York. Su reseña es una condensación del trabajo publicado en *The New Republic*.

The Avenue Bearing the Initial of Christ into the New World: Poems 1946-64 (La Avenida que Lleva la Inicial de Cristo en el Nuevo Mundo: Poemas 1946-64). Por Galway Kinnell. Nueva York: Houghton-Mifflin. 177 págs.

En la década y media transcurrida desde la aparición de su primer libro, Galway Kinnell se ha destacado como uno de los más vigorosos y conmovedores poetas de su generación. Su poesía es de tipo elemental, es una poesía de bosques sombríos y de nieve, de viento, fuego y estrellas, de hueso y sangre. Sus temas son perennes: el amor iluminado y hecho más precioso en virtud de la omnipresencia de la muerte. El dijo hace poco:

> Es gracias a algo radiante en nuestras vidas por lo que hemos sido capaces de soñar con el paraíso, por lo que hemos podido inventar el reino de la eternidad. Pero hay otra especie de gloria en nuestras vidas que surge precisamente de nuestra incapacidad para entrar en ese paraíso o para experimentar la eternidad. El hecho de que duramos sólo un tiempo, de que sabemos esto, irradia una emocionante y trágica luz sobre todos nuestros amores, sobre todas nuestras relaciones, incluso en aquellos momentos en que el mundo, mediante su poesía, se hace

Copyright © 1974 por Harrison-Blane of New Jersey, Inc.

casi capaz de sorprender al tiempo y a la muerte.

Casi. . . porque Kinnell ha formulado la más angustiosa de todas nuestras preguntas: "¿Es verdad /que la Tierra es todo lo que hay y que la Tierra no permanece?" Si es así, todavía es posible iluminarla y en alguna forma hacerla sagrada, si no por obra de Dios, por la acción del poeta.

Galway Kinnell es conocido sobre todo por sus colecciones más recientes: *Body Rags* (Harapos del Cuerpo) (1968) y *The Book of Nightmares* (Libro de Pesadillas) (1971). Los dos volúmenes que precedieron a éstos: *What a Kingdom It Was* (¡Aquello era un Reino!) (1960) y *Flower Herding on Mount Monadnock* (Pastoreo de Flores en Monte Monadnock) (1964) se han reunido ahora en este nuevo volumen. El llamativo título procede del no menos llamativo poema, grávido de vida, en el que Kinnell, años antes, en 1960, había celebrado la muy populosa Avenida C de la ciudad de Nueva York. El tema de la presencia simbólica de Cristo se lleva adelante en "To Christ Our Lord" ("A Cristo Nuestro Señor"), en el que un muchacho come con desgana en la cena navideña el ave que había matado poco antes ese mismo día. El sonido del batir de sus alas "había despertado su amor", y sin embargo hizo el disparo. "Ahora, la bendición ensalzaba su acto perverso". A pesar de todo, "comió como había matado: con extrañeza". El poema empezó en la nieve ("De la nieve la corteza las patas del alce perforaron. . .") y allí mismo termina:

De noche con raquetas por un campo sin rumbo.
Otra vez preguntóse ¿por quién despertó el amor?
Sobre la nieve brillaron las estrellas y nada respondió.
Entonces el cisne abrió sus alas, cruz del helado norte,
De los actos de la Tierra. norma y espejo.

El movimiento y la estructura de este poema temprano son típicos de gran parte de la mejor producción de Kinnell: el círculo o vuelta total del fin de un poema sobre su principio, el movimiento a partir de un detalle observado de cerca para llegar al ("casi") trascendental símbolo. Si hay momentos en que sentimos que las cosas de este mundo se transforman demasiado rápido en símbolos, tenemos esos otros poemas en los que el ojo de Kinnell se aferra a lo particular, al detalle. El ejemplo más famoso es el de la "Avenida C", con su muchedumbre de gente, verduras, carámbanos de agua herrumbrosa, escaparates de tiendas y colchones con chinches. Y sin embargo, también ese poema, en aquello que Kinnell en otra parte llama "florecer saprofítico" (como planta que se nutre de materia orgánica muerta o en descomposición), lanza llamaradas con resplandor de vibrante metal sobre todas aquellas amorosas anotaciones:

En la noche
De la sangre van riéndose y dicen:
Nuestra pequeña tierra ¡qué amable reino era!
¡Ay dolor, ay dolor!

En la conmovedora elegía de Kinnell a su hermano Derry, tenemos otro florecer saprofítico, que avanza desde la vaca y el estiércol muertos que hacen reverdecer el pasto, hasta el "césped verde para un hombre", y de allí a una arenga que recuerda a Yeats y es digna de él:

Verdad es
Que sólo la carne muere, y el espíritu florece sin cesar

Para hombres, vacas, estiércol y toda cosa
muerta; y es bueno, sí. . .
Mas una encarnación es en particular la
carne
Y el polvo que en remolinos cobra forma
Derrúmbase y en nuevo arremolinar sólo una
figura adquiere
Que era la de este hombre. Una vez muerto,
el césped
Cura cuanto ha sufrido, mas él permanece
muerto;
Y los pocos que lo amaron lo saben hasta
que mueren.

Hay gloria en lo mejor de la poesía de Kinnell, y la tentación (haciendo una paráfrasis de Coleridge en su conferencia sobre *La Tempestad,* de Shakespeare) consiste en dejar de repasarla y limitarse a recitarla. Un último ejemplo. He aquí la sección final del poema titular tomado de *Pastoreo de Flores en Monte Monadnock,* que es un movimiento que ilustra el modelo que hemos señalado, con una poesía casi tan lúcida y bellamente elegíaca como el discurso de Próspero en *La Tempestad:*

En la selva descubro una flor.
De la cosa la vida invisible
Se yergue en llamas que no puedo ver,
Cual celofán ardiendo bajo la luz del sol.
Arde hasta consumirse. Su destino es la nada.
En su reserva tiene una manera
Para manifestarse a sí misma en lugar de sí misma;
Sus florecencias pretenden flotar en el Empíreo,
Una iracunda presencia sobre el empañado suelo.
Su llamado a los cielos se interrumpe.
Los pétalos van cayendo, otorgándose el perdón.
Es una flor. Sobre esta ladera ahora agoniza.

CREDITOS: pág. 29, dibujo de Malcolm Hancock, © 1968 por The New York Times Company, reproducido con autorización; pág. 30, foto de Bob Isear, págs. 66 y 67, cortesía del Museo de Arte Moderno/Archivo de Fotos Fijas, Nueva York; pág. 69, BBC, Broadcasting House, Londres; pág. 71, cortesía del Museo de Arte Moderno/Archivo de Fotos Fijas; pág. 74, cortesía de Nemai Ghosh; pag. 76, cortesía del Museo de Arte Moderno/Archivo de Fotos Fijas; pág. 77, foto de Robert H. McNeill; pág. 109, izquierda, copyright © Walt Disney Productions; pág. 109, derecha, copyright © United Feature Syndicate, Inc.; pág. 118, cortesía de Doubleday and Company, Inc.